

Javier Trímboli | Ignacio Barbeito

Sombra terrible

SARMIENTO
ENTRE CIVILIZACIÓN Y BARBARIE



Javier Trímboli | Ignacio Barbeito

Sombra terrible

SARMIENTO
ENTRE CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Autoridades

Juan Schiaretti | Gobernador

Walter Grahovac | Ministro de Educación

Delia Provinciali | Secretaria de Educación

Subsecretaría de Planeamiento, Evaluación y Modernización

Edith Flores | Directora General de Educación Inicial

Stella Maris Adrover | Directora General de Educación Primaria

María Cecilia Soisa | Directora General de Educación Secundaria

Claudia Brain | Directora General de Educación Técnica y Formación Profesional

Liliana Abrate | Directora General de Educación Superior

Carlos Brene | Director General de Educación de Jóvenes y Adultos

Alicia Bonetto | Directora General de Educación Especial y Hospitalaria

Hugo Zanet | Director General de Institutos Privados de Enseñanza

Edgardo Carandino | Director General de Desarrollo Curricular, Capacitación
y Acompañamiento Institucional

Santiago Lucero | Director General de Programas Especiales

Patricia Kisbye | Secretaria de Promoción de la Ciencia y las Nuevas Tecnologías

Luciano Garavaglia | Secretario de Gestión Administrativa

Autoridades del ISEP

Adriana Fontana | *Directora del ISEP*

Ruth Gotthelf y Paulina Morello | *Secretaría Académica*

Laura Percaz | *Secretaría de Organización Institucional*

Trímboli, Javier

Sombra terrible: Sarmiento entre civilización y barbarie / Javier Trímboli; Ignacio Barbeito. - 1a ed. - Córdoba: Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba. Instituto Superior de Estudios Pedagógicos Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba, 2023.

Libro digital, PDF - (Pedagogía y Cultura)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-48955-0-9

1. Historia Argentina. 2. Literatura Argentina. 3. Educación. I. Barbeito, Ignacio. II. Título. CDD 371.32

Colección Pedagogía y Cultura dirigida por Adriana Fontana

Cómo citar este libro:

Trímboli, J. y Barbeito, I. (2023). *Sombra terrible. Sarmiento entre civilización y barbarie*.

Colección Pedagogía y Cultura. Para el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, Dirección General de Educación Superior, Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

Este libro se encuentra disponible en formato pdf y epub. Se puede acceder a través de la página institucional del ISEP: www.isep-cba.edu.ar

Equipo de producción

Javier Trímboli e Ignacio Barbeito | *Autores*

Laura Percaz, Barbi Couto y Agustina Merro | *Edición*

Agustina Merro | *Corrección literaria*

Guadalupe Serra y Sebastián Carignano | *Arte de tapa*

Diego Battagliero, Juliana Marcos y Federico Gianotti | *Fotografías de tapa*

Guadalupe Serra y Marcos Oviedo | *Diseño y maquetación de la colección*

Ana Gauna, María Florencia Scidá, Paula Fernández y Danilo Tonti | *Coordinación equipos de producción*

Este libro está bajo una licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial 4.0 Internacional ([CC BY-NC-4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)).



ÍNDICE

Prólogo	6
Introducción	13
Lección 1	
Facundo o civilización y barbarie	25
Lección 2	
Las clases populares y Sarmiento	64
Posdata I	
<i>Lo facúndico</i> , entre civilización y barbarie	100
Lección 3	
Vida y síntesis	108
Lección 4	
Vida y síntesis II	146
Posdata II	
Sarmiento, escritura del yo y transformación de lo real	182
Índice de imágenes	189
Referencias bibliográficas	194
Sobre los autores	199
Anexo. Diálogos sobre Pedagogía y Cultura	200

PRÓLOGO

*El Mundo es pues lo que está entre nosotros,
lo que nos separa y lo que nos une.*

Hannah Arendt

*Construir un castillo fortificado
Trabajo de esclavo o juego maravilloso.
Todo está en la manera.*

Fernand Deligny

En 2016 abría sus puertas el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos (ISEP). A poco de esta apertura, comenzamos a imaginar el Ciclo de Seminarios “Entre la Pedagogía y la Cultura”. Dos acciones de la política educativa en Córdoba, consustanciales a una misma intención: revitalizar la pedagogía, el oficio de enseñar y estudiar *las maneras*. En un tiempo bastante –si no del todo– adverso a lo que anida en las entrañas de este oficio –el diálogo, la escucha, el acompañamiento, la espera–, convocamos al estudio. Al *studium*, esa acción que exige atención, demora, pensamiento que pueda hacer lugar a preguntas capaces de correr el horizonte de lo sabido. “Las preguntas son la pasión del estudio. Y su fuerza. Y su respiración. Y su ritmo. Y su empecinamiento. En el estudio, la lectura y la escritura tienen forma interrogativa. Estudiar es leer pre-

guntando: recorrer, interrogando las palabras de otros”¹. Es probar una y otra hipótesis, argumentar y contraargumentar, ejercitar, intentar, volver a intentar.

Convocamos a estudiar esa singular y esquiva relación entre Pedagogía y Cultura. ¿Qué supone el “entre”? ¿Queda hoy algo de aquel vocablo griego *paidagogía*, de *pais* (niño) y *agogos* (el que conduce)? ¿Cómo y cuáles son *las maneras* de la transmisión cultural en el siglo XXI?

En sociedades digitalizadas, atravesadas por fuertes brechas de desigualdad social, quisimos poner sobre la mesa de la formación docente aquello que obliga a repensar el trabajo de enseñar. Independientemente –y no tanto– de la materia que se enseña, ¿en qué consiste el trabajo del profesor; cómo se hace, qué produce, qué puede provocar?

“Esperé que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado, ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. *Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiese sucedido todo esto*”². Es Albert Camus en 1957, cuando recibe el premio Nobel de literatura y le escribe una carta a su maestro, el profesor Germain.

1 Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE.

2 Las cursivas son nuestras.

¿Qué puede desatar, qué horizontes inimaginables se pueden alcanzar *de la mano afectuosa, las enseñanzas, el ejemplo* de un maestro, una profesora? Esos actos condensan el momento misterioso que da sentido a la pedagogía.

Dice Philippe Meirieu en *Carta a un joven profesor*:

Lo que ocurre en ese momento es, propiamente dicho, extraordinario: contra todas las formas de fatalidad y a pesar de todas las dificultades objetivas de la empresa, *en la clase se produce transmisión*. Los alumnos aprenden, progresan cuando ya nadie lo esperaba. [...] Nos entusiasmos. La situación pierde protagonismo y, simultáneamente, el saber ocupa por completo las palabras que se intercambian... Entonces, el maestro halla tanto placer en enseñar como el alumno en aprender; el esfuerzo de uno apela inevitablemente al esfuerzo del otro y los logros comunes confieren a su presencia en clase una especie de evidencia que elimina, de golpe, todas las cargas cotidianas y todos los problemas institucionales³.

En 2016, y más aún hoy en la pospandemia –cuando asoman tecnologías como ChatGPT, el chatbot de inteligencia artificial–, el debate abre nuevas aristas que cobran protagonismo: ¿cómo interviene la inteligencia artificial en los

³ Meirieu, P. (2006). *Carta a un joven profesor: Por qué enseñar hoy*. Barcelona: Editorial Graó.

procesos de transmisión? ¿Cómo se reconfigura la relación con la cultura frente a su creciente digitalización? En el mundo de las “no-cosas”, parafraseando a Byung-Chul Han, se nos ocurre revitalizar la pedagogía. Decíamos en los inicios del ISEP:

[...] la pedagogía guarda relación con un tipo particular de diálogo, la mayéutica. Entre los griegos del siglo V antes de Cristo –época de la polis, la filosofía y el teatro– ejerció Sócrates la mayéutica. Según su origen etimológico: “El vocablo viene del arte mayéutico u obstetricia, que es el arte de la partera [...] la cual no compone ni forma a los recién nacidos, sino que solo ayuda a la madre a dar a luz” (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 65).

A través de la mayéutica, Sócrates buscaba que sus interlocutores alcanzaran pensamientos, que lograsen componer ideas propias a partir de los diálogos. Destaquemos que conocimos este método a través de Platón, discípulo de Sócrates, que retomó este ejercicio por escrito en los famosos diálogos socráticos.

En términos generales, los pensadores griegos consideraban que: “Un hombre solo no lo podría conseguir: para ver claro en nuestra alma es necesario espejarse en otra alma, es decir, para llegar a la formulación de

la verdad se necesita del diálogo, aquel tipo de diálogo denso y preciso, “pequeño discurso” que Sócrates contrapone al tipo de “gran discurso” deslumbrador del que se complacían los sofistas con el único fin de persuadir al precio que fuere, preocupados más por el éxito que por la verdad y la justicia” (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 66).

El legado que reconocemos en la mayéutica, en perspectiva pedagógica, es que al saber se accede con otros. Dicho de otro modo, es a partir del diálogo que es posible acceder al saber. No solo por lo que ese otro nos dice, sino, principalmente, por lo que ese otro nos permite pensar, descubrir con lo que nos dice, por cómo nos interpela eso que nos dice.

Si suscribimos, podemos revalorizar el diálogo como acto pedagógico del que devienen acciones que “un hombre solo no podría conseguir”. Si suscribimos, reconoceremos que para acceder al saber es necesario un tipo particular de diálogo “denso y preciso” al que otro nos invita. Si suscribimos, vincularemos la pedagogía con la apertura a la diferencia, a lo que otro ofrece, alienta, inspira a partir de una inquietud, de una pregunta, de aquello que genera intriga, que despierta el deseo, deseo de saber, de buscar la verdad.

Con ganas de reeditar la potencia de este origen en un presente que parece haberlo desplazado o, incluso, podría decirse que lo ha borrado, desarrollamos este espacio de formación que llamamos Pedagogía y Cultura y que se plasma en un conjunto de seminarios⁴.

Suscribimos. Por eso elegimos este fragmento para que nos vuelva a acompañar en el prólogo de esta colección homónima, ya que recoge el legado de aquel proyecto. Estos libros tienen, a su vez, independencia; se los puede leer y no cursar los seminarios, y viceversa. La colección habla a nuevos destinatarios, surge en un momento diferente; si bien se retoman los temas de las clases, se alejan de ellas para reeditarse como capítulos de un libro; son otra cosa, tienen otra composición. Pero bajo una forma y otra, el propósito es el mismo: reenviar a la cultura, a objetos –pues los libros lo son– y acontecimientos –pues la historia se hace a través de ellos– que se esfuerzan por poner en pie una morada, la casa que habilita la vida en común. Por eso, estudiantes, y ahora colegas lectores, en esta primera salida nos reencontraremos con Sarmiento, con el Cordobazo y con Jacques Rancière. El devenir de este proyecto no tiene límites, la esperanza del ofrecimiento tampoco; esperamos, en adelante, otros encuentros. Retomando a

4 Fragmento de “Diálogos sobre Pedagogía y Cultura”, texto de presentación y fundamentación de la propuesta de formación del ISEP destinada a estudiantes de formación docente y a docentes noveles. Ciclo de Seminarios “Entre la Pedagogía y la Cultura”. Puede leerse completo en el anexo de este libro.

Masschelein y Simons, es lo que colocamos en la mesa. La pedagogía es la responsable de abrir la pregunta incansable por la transmisión, no quiere descansar hasta hacerla carne o hasta que la morada, en efecto, reciba a los nuevos, les haga un buen lugar. Asumiendo que así, *entre*, la pedagogía se revitaliza. Y en esa relación, la cultura evita estancarse, volverse de unos pocos, perderse en solipsismos o quedar demasiado lejos de las nuevas generaciones a las que tan rápido hoy capturan un emoticón o un *like*. Hay algo más para ofrecerles, a eso apostamos con el ciclo de seminarios y con esta colección.

Adriana Fontana y Javier Trímboli

INTRODUCCIÓN

Laura Percaz, Javier Trímboli e Ignacio Barbeito

Este libro tiene su origen en los textos de las clases del seminario de formación *Sarmiento. Civilización y barbarie*, dirigido a estudiantes de profesorado y noveles profesores. El seminario se dicta en el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos y lleva ya nueve ediciones ininterrumpidas.

Uno de los propósitos del seminario, que ahora se despliega, se expande y adquiere la forma de libro, ha sido el de propiciar un nuevo encuentro con la figura y la obra de Sarmiento, sin dejar de ser sensibles a las reverberaciones de ambas en nuestro tiempo. Así, nos aproximamos al escritor, al político, al pensador, al militar, al educador y al estadista para leer, releer, reflexionar y discutir entre colegas y futuros colegas, con trayectorias y posicionamientos diversos, la impronta de Sarmiento en las representaciones de nuestra cultura, pero también las circunstancias históricas y políticas que en su época dieron forma a su pensamiento y a su quehacer.

Avancemos entonces en la presentación del material propiciando una conversación entre Javier Trímboli e Ignacio Barbeito, quienes fueron, respectivamente, autor y responsable de contenido del seminario, y son hoy coautores de este libro.

A propósito de los orígenes del proyecto, ¿de dónde surge y cómo se gesta este libro?

J: En lo más inmediato que, en este caso, además es fundamental, este libro nace de una experiencia de formación docente. Porque desde el segundo cuatrimestre del año 2017 llevamos adelante desde el ISEP un ciclo de seminarios al que llamamos “Entre la pedagogía y la cultura”, y uno de los dos primeros que lanzamos fue precisamente sobre Sarmiento. O botamos, porque sigue a flote, navegando. Y, dadas las características bastante inusuales del ciclo, que por cierto aún hoy nos sacan una sonrisa, todo esto ocurre con el protagonismo de estudiantes de formación docente de toda la provincia de Córdoba. Buena parte de ellos hoy ya son maestras y maestros, ya son profesores. Se nos ocurrió, y claramente porque hubo señales que nos alentaban, que las clases del seminario podían convertirse en los contenidos de un libro. Medió entre una cosa y la otra un proceso de reescritura que, si bien preservó el tono alcanzado, incorporó desde dos “posdatas” hasta los “epígrafes” de las imágenes, que en primera instancia eran grabaciones, audios más breves.

En una capa más profunda, pero que no pierde conexión con la superficie, está el interés sostenido que, aunque con diferencias, tanto a Ignacio como a mí nos despierta desde hace mucho Sarmiento. Dudo que la palabra “interés” sea la más pertinente, porque es algo más fuerte, de nin-

gún modo es una atracción fácil o moderada. Nada con Sarmiento puede ser tal cosa. No obstante vale usarla, me parece, porque elude las formas de la pasión más convencionales: amor u odio, lealtad o traición; o las del gusto como algo que no merece argumento, que no precisa de la conversación y el desacuerdo. En las clases, y ahora en el libro, nos propusimos dejar de lado o, mejor, poner en suspenso el juicio ético y político sobre Sarmiento, en función de mostrarlo y leerlo. Lograr esto, arañarlo al menos, sin restarle dramaticidad al asunto, animándonos a medirnos tanto con lo que en Sarmiento hay de genial como de monstruoso.

Quando nos referimos al seminario de formación docente, hablamos de un conjunto de clases desarrolladas mayormente en un entorno virtual. Mientras que en este nuevo material, el contenido se presenta organizado en lecciones. ¿Qué implicancias tiene esta opción?

I: El vocabulario pedagógico parece haberse desprendido definitivamente de la palabra “lección”, que quedó asociada a una escuela en la que presuntamente la palabra fluía en una sola dirección, siempre desde arriba hacia abajo, y en la que conocer era sinónimo de memorizar; así, para las pedagogías actuales, *dar la lección* suele evocar una escena donde se citan la angustia del alumno bajo examen y el despliegue atemorizante del poder evaluador del maestro.

No reparé inmediatamente en el título que Javier había dado a lo que primero llamé *capítulo* y, después, en algunas conversaciones con docentes y cursantes del seminario, *clase*, sabiendo que no era ni una cosa ni la otra. Me avine pronto a dos ideas que circundaban la propuesta del ciclo “Entre la pedagogía y la cultura”: que la educación tenía que ver con “mostrar el mundo” y con “poner algo sobre la mesa”. Quizás las resonancias evangélicas de esta última expresión moderaron la impronta autoritativa de la primera, sobre todo cuando se trató de imaginar cómo se desarrollarían esas reuniones presenciales entre los estudiantes y los tutores. A esas reuniones las llamamos *encuentros*. Así, cada edición del seminario tuvo dos encuentros entre cursantes y tutores que, siguiendo el hilo de las lecciones, retomaron las lecturas y los problemas que estas proponían.

Pasaron algunos meses hasta que supe que al elegir el término *lección* Javier rendía un homenaje; y creo que en ese homenaje no subrayaba tanto el carácter magistral de un discurso como la inquietud que impregnó una práctica intelectual. Recuerdo ahora haber leído hace varios años una entrevista que Javier Trímboli y Roy Hora hicieron a Oscar Terán. El título que lleva la entrevista realizada a principios de los años noventa se compagina bien con el propósito del seminario de traer a Sarmiento y a sus textos al centro de la mesa: “La historiografía es la encargada de articular un sentido para las experiencias colectivas. Sin él, una sociedad contiene zonas de anemia y desmemoria”.

J: Viene muy bien que Ignacio traiga a la conversación a Terán, ya que es uno de los “maestros” principales que hemos tenido en la tarea de leer y entreverarnos con la tradición cultural argentina o, con otro acento, con “la ideología argentina”. No son muchos los “maestros” y, por nuestras trayectorias distintas, no en todos coincidimos, pero en Terán me parece que hay una convergencia. Además de un intelectual y un académico, de un militante político revolucionario y un exiliado en México, Terán era un gran profesor; sus clases teóricas en la carrera de Filosofía de la UBA constituían pequeños acontecimientos. Un libro recupera esas clases, quizás con demasiada sistematicidad: *Historia de las ideas en la Argentina*. Y está escandido en “lecciones”, palabra esta que se volvió casi caricatura de los arrestos autoritarios de la vieja escuela, pero que se alimentaba de otros significados. Porque las lecciones son lecturas; por lo tanto, el centro de gravedad se coloca en esa acción que está a la base de todo estudio; así como también la lectura advierte sobre el carácter inexorablemente relativo de lo que se ensaya, una perspectiva que, aunque comprometida con la verdad, sabe que habrá lugar para otras. Una lectura nunca es definitiva.

Vuelvo a leer las palabras de Terán que trae Ignacio: “La historiografía es la encargada de articular un sentido para las experiencias colectivas. Sin él, una sociedad contiene zonas de anemia y desmemoria”. Nuestra apuesta en el seminario y ahora en el libro es sin dudas por el “sentido”,

a sabiendas de que el nombre de Sarmiento, si está así de encarnado en nuestra historia, es porque implica mucho más que un accidente biográfico individual. Es en sí mismo una “experiencia colectiva”, claro, contradictoria, por lo tanto saltamos al plural: son “sentidos”. Pero no varía lo relevante, es decir, nos resistimos a tratar con el pasado como una colección de hechos e ideas caprichosos, que a lo sumo se pueden describir. Si se renuncia a encontrar “sentidos”, se renuncia al “mundo” y caemos en el pantano de la pura información. Y es interesantísimo que Terán vea, como consecuencia de esa deserción, la “desmemoria” de la sociedad y, sobre todo, la “anemia”, una forma de nombrar la desvitalización. El carácter, el temperamento de una cultura, su capacidad para formular promesas y para realizarlas, se liga entonces a que no abdica de la tarea de encontrar sentidos para su experiencia. Terán habla acá como un moderno, en tiempos que son hostiles para esas búsquedas, y quizás por eso lo que postula suena a mucho, a ambicioso. Y esto es un mérito. Entiendo que nuestra posición no es muy distinta a la suya, que junto a él nos alineamos.

En cuanto al lugar que les asignan a las imágenes, ¿cómo funcionaron en el seminario y ahora en el libro?

J: Más allá del tratamiento que aquí y allá les dimos a los “epígrafes”, de audios a escritura, no creo que haya variado

mucho el lugar que ocupan las imágenes. Insisto con ponerle comillas a lo que las acompaña, porque como tales, estos epígrafes son engañosos. Quiero decir: siempre hay una distancia, una luz que, a veces, incluso es incomodidad o forzamiento, entre la imagen y esas líneas que pretenden tan solo presentarla. En nuestro caso, desde un vamos decidimos que se tratara de algo más, de palabras que las coloquen en contexto, como parte de una conversación y un problema. Algunas imágenes son fotografías del propio Sarmiento; como escribe la crítica norteamericana Susan Sontag, huellas, “algo directamente estarcido de lo real, como una pisada o una máscara mortuoria”; otras son pinturas, dibujos o afiches de películas; de nuevo con Sontag, más decididamente “interpretaciones de lo real” que nacen de él o de su obra. Y un tercer grupo se encuentra algo más alejado, sobre todo en la discusión con sus posiciones. A través de las imágenes pretendemos entonces volver sobre las huellas que el propio Sarmiento se ocupó hasta con método de dejar y, por otro lado, sobre las reverberaciones tan largas que su paso por el mundo aún hoy sigue disparando. Tanto en las clases como en el libro, las dispusimos de manera tal que no ilustren lo que por escrito venimos sosteniendo, sino que construyan otra línea de sentido, una un poco más temblorosa. En constelación, digamos, pero también en fuga, cronológica y política.

¿Qué pasa con Sarmiento hoy? ¿Se lo lee? ¿Cómo se lo lee?

I: En los últimos meses se oyó resonar frecuentemente el verbo “cancelar” y el adjetivo “cancelado”, asociados ambos a la impugnación de figuras públicas y autores. No fue extraño –lo extraño hubiese sido que no ocurriese– que pronto Sarmiento y su prosa a menudo brutal fuesen alcanzados por el infausto veredicto de nuestros tribunales de cultura. A ojos del público, al cancelado lo precede su condena, como un estigma infamante, pero también como lo único que se debe mirar si acaso este se presenta a la vista. Envuelta desde hace más de un siglo en diatribas de demonización y monumentalización, a la fama de Sarmiento quizás no le afecte demasiado el juicio moral de nuestra época. Pero bien se podría esperar que las tentativas de acercar sus textos a nuevos lectores y, en particular, a aquellos que se forman como maestros y profesores, pudieran omitir el requerimiento de tener que evidenciar y justificar sus intenciones.

Sin embargo, como docentes del seminario, no hizo falta abundar en ese tipo de razones. Una expectativa que no se ha agotado, y cuyas raíces no son fácilmente identificables, enmarcó el comienzo y el desarrollo de cada cursada. Y nos referimos a la expectativa perceptible en los cursantes, en su interés por acercarse a Sarmiento, a lo que de problemático podía haber en sus libros, en su trayectoria política o, incluso, en su memoria. Un problema es lo que

hace pensar. Y en este caso, al menos, en lo primero que se piensa es en la necesidad de plantear ese problema que se presiente tras el nombre de Sarmiento. Ni monumento, ni vestigio; problema que necesita ser formulado y desarrollado aun allí donde se quiere su ausencia.

Si está y se comprueba incluso la expectativa de los estudiantes ante Sarmiento, las ganas de leerlo, probablemente el tema sea cómo invitar a que se lo haga. En línea con lo que vienen sosteniendo, ¿cómo promueven estas lecciones una aproximación a Sarmiento que, reconociendo “lo genial y lo monstruoso” asociados a su figura, intenta preservarlo como problema que nos permite seguir pensando la escuela y nuestra cultura?

J: Aunque no faltó quien no compartiera su entusiasmo, Sarmiento no tenía dudas de que la escuela era el futuro. Todo lo que en él había de prometedora precisaba de la ayuda de la escuela que, por lo tanto, estaba en alianza con el porvenir de una nación, de una república. Por supuesto, de un mundo también. Desde hace un tiempo esta certeza no se puede sostener de la misma manera; el futuro en sí mismo es un enorme problema, y la escuela –y Sarmiento– ante todo traen noticias del pasado. Pero justamente por esto es que tanto nos interesan una y otro, como si apostar por la escuela y por Sarmiento –tanto una como otro con su cantidad de reveses– fuera una manera de impedir que

el presente solo hable la lengua de la información, de los virus, de la hipercorrección política.

I: Lo genial y lo monstruoso, además, se nos sugieren atributos sobresalientes de la escritura de Sarmiento, embargada por una desmesura que en más de una ocasión habrá de parecernos fuera de toda medida humana. Esa escritura, a menudo un auténtico maremágnun, aloja un detallismo por momentos inverosímil para quien no la frecuenta, pero que subsidia recurrentemente a la reflexión política, cultural, económica o pedagógica. Es decir, no se trata de un gesto esteticista, de un desvelo por cuidar el alineamiento de la prosa a los dictados de algún canon literario, aunque no por ello pueda decirse que se los ignore. Hay un pragmatismo en ese pensamiento escrito, exhibido, publicitado, que por eso no se conforma con mostrar sino que procura movilizar y transformar. Y a la vez, en ese detallismo, se encuentra a veces cierta forma de hospitalidad, la de hacer que lo desconocido venga al lenguaje, la de arrojar un halo de luz sobre lo que de otra manera habría permanecido anónimo y solapado, en las sombras de la historia. Por eso, en alguna página de estas lecciones, Javier mencionará la semblanza que Sarmiento hace del coronel afroargentino Lorenzo Barcala. Y algo semejante cabría advertir al aproximarnos a los retratos que a mano alzada Sarmiento nos ofrece del gaucho cantor, del rastreador o del baqueano, en el *Facundo*; del pueblo huarpe,

en *Recuerdos de provincia*; del *flâneur* y del torero, en *Viajes por Europa, África y América*, por recordar algunos.

Entonces, frente a ese repertorio casi inagotable de escenas, en las que se dan cita personajes, costumbres, vestimentas y enseres, paisajes y técnicas, libros e ideas, los prejuicios y etiquetas que rápidamente envasan y clasifican a Sarmiento deben inevitablemente comenzar a resquebrajarse, para que de nuevo sea posible preguntar y cuestionar. Si estas lecciones promueven algunas preguntas, si ayudan a tomar distancia de categorizaciones acríicas, apenas justificadas con alguna cita, si contribuyen a volver la vista sobre algunas páginas y capítulos de Sarmiento, entonces habrán cumplido buena parte de sus propósitos.



Lección 1

Facundo o civilización y barbarie

Facundo o civilización y barbarie

Antes que nada preguntémonos, tal como suele hacerlo un docente cuando prepara su clase –también un escritor cuando imagina un libro–, por qué empezar por acá y no por otro lado. Es decir, por qué empezar estas páginas sobre Sarmiento abocándonos a su libro *Facundo o civilización y barbarie*. Sobre todo nos interesa señalar tres razones. La primera de ellas remarca que un libro –y más aún si es uno como el que trataremos– revela mucho sobre su autor, aunque no nos cuente de manera directa o central nada específico sobre él, sobre su vida. Que se dedique con especial ahínco a un tema y no a otro, el ritmo de su escritura, sus énfasis y silencios, lo que solemos llamar “contenidos” y también la “forma”: todo esto lo expone. *Facundo o civilización y barbarie* sin dudas es una huella o una pista que vale privilegiar para adentrarnos en la singularidad de una subjetividad, como se dice hoy; o de un carácter, de un temperamento, como se decía hasta antes de ayer: el de Sarmiento.

Por otra parte, entendemos que la semblanza biográfica –a ella nos dedicaremos en cierta forma un poco más adelante– puede volverse insustancial si carece de lo que aportan los “objetos culturales” en los que una vida se ha volcado. Porque hay en ellos también verdad sobre esa existencia. Si desconfiamos de la verdad como algo pleno

y fuera de toda duda, digamos “instantes de verdad”. Una y otra cosa –“objetos culturales” e “instantes de verdad”– bien cerca de como las propone Hannah Arendt (2016). Recordemos que Sarmiento murió el 11 de septiembre de 1888 en Asunción, República del Paraguay. Ya se hablaba y escribía sobre él –también su imagen circulaba en daguerrotipos, fotografías o en caricaturas que llamaban a la risa–, pero luego de su muerte esto siguió siendo así e incluso se potenció, agigantada su figura y su obra. Esta sobrevida larga, que aún hoy lo comprende, también su renombre fuera de los límites de nuestro país, en especial en Latinoamérica, mucho le debe a *Facundo*...

En tercer lugar, empezamos por un libro para marcarle un límite a la “opinión” que, como forma dominante desde hace un tiempo en la comunicación, amenaza seriamente con achatarlo todo. Asunto de panelistas, comentaristas de noticias de diarios y a la base de la explosión de “me gusta”, sería un despropósito que la “opinión” o las “opiniones” –no cambia mucho que sean plurales– definieran nuestro conocimiento de Sarmiento, también que restringieran lo que podemos pensar a partir de él. Ponemos a un costado y a distancia si estamos de acuerdo o no con él, con lo que “hizo”, para involucrarnos y dejarnos atrapar por algunas de las cuestiones que nos presenta el que probablemente sea el libro más desbordante –y genial– de Sarmiento, también el que más convulsiones trajo y en el que mucho de una hora de la Argentina quedó plasmado. Desde su

perspectiva, claro. No le lanzaremos encima ninguna policía moral que lo juzgue sucintamente, tal como si nuestra época detentara valores más límpidos que los del pasado. Para colmo, sabemos bien que Sarmiento durante su vida cosechó amores y odios en forma pareja, y que luego de muerto siguió despertando cientos de polémicas. Se entregó de cuerpo entero a disputas, a batallas de papel y de las otras, algunas de las cuales por lo pronto merecen calificarse como injustas, lo que le añade más y más perplejidad a su paso sobre la tierra. Entendemos de este modo que poner por delante un libro es también una forma de detenernos, de evitar precipitarnos, de atender lo que viene de lejos, con toda su diferencia, con el desacuerdo como marca.

Cuando tenemos ante nosotros *Facundo...*, este libro que Sarmiento escribió en 1845, cuando empezamos a recorrer sus páginas, es casi inevitable que nos gane la impresión de que estamos ante una formulación fundamental sobre la vida en común en la Argentina. Por el mundo que recoge y recrea, pero también podemos advertirlo por el peso de la formulación “civilización y barbarie”, que desde el título mismo no dejará de hacerse presente. Esto es así aunque cuando se nombra al libro, por ejemplo en el transcurrir de una clase, se la postergue para llamarlo tan solo por el nombre de pila –una elección en nada menor de Sarmiento– del caudillo riojano Juan Facundo Quiroga. Es *Facundo* a secas. Además, es una formulación que se encuentra

muy próxima al inicio de nuestra vida independiente, a la madeja de cuestiones entreveradas que conforman los orígenes de nuestra nación. A la gran eficacia que alcanzó en esa precisa coyuntura –son los años en los que Juan Manuel de Rosas se perpetúa en el gobierno de Buenos Aires y desde ahí ejerce su dominio sobre las restantes provincias de la Confederación–, se le suma la prolongada influencia que tuvo. Ya diremos algo más sobre esto, pero antes de hacerlo señalemos que para Sarmiento valía especialmente el título completo de su libro, *Facundo o civilización y barbarie*, porque todo lo que cuenta a lo largo de sus páginas conduce a un término o a otro, a la civilización o a la barbarie; y con “todo” nos referimos a la cantidad de vericuetos, de laberintos y detalles que confluyen en las guerras civiles pero que se arrastran desde mucho más atrás. La vida de Facundo es útil para plantar este “drama histórico” y, a la vez, civilización y barbarie, en tanto conceptos a los que echa mano nuestro autor, ordenan el sentido de lo que de otra manera yacería disperso y solo confundiría. Echa mano, imposible no reconocerlo, de la “biblioteca europea” para dar con ellos, porque de ahí proceden. Aunque solo más adelante alcancemos una respuesta, podríamos preguntarnos también a quiénes confundiría, quiénes están necesitados de orientación ante una realidad cuyos signos parecen ininteligibles. Envuelto en circunstancias complejas y violentas, dramáticas también –en una de las tantas de ese tono o parecido que vivió nuestra sociedad–, se

encuentra Sarmiento cuando escribe estas páginas. Está en el destierro, en Santiago de Chile, desde los últimos meses de 1840. Subrayemos rápido un rasgo, un condimento, que es mucho más que eso: uno de los libros más importantes de la Argentina se escribió en el exilio. Pero no es el único y, además, confluye con otros que fueron escritos en la clandestinidad o que pasaron largo rato prohibidos, por lo que, de distintas maneras, nacieron en la exclusión, o al borde de ella.

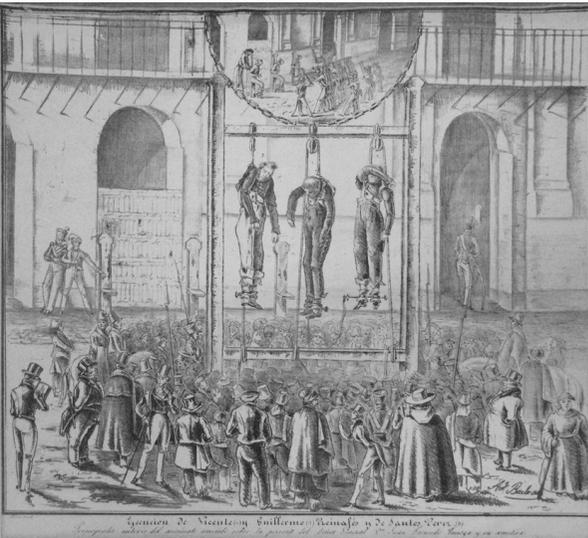


Imagen 1

GRABADO DE ANDREA BACLE

En el último capítulo de *Facundo...* –el último que narra la vida del caudillo, porque le siguen otros dos, dedicados a la situación política de 1845, que en las ediciones inmediatamente posteriores fueron dejados de lado–, Sarmiento se refiere a un par de grabados, a dos imágenes que Juan Manuel de Rosas, el gobernador de Buenos Aires, mandó a imprimir por miles, para hacerlas llegar a cada uno de los rincones del país que su poder alcanzara. Una de ellas

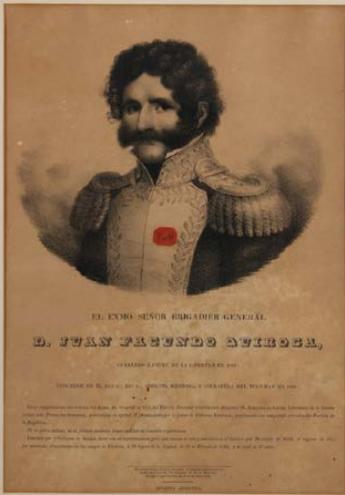
presenta tres cuerpos colgados de un travesaño, de sogas y ganchos. Menos definida, una multitud de hombres embozados y con sombreros presencia el espectáculo desde abajo. Un medio círculo del grabado cuenta la escena que antecedió a la anécdota principal, cuando esos tres hombres fueron fusilados, apoyadas sus espaldas en columnas que son las del Cabildo de Buenos Aires. Se trata del castigo que recibieron los acusados

del asesinato de Facundo Quiroga –los hermanos Reinafé, que habían gobernado Córdoba, y Santos Pérez, prototipo del *gaucho malo*–, luego de un proceso que para Sarmiento estuvo viciado de nulidad. Rosas, acusa el sanjuanino desde el exilio, quiere dejar en claro, quiere grabar en la memoria del pueblo que él ha hecho justicia por esa muerte que conmocionó a la nación; que entonces él es la continuación de Facundo. Quiere beber de su mito. Imprimir por miles este grabado, en momentos en que la inmensa mayoría de la población no sabía leer, era la forma más eficaz de propagar el sentido de una acción de gobierno. El dibujo le pertenece a Andrienne Pauline Macaire –conocida en Buenos Aires como Andrea Bacle–, una pintora suiza que emigró a América del Sur, y que estaba casada con el impresor César Hipólito Bacle, de origen francés.

Pongamos un ejemplo que nos interesa especialmente y, de paso, damos una impresión primera de lo que en *Facundo*... son la barbarie y la civilización. Que en la ciudad de San Juan, donde Domingo Faustino Sarmiento nació en 1811, no hubiera hacia 1845 “establecimiento ninguno de educación pública”; que en esa ciudad que reúne cuarenta mil habitantes, un solo joven “hay que ha cursado matemáticas”; que “sólo hay un médico sanjuanino”, más la constatación de que “no hay tres jóvenes que sepan inglés, ni cuatro que hablen francés” (1874, p. 53):¹ esto para Sarmiento significa que la barbarie se ha entronizado en esa ciudad, que domina de punta a punta la vida de esa provincia. La civilización –la educación como parte relevante y principal

1 Con el objetivo de facilitar la lectura, se ha adecuado la ortografía al uso actual en las obras del siglo XIX.

de ella– es la fuerza que puede producir la transformación de ese cuadro y la posibilidad muy cierta de alcanzar uno radicalmente nuevo. Para continuar con esta marcación puntual que hace Sarmiento en “Revolución de 1810”, el capítulo cuarto de *Facundo...*, podríamos decir que el triunfo de la civilización implicaría la creación de establecimientos de educación pública, el estudio sostenido de las matemáticas; que más médicos puedan atender a la población, el conocimiento de idiomas extranjeros, etc., etc.



[Imagen 2](#)

RETRATO DE FACUNDO QUIROGA

La otra imagen a la que refiere Sarmiento en las líneas últimas del capítulo “Barranca Yaco” es una que reproduce, también como litografía, el rostro de Facundo Quiroga. Es un retrato suyo que durante muchos años sin dudas estuvo muy presente en Buenos Aires pero también en cada una de las ciudades que componían la Confederación Argentina. Y probablemente en muchas pulperías y ranchos. Sin embargo, hoy es difícil tener plena certeza de cuál era esa imagen. Y esto es así aunque no son tantos los retratos de Facundo Quiroga. Ocurre que se lo postergó o desancló de la apropiación primera que de él hizo Rosas. El historiador de arte Roberto Amigo

entiende que esta puede ser la litografía en cuestión, realizada a partir de la miniatura de García del Molino, que será la próxima imagen en la que nos detendremos. Las modificaciones son varias: digamos, antes que nada, que la divisa punzó en la casaca militar le otorga un sentido beligerante a la

imagen, federal y también rosista. Se compuso en la Litografía Argentina, imprenta que le pertenecía a Gregorio Ibarra, partidario convencido y algo recalitrante del llamado Restaurador de las Leyes. Agreguemos un detalle: cuenta Lucio V. Mansilla que era usual que los sábados la casa de Rosas se llenara de sus pequeños sobrinos, él era uno de ellos. Cuando llegaba la hora de irse, “todos por turno pedían la bendición, y todos por turno recibían un regalo idéntico que consistía en tres cosas: un peso fuerte, una docena de divisas coloradas y una litografía con el retrato de Quiroga. [...] Al dar esto último, Rozas decía (se lo decía a cada uno): ‘Tome este retrato, sobriño; es de un amigo que los salvajes unitarios dicen que yo he mandado a matar’” (1899, p. 193). Sarmiento está entre quienes sostienen esa acusación. ¿Ocurrió así? En la última gran biografía que se escribió sobre Juan Manuel de Rosas, la de los historiadores académicos Raúl Fradkin y Jorge Gelman (2015), ni siquiera se considera esta hipótesis, como si su asidero se hubiera borrado con el desdibujamiento de esa coyuntura.

Decíamos que, formulada la tensión entre civilización y barbarie a mediados del siglo XIX, va a seguir presente, más o menos a la luz, más o menos en penumbras, hasta el día de hoy, en cantidad de intervenciones y palabras proferidas por maestros, por profesores, por políticos, ciudadanos y vecinos. Incluso, aunque no se lo explicita con nitidez y se desconozca la letra precisa del libro que por primera vez la enarbola, subyaciendo a un modo de pensar, a una manera de considerar a la Argentina. Ni qué decirlo, ha sido poderoso el legado. Se han enunciado, a lo largo de estos 200 años, otras dicotomías, otros dilemas que abrazan a la sociedad toda, tales como “liberación o dependencia”, “democracia o dictadura”, “patria o colonia”, pero ninguna

de esas fórmulas ha tenido la capacidad para instalarse y sobrevivir durante tanto tiempo. Por lo tanto, podemos decir que ante *Facundo...* estamos frente a un libro cuyo postulado principal nunca perdió actualidad, vigencia, usabilidad. Enorme potencia, con todo lo problemático que esto conlleva, porque por lo menos –y por empezar– permitámonos la duda acerca de cómo una tensión propuesta hace más de ciento setenta años puede seguir siendo válida hoy. A la vez, la pregnancia que acompañó desde un vamos a esa fórmula en buena medida tuvo que ver con la capacidad de su autor para captar y poner en palabras el laberinto en el que se encontraba –él y las fuerzas de las que se hace vocero– y su solución. Sin el exceso que es propio de todo gran libro, incluso sin eso que también podemos llamar –con un poco de vergüenza porque por lo menos suena anticuado– belleza; sin estos condimentos probablemente su eficacia política e ideológica no hubiera sido la misma. Estemos o no estemos de acuerdo de punta a punta con él. Dejemos no obstante abierta la pregunta, para abordarla cuando corresponda y para que no impida nuestra lectura: “civilización y barbarie”, ¿puede seguir siendo la fórmula que determina nuestras inquietudes –en el presente, entre argentinos y especialmente en la docencia–, que fija también el sentido de nuestras tareas? Para Sarmiento, “civilización” significaba cosas muy concretas, pero también, en su ensamble, daba lugar a lo que, con una lengua que no es de él, podríamos llamar una “utopía”. ¿Queda en pie algo

de ella? Las catástrofes del siglo XX y las que también hoy nos aquejan, ¿en qué medida no son hijas de la misma “civilización”, de su triunfo? Y si no es la civilización, ¿qué?



Imagen 3

RETRATO DE QUIROGA POR GARCÍA DEL MOLINO

Otro retrato, tomado en vida, de Facundo Quiroga. Es una miniatura, una pieza delicada en su factura, que por obra de la reproducción digital hoy se aprecia de esta manera. García del Molino era un pintor muy ligado a Rosas, partícipe de sus tertulias, de la corte que lo agasajaba. A él también lo retrató. Suponemos que Facundo Quiroga posó ante García del Molino en algún momento de su estadía en Buenos Aires, entre 1832 y 1834. Nuevamente en esta obra se acentúa el carácter militar del caudillo; sin embargo, la expresión que transmite el rostro está exenta de toda fiereza. Pelo rizado más que hirsuto; aunque las patillas son largas y abundantes, no se cierran con el bigote, tal como en la lito-

grafía que se imprimió por miles y que tuvo a esta miniatura como modelo. En esta obra de García del Molino, la mirada de Facundo Quiroga es suave, casi adolescente. Algo vaporoso lo cubre, a tono con el romanticismo de consumo más fácil, quitándole de este modo la severidad. Una de las últimas y muy buenas ediciones de *Facundo...* reproduce en su portada esta imagen. Sin arriesgar casi nada, digamos que a Sarmiento no le agradaría ni un poco esta elección que entendería desacertada.

La primera aproximación a este libro, y en particular a la fórmula en cuestión, es casi inevitable que sobre todo recoja los colores más contrastantes, los sentidos más opuestos que la constituyen. Como señalábamos, la educación y las escuelas son la civilización; en su reverso, la ignorancia –palabra que elegiría su autor, no nosotros– es la barbarie. También: las ciudades representan a la fuerza anhelada, por la que Sarmiento llama a librar todas las batallas que sean necesarias; de hecho, añadamos, ambos términos comparten una misma raíz en latín, *civis*. El desierto es la barbarie. Las ciudades son el orden, vieja preocupación que llega a América desde los inicios de la ocupación española. Fuera de ellas todo se vuelve confuso, indescifrable, caótico. Los caudillos –Facundo Quiroga había sido uno de los más relevantes, hasta su asesinato en 1835; Rosas lo es, en el momento de la publicación del libro y desde 1829, en Buenos Aires– son la barbarie; los hombres de estudio –que además se comportan con maneras, si no refinadas, al menos dulcificadas o moderadas– son un alto exponente de la civilización. Los gauchos –y los indios– de un lado, los ciudadanos del otro. Las vestimentas, para Sarmiento, son un índice seguro de este nítido contraste. Por eso está muy atento a ellas, por fuera de cualquier pintoresquismo: el poncho enfrentado con el frac y la levita. Escribe en el primer capítulo, “Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra”:

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada, tal como la conocemos en todas partes [...] Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos . (1874, p. 27)

Añade más adelante, en el capítulo VIII:

Toda civilización se expresa en trajes, y cada traje indica un sistema de ideas entero [...] cada civilización ha tenido su traje, y cada cambio en las ideas, cada revolución en las instituciones, un cambio en el vestir. Un traje, la civilización romana, otro, la Edad Media; el frac no principia en Europa sino después del renacimiento de las ciencias; la moda no la impone al mundo sino la nación más civilizada; de frac visten todos los pueblos cristianos, y cuando el sultán de Turquía, Abdul Medjil, quiere introducir la civilización europea en sus estados, depone el turbante, el caftán y las bombachas para vestir frac, pantalón y corbata. Los argentinos saben la guerra obstinada que Facundo y Rosas han hecho al frac y a la moda. (p. 87)

Pueden parecer demasiado sencillas, incluso inocentes, estas aseveraciones que contradicen el famoso dicho que reza que “el hábito no hace al monje”. Están movidas por

la convicción de que una práctica social, en su asunción y reiteración, no puede sino reflejar una “idea”, que incluso la podrían producir. Añadimos como si fuera entre paréntesis: un antropólogo muy contemporáneo –el brasileño Eduardo Viveiros de Castro–, avezado en el estudio de lo que queda de los pueblos indígenas en América, rescata la frase de Blas Pascal: “si tú no tienes fe no te preocupes, arrodíllate que la fe viene: si te arrodillas todos los días vas a terminar creyendo en Dios” (2013, p. 286). La práctica o el ejercicio anteceden a la fe, la crean. Los indios de la Amazonia no carecen de la conciencia de que “viviendo como blancos”, vistiendo sus ropas, trabajando como ellos, obteniendo su comida como ellos en supermercados, tarde o temprano serán transformados en una versión de los blancos, una versión pobre. El poder del hábito. Se cierra el paréntesis.

La diferencia radical entre la barbarie y la civilización la subraya también Sarmiento en la desprolijidad, la holganza y el abandono como características del rancho de nuestras pampas y llanos en contraposición con el trabajo y las virtudes del ahorro que asoman ni bien se deja ver una pequeña colonia de inmigrantes. Por tal motivo, la apuesta por la inmigración masiva que desde Europa –desde la Europa rica y protestante– traslade sus hábitos a este extremo de América late ya con fuerza en este libro. Por lo demás, el color rojo es el de la barbarie, confundido con la sangre y el ardor de pasiones descontroladas. El celeste,

limpio y emparentado con el cielo de las ideas y los ideales, la civilización.

Así, sin dudas, la barbarie es “lo otro” respecto de la civilización. Se ha dicho con razón que de este modo el par “civilización y barbarie” se transforma en una especie de máquina de lectura –máquina política también– de gran eficacia y de gran simpleza, demasiada. Escribe Ricardo Piglia, y con él empezamos a convocar a los fenomenales lectores e intérpretes –o reintérpretes– que tuvo este libro: “La realidad es sometida a un catálogo de formas, ordenadas por la semejanza: en el fondo, para Sarmiento, comparar es clasificar” (1980, p. 18). En la “Introducción”: “De eso se trata: de ser o no ser salvaje” (Sarmiento, 1874, p. 16). Más que una “y”, más que un nexos copulativo como el que se impone en el título del libro, es una “o” lo que las liga, la disyunción que por lo tanto las enfrenta. Incluso podríamos agregar que, si para la acción política circunstancial de una de las fuerzas en conflicto, aquella que se sabía empujada por los vientos de la Historia, era necesaria, quizás hasta imprescindible, esa simplificación dicotómica, para la vida argentina que sobrevendrá luego del derrocamiento de Rosas –pues ese era el fin político que perseguía Sarmiento– y más aún después de la consolidación del Estado nacional en 1880, nos gana la impresión de que esta dicotomía taxativamente planteada no sirve, deja de ser una ayuda para una cultura. Pasa a ser un obstáculo. Pero fue así principalmente como se instaló y sigue bullendo.

Sucede que en una lectura solo un poco más atenta de *Facundo o civilización y barbarie*, la propuesta de pensamiento y también la propuesta política de Sarmiento gana en problematicidad y riqueza, tanto que así convence mucho más que se haya constituido en un libro sustancial para la Argentina. Podríamos decir que nos amiga con lo acontecido, con el hecho de que ese libro –al igual que otro puñado, no muchos más– por su peso sea, como se ha dicho, una montaña, uno de esos ríos principales con los que afortunadamente contamos. Nos explicamos mejor: lo que era solo contrastante, no más que una cuestión de opuestos, casi binaria o maniquea, en las páginas de *Facundo...* convive con un entrecruzamiento, con contradicciones que desdibujan la oposición límpida, también con la posibilidad de alcanzar soluciones que no nazcan de excluir a uno de los dos principios. Quizás ahí reluzcan las páginas más sugerentes, las que hablan de que nuestra vida es ambas cosas, de que tal articulación es posible. Las menos feroces, aunque en la ferocidad también haya no poco de deslumbrante. La conjunción por encima de la disyunción. Una forma más interesante de que se enraíce entre nosotros, de que se erija como uno de esos nudos que constituyen nuestra identidad.

Prestemos atención a las figuras de Facundo Quiroga y de Juan Manuel de Rosas, mucho más que los personajes principales de su libro. En la lectura que se impone y es simplificadora, ambos representan lo mismo, la barbarie.

Simple y sumariamente. Pero no hace falta siquiera internarse en lo profundo de estas páginas para advertir que esto no es enteramente así, ya que casi de inmediato deja de funcionar de este modo. Lo que tiene de intriga este libro se sostiene no en la identidad –o en la mismidad– de estas dos figuras, sino en el enfrentamiento. Sarmiento sospecha y un poco más –denuncia incluso, puesto que su libro también tiene ese carácter– que la inteligencia maquiavélica y un plan urdido por Rosas se esconden tras el asesinato del caudillo riojano. Que los acusados y condenados por el crimen –los hermanos Reinafé y el “gaucho malo” Santos Pérez, al que habrían recurrido para que empuñe el arma asesina– no fueron más que instrumentos de Rosas para acabar con el afamado Quiroga, con el Tigre de los Llanos. Y no se trata, ni tan solo ni principalmente, de uno más de los tantos enfrentamientos y venganzas que tienen lugar entre los hombres de poder que no reconocen leyes que los moderen en sus ambiciones. No. Porque Facundo Quiroga es, en la interpretación de este libro, la barbarie en su estado natural, primitiva, inocente; una fuerza que se manifiesta produciendo daño casi siempre, porque se desconoce, porque no ha tenido trato alguno con las instituciones y las prácticas que ponen en juego a la civilización. Rosas, en contraparte, significa la elección del camino de la barbarie; es la frialdad la que lo conduce a inclinarse a favor de una y no de otra de las fuerzas, en pos de ganar en chances para alzarse con el gobierno y el poder. Rosas se adueña de las

palabras toscas y del color exacerbado del federalismo por mero cálculo de popularidad, no por convencimiento, tampoco por “naturaleza”. Para Sarmiento, Facundo es una pasión, y Rosas, una maquinación. Por eso, uno es “valiente, audaz” y el otro obra con la frialdad y la “inteligencia de un Maquiavelo”. Rosas hace el mal por decisión, Facundo sin saberlo. Facundo es hijo de su medio, los llanos riojanos, la vida rural, todo eso que Sarmiento engloba en el desierto y también en la noción de pueblo. Rosas es “hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él”. No poco tiene de subyugante una premisa que agita Sarmiento y le otorga sentido a una buena cantidad de estas páginas: “aun los caracteres históricos más negros poseen siempre una chispa de virtud que alumbra por momentos y se oculta” (p. 106). En Facundo, por supuesto, se aplica; en Rosas no, es un monstruo, una anomalía. Facundo es mucho más que eso: una “invariable”, agregará a mediados del siglo XX uno de esos grandes lectores de Sarmiento, Ezequiel Martínez Estrada (1947). Jorge Luis Borges, otro de ellos, escribirá en un poema que Facundo es como el viento, una fuerza natural presente e inextinguible. “¿Muere acaso el pampero, se mueren las espadas?” (1974, p. 61).

EL GENERAL QUIROGA VA EN COCHE AL MUERE

El madrejón desnudo ya sin una sed de agua
y la luna perdida en el frío del alba
y el campo muerto de hambre, pobre como una araña.

El coche se hamacaba rezongando la altura;
un galerón enfático, enorme, funerario.
Cuatro tapaos con pinta de muerte en la negrura
arrastraban seis miedos y un valor desvelado.

Junto a los postillones jineteaba un moreno.
Ir en coche a la muerte ¡qué cosa más oronda!
El general Quiroga quiso entrar en la sombra
llevando seis o siete degollados de escolta.
Esa cordobesada bochinchera y ladina
(meditaba Quiroga) ¿qué ha de poder con mi alma?
Aquí estoy afianzado y metido en la vida
como la estaca pampa bien metida en la pampa.
Yo, que he sobrevivido a millares de tardes
y cuyo nombre pone retemblor en las lanzas,
no he de soltar la vida por estos pedregales.
¿Muere acaso el pampero, se mueren las espadas?

Pero al brillar el día sobre Barranca Yaco
sables a filo y punta merodearon sobre él;
muerte de mala muerte se lo llevó al riojano
y una de puñaladas lo mentó a Juan Manuel.

Ya muerto, ya de pie, ya inmortal, ya fantasma,
se presentó al infierno que Dios le había marcado,
y a sus órdenes iban, rotas y desangradas,
las ánimas en pena de hombres y de caballos.

Jorge Luis Borges

Advertimos, cautelosos, que no hay pretensión de exhaustividad en este recorrido que venimos ensayando sobre las imágenes que de Facundo produjo nuestra cultura. Por eso nos animamos a saltar hasta esta otra, hecha de palabras, y de 1925, del libro *Luna de enfrente* de Jorge Luis Borges. O sea, noventa años después del asesinato de Facundo Quiroga, ya bien ingresados al siglo XX. La consolidación del Estado nacional hizo suponer que la Argentina había entrado por fin en la historia republicana y moderna, que por lo tanto los caudillos eran asunto tan solo del pasado, de un pasado bárbaro, que tendrían su justo lugar en libros de naturalistas, como si fueran “gliptodontes” y “megaterios”, tal como escribía Sarmiento en el cierre del libro que le dedica al caudillo riojano Peñaloza (1868). Hacia 1925, las élites económicas y sociales creían estar viviendo en la Argentina una demorada *belle époque*. Borges era un joven escritor vanguardista, que se había mostrado particularmente entusiasmado por la Revolución rusa y que también se inquietaba por hacer revivir ese trozo de pasado, incluso con ánimo nacionalista. Sin dudas, para componer este poema tuvo muy cerca suyo al *Facundo...* de Sarmiento, en especial al capítulo “Barranca Yaco”. Se podría decir que continúa la conversación con el libro que nos interesa, ya que nuevamente el tema es la permanencia de un caudillo o, como se decía, de un “grande hombre”. ¿Es posible que haya muerto Facundo? ¿Qué implica que siga siendo un fantasma, incluso en la tercera década del siglo XX?

Detengámonos en la página con que se inicia la “Introducción” del *Facundo...*, una de las más recorridas y también fenomenales del largo libro que compone la cultura argentina, libro que con tantas diferencias y discusiones se viene escribiendo, por lo menos desde 1810 y hasta el día de la fecha:

¡Sombra terrible de Facundo!, voy a evocarte para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entra-

ñas de un noble pueblo. ¡Tú posees el secreto: revélanoslo! Diez años aún después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: “¡No ha muerto! ¡Vive aún! ¡Él vendrá!”. (p. 13)

Porque Facundo tiene la estatura de un mito, cosa que Sarmiento reconoce, recoge y transmite a sus lectores; por la forma en que lo trata, lo vuelve casi inolvidable, lo hace perdurar para que llegue hasta nosotros. El mito implica a una figura que no muere, que trasciende el tiempo de la vida biológica sobre la que descansa. Se anhela su vuelta, se cree que tarde o temprano ocurrirá. Si Sarmiento pone como título a su libro *Facundo...* y no Juan Facundo Quiroga... –o con el grado militar a cuestas, brigadier general– es porque su ensayo no trata sobre una vida individual, sino sobre un mito, sobre sus contornos que se difuminan por la leyenda, que se nutren de expectativas y deseos que lo sobrepasan. Siguen esas primeras líneas: “¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas...” (p. 13). Es un mito popular, uno de los primeros con profunda influencia en la vida política de los tantos que atraviesan nuestra historia, la nuestra y la de América. Es lo que sigue vivo después de muerto. Un fantasma profundamente social, una pervivencia. Rosas se sirve de él, exagera el ademán que lo eleva como su vengador y continuador, pero sobre todo lo traiciona.



Imagen 4

ILUSTRACIÓN DE TAPA DE *FACUNDO* POR HÉCTOR BASALDÚA

Este dibujo ilustra la tapa de la edición del libro de Sarmiento realizada por la editorial de la revista Sur en 1962. La revista en cuestión fue una de las más importantes del siglo XX, con una presencia que se extendió desde los primeros años treinta hasta la década de 1970. Victoria Ocampo fue su directora, y en ella publicaron, entre muchos otros, Borges, Ernesto Sábato, Julio Cortázar. En primera instancia, vale prestar atención a que este es definitivamente otro Facundo Quiroga, muy alejado del de García del Molino pero también del de la litografía. Héctor Basaldúa, que en sus inicios estuvo ligado a Berni y a Spilimbergo, rompe con la representación realista y le inyecta a su criatura, permítanos decirlo así, no poco del demonismo que está presente en el libro de Sarmiento. Sus pelos tienen vida, lo emparentan con la Medusa mítica. Es un Facundo sin casaca militar, descamisado, lo que le agrega una capa de sentido más a su figura, porque en esa coyuntura era altamente política esta alusión. Se sabe: así se caracterizó, en un primer momento con intención despectiva, a los partidarios de Perón. A la vez, una franja roja cruza al dibujo, mancha a Facundo, le imprime violencia. Federalismo y sangre.

Se ha escrito mucho y muy bueno sobre este arranque de *Facundo*... Resonancias de Shakespeare se pueden encontrar en él sin demasiados forzamientos; incluso ligazón con la tragedia clásica por la apelación a un secreto que páginas después será llamado “enigma” y contará también con una “esfinge” que subyuga a la “Tebas del Plata”. O, con muchas otras distancias, con la prosa tormentosa, tam-

bién polémica y llena de chispa, del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, que se publicará en enero de 1848, apenas tres años después. O con el policial, que también estará naciendo por esos años a través de la escritura de Edgar Allan Poe. Porque, como decíamos, hay un crimen, motivos que conducen a él y una coartada. Bueno, teniendo esto en cuenta para otras posibles lecturas, digamos que en la invocación que Sarmiento hace a Facundo –en conversación entre persuasiva e imperativa con un muerto– le pide que revele el secreto de un enigma. Ese secreto no es más que el de las particularidades propias del pueblo que se puso de manifiesto con la revolución argentina estallada en 1810, que hasta ese entonces vivía en las sombras, desconocido, y que una vez en la palestra se muestra hartamente difícil de gobernar, de congeniar con la república, otro de los objetivos civilizatorios de Sarmiento. ¿Qué quiere decir que le revele un secreto? Sarmiento entiende que estudiando a Facundo, al mito, puede acceder a la vida de un pueblo que a través de él se expresa. Es una consideración compartida en la época por los escritores ligados al Romanticismo, ese movimiento estético y político que reaccionó ante el Iluminismo y que se plasmó en una sensibilidad volcada a entender al pueblo, a ligar con él así como con la naturaleza. Escribe Sarmiento en la Introducción: “... un caudillo que encabeza un gran movimiento social, no es más que el espejo en el que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación

en una época dada de su historia” (p. 18). Y solo conociendo todo eso –creencias, necesidades, preocupaciones y hábitos– que constituye a un pueblo, se lo podrá gobernar con eficacia, con el objetivo de llevarlo hacia la civilización. Por lo tanto, lejos de ser un querulante panfleto que amoneste a la barbarie con los improperios altisonantes de la civilización, *Facundo o civilización y barbarie* es sobre todo un estudio acerca de un pueblo al que se quiere finalmente conocer. Aunque no para su contemplación, sino para corregirlo y transformarlo.

En páginas próximas nos dedicaremos especialmente a las maneras en que Sarmiento se ligó con las clases populares, recogiendo pistas que se encuentran dispersas a lo largo de su obra. Por el momento digamos tan solo que en el libro que nos ocupa, en relación con el gaucho también se produce una oscilación relevante, un movimiento en nada menor. En sintonía con los postulados del Romanticismo, Sarmiento se mueve del héroe al hombre de pueblo y de este al héroe, en la hipótesis de que solo así cobran verdadera existencia, ya que se significan mutuamente. Escribe en las primeras páginas del capítulo I:

Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que no puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter

argentino, cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra, y puede, quizá, explicar, en parte, la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas y duraderas. (p. 22)

Ese “hombre del campo”, a la vez, “el carácter argentino”, es y tiene su expresión más definida en el gaucho. La violencia que reciben y que producen –piensa Sarmiento– no queda registrada en ellos, tal como si carecieran de memoria. Un hombre sin memoria está al borde de dejar de serlo, linda con el animal, es un bárbaro. Refuerza esta observación la lectura más simple y dicotómica con la civilización. Ahora bien, en el capítulo siguiente, “Originalidad y caracteres argentinos”, traza el sanjuanino una tipología de los distintos gauchos y, en todos, lo que sobresale es precisamente la facultad muy desarrollada de la memoria. El gaucho “baqueano” lleva una suerte de mapa en su cabeza, en el que reúne todos los detalles del accidentado territorio. Reemplaza con su habilidad un saber científico que, al no existir, obliga a que él mismo se constituya en un “topógrafo”. Ni el general más avezado se atrevería a entrar en campaña sin contar con sus servicios. El gaucho “rastreador” es capaz de seguir una huella durante años, y sus servicios son requeridos por todo aquel que quiera recuperar lo que

se le robó, también por la justicia. Saber aprendido fuera de toda academia, lo suyo es “una ciencia casera y popular”. La “gaya ciencia” del gaucho “cantor” es la que le permite referirse a cantidad de acciones, de acontecimientos mayores y menores que de otra forma no circularían entre el bajo pueblo y quedarían en el olvido. Incluso el gaucho “malo”, en cuyo nombre no parece haber resto para ninguna cualidad, tiene la memoria de un Napoleón que, se dice, conocía el nombre de sus doscientos mil soldados, pero aplicada a que no haya caballo, en dilatadas extensiones, que no esté registrado en el preciso y silencioso inventario que lleva. Y en todo gaucho, dice Sarmiento, estos cuatro caracteres, con su núcleo común en la memoria, se combinan aunque con distinta preponderancia. En Facundo también. Arturo Jauretche, uno de los críticos más acérrimos de la dicotomía “civilización y barbarie” –en su muy leído libro de 1968, *Manual de zonceras argentinas*, la llamará lapidariamente “la madre que las parió a todas”–, no puede sino simpatizar con esta “descripción enamorada”. Por lo tanto, ¿qué queda aquí de la barbarie? ¿Qué del supuesto salvajismo?



Imagen 5

CONVOCATORIA A LA BARBARIE, DE LUIS FELIPE NOÉ

También de los primeros años sesenta es este cuadro que lleva como título *Convocatoria a la barbarie*. Su autor, Luis Felipe Noé, es animador principal de un movimiento llamado Nueva Figuración, en línea con las renovadas vanguardias de la segunda postguerra. Es una de las trece obras que integran una serie que bautiza *Serie federal*; otra se llamará *Quiroga va en coche al muere* en referencia directa, sin dobleces, al poema de Jorge Luis Borges de 1925. En *Convocatoria a la barbarie* las líneas no son nítidas, y el rojo espeso, rojo sobre negro, se vuelve dominante. Noé reintroduce a la figura humana en la pintura de vanguardia que tendía a la abstracción, pero lo hace desde el peso del color y de la materia pictórica, lejos de cualquier realismo ingenuo. Son los demonios de la barbarie exhumados. Aun con tropiezos y peleas, la cultura ha sido pensada como un río que hace posible el fluir de una conversación. *Quiroga va en coche al muere* es tanto la imagen que evoca Borges en su poema como la que había delineado Sarmiento en su libro. Convencido de que, a un grito suyo, quienes iban a matarlo se pondrían a sus órdenes, Facundo saca su cuerpo por una ventana del coche y pregunta “¿Qué significa esto?” “Recibe por toda contestación un balazo en un ojo,

que le deja muerto” (p. 139). La *Serie federal* es una reflexión, a través de la pintura, sobre las guerras civiles argentinas del siglo XIX, en una coyuntura en que, al decir del historiador Tulio Halperin Donghi (1994), tenía lugar otro capítulo de ellas, pero “larvada”.

Si enfocamos ahora en la civilización, veremos que ella tampoco está exenta de tensiones y diferencias que son mucho más que matices. Una forma de reparar en su espesor es prestar atención a cómo Sarmiento pone frente a frente a las dos ciudades emblemáticas que dan cuenta de este asunto: Córdoba y Buenos Aires. Córdoba es una de las ciudades más “bonitas” del continente –no dice “coqueta”, así lo escribe en el capítulo VI “Sociabilidad (1825)”, porque su “gravedad española” se vería ofendida–; se vanagloria de su Universidad, y en cada una de sus cuadras “hay un soberbio convento, un monasterio o una casa de beatas o de ejercicios”. Córdoba, para Sarmiento, es indudablemente la civilización, pero la civilización tal como lucía en el siglo XVII español, es decir, en una medievalidad que se alarga. Abundan los doctores que se entregan a la escolástica y al latín; incluso algo de esto llena de orgullo a las clases populares porque “el *ergo* andaba por las cocinas y en la boca de los mendigos y los locos de la ciudad”. Oscar Terán (2008), otro de los lectores más perspicaces de este libro, llamaba la atención sobre la figura del “estanque de aguas” inmóviles, alrededor del cual los habitantes de Córdoba daban vueltas, como si se tratara de su paseo favorito.

Sin horizonte, movimiento encerrado. Buenos Aires inicia el proceso revolucionario porque no tiene las mismas ataduras con ese pasado, porque no conoció ningún esplendor medieval; su importancia es nueva y llegan a su puerto las “luces”, las novedades de la Ilustración y la Revolución francesa. Por lo tanto, hay civilización de un lado y de otro, pero son dos civilizaciones distintas. Esta diferencia es también la que las lleva al enfrentamiento. Córdoba en 1810 es uno de los focos de la reacción contrarrevolucionaria. Buenos Aires es la civilización que aspira a adentrarse sin resistencias en el siglo XIX; pero, ¡ay!, Juan Manuel de Rosas es su hijo... Y aquí vuelve, se potencia el problema: ¿por qué de Buenos Aires –el punto más avanzado de la civilización del Río de la Plata– surge el tirano? Una de las explicaciones que como un relámpago hiere a *Facundo*... dice que es resultado del egoísmo de esta ciudad que, convencida de que “la República Argentina acaba en el Arroyo del Medio”, no envió en su momento “luces, riqueza y prosperidad al interior”. Tampoco quiso compartir el “puerto” que finalmente, así argumenta en el capítulo VII, solo sirvió a Rosas.

ADOLECER

Esa cordobesada bochinchera y ladina
(meditaba Quiroga) ¿qué ha de poder con mi alma?
Aquí estoy afianzado y metido en la vida

Y las rebeldías se debilitaban, el inconformismo
de ayer, no es la lucha
del presente; está diluida, evaporada:
hirvió y todas las aguas
que había en el río se convirtieron
en sangre, asimismo
los peces que había en el río
se murieron
y el río se corrompió y muchos llegaron
así a gobernar sus países en este continente
golpeado, conciliaron ecuménicamente
rebeldías de juventud; apaciguaron las lombrices
que agitan el barro
de algunas ideas, han ido
creciendo y pronto
serán serpientes destilando veneno en la sangre
de los tímidos y los traidores.

*Pero al brillar el día sobre Barranca Yaco
sables a filo y punta menudearon sobre él;
muerte de mala muerte se lo llevó al riojano.*

Aquí no hubo víctimas ni frustraciones. Hay
una larga escaramuza, pocos encuentros, algunas
bajas imponderables, delaciones. Nadie
va en coche al muere, sólo
los elegidos, hemos
venido a derramar la sangre de nuestros
hermanos que son también
nuestros traidores.

Francisco Urondo

En esta otra imagen –o más bien se trata de varias imágenes que se superponen, disputan y se abrazan–, nuevamente la presencia de Facundo, el caudillo y el libro de Sarmiento, se hace tal a través de los versos del poema de Borges. Es un pasaje del libro *Adolecer*, que Francisco Urondo publica en 1968. La bastardilla indica que estamos leyendo esas líneas entrecortadas de *El general Quiroga va en coche al muere*, aunque también versículos de la Biblia reescritos por este poeta que en ese entonces se estaba acercando a la militancia revolucionaria y que sería asesinado por las fuerzas represivas de la dictadura en Mendoza en junio de 1976. Si *Facundo* nos lleva a los entreverados y polvorientos orígenes de la Argentina, la Biblia lo hace a los orígenes de la humanidad, a las primeras preguntas. No conforme con esto, el poema de Urondo deja en claro que es la tela del presente la que quiere interrumpir con esas viejas piezas. En contraste y en continuidad. Y la conmoción se vuelve acaso mayor porque los últimos versos parecen incluso referirse a un futuro que será desgraciado. Otra vez nos servimos de Tulio Halperin Donghi (1985), ya que es uno de los lectores principales de *Adolecer*, uno de los que más ha admirado estos versos sin compartir la perspectiva de Urondo sobre la historia ni sobre la política. En un artículo publicado a mediados de los años ochenta y cuando parecía que nada se recordaba de Urondo, este historiador señala que los versos de este libro, lejos de estar inspirados por la Revolución cubana, una marca que suele entenderse como definitiva para abordar la cultura de los años sesenta, lo están por la muerte del Che en Bolivia, en octubre de 1967.

Ricardo Piglia (1980) da cuenta en su novela *Respiración Artificial* –también en el artículo que citábamos, publicado en primera instancia por la revista *Punto de Vista* (1980) – de otra marca de la incompletud, de la endeblez de la noción de civilización que Sarmiento hace suya y agita. La encuentra en la página inicial de *Facundo...*, en la llamada “Advertencia del autor” que, luego de la primera edición, Sarmiento retira del libro por considerar que ya

no hacía falta la referencia tan pegada a la circunstancia de escritura. No obstante esta decisión, luego en sus obras completas reaparecerá para integrarse definitivamente al libro y destacarse como una de sus páginas más notables. Sitúa Sarmiento en esas pocas líneas el origen de este libro, cuando marcha al exilio, desterrado por un gobierno –el del caudillo sanjuanino Nazario Benavídez– que respondía a las directivas de Rosas. Señala entonces que al pasar por los “baños de Zonda”, con carbón escribió en una roca: “On ne tue point les idées”. Sí, se trata de un grafiti que tiene la extrañeza de estar en otra lengua. Ironiza de inmediato sobre aquellos hombres que ejecutan la orden de un gobierno despótico y que no logran entender qué significan esas palabras. Incluso suponen, bárbaros, que son insultos, desahogos innobles. Envían a una comisión para “descifrar el jeroglífico”. Tan solo quería significar, continúa el autor, que desde Chile seguiría con su lucha a través de las ideas, de las luces de la prensa. Ahora bien, al iniciarse esta página, Sarmiento ofrece una traducción de esa expresión que atribuye a Fortoul. La traducción es: “A los hombres se los degüella, a las ideas no”. Piglia advierte sobre ella y dice que por lo menos es, en tanto traducción, muy libre. Bien apretada, constreñida, la expresión en cuestión –“On en tu point les idées”– tan solo diría “Nadie mata a las ideas”; no hay hombres ni degüellos. Es una indisciplinada traducción, en buena medida una invención. A la vez, durante años y años, distintos “sarmientólogos”

–estudiosos y a la vez celosos cultores de su obra– intentaron descubrir de qué libro de Fortoul había tomado esas palabras. Como no lo encontraron, supusieron que podría ser de algún otro intelectual francés. Revolvieron aquí y allá, pero nada. Conclusión: fue creación de Sarmiento o, mejor, algo parecido tenía en su memoria, sospechando que la había leído en alguna obra de ese hombre de letras menor; y sin demorarse en chequearlo, a él se la atribuyó. Por lo tanto, mal citado, equivocadamente. Sarmiento exagera el gesto de autoridad sobre la barbarie, incluso se burla de ella que ante el francés –la lengua de la razón– se siente extraviada u ofendida. Pero finalmente la barbarie lo atraviesa y lo recorre a él mismo, que al atribuir sin ninguna precisión la autoría de la cita y al traducirla a su gusto, desemboca comportándose él mismo como un bárbaro frente a las formas correctas, disciplinadas, de la cultura letrada. Citemos a Piglia: “En el momento en que la cultura sostiene los emblemas de la civilización frente a la ignorancia, la barbarie corroe el gesto erudito. Marcas de un uso que habría que llamar salvaje de la cultura, en Sarmiento, de hecho, estos barbarismos proliferan. Atribuciones erróneas, citas falsas [...]” (1980, p. 17). El crítico portorriqueño Julio Ramos (2003), en su libro *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, suaviza esta lectura, al punto de invitarnos a pensar que la toma de distancia de Sarmiento respecto de la “biblioteca europea” revela su genialidad. Al traducir irreverentemente y americanizar la expresión en cuestión, esta pasa a significar mucho más.



Imagen 6

BARRANCA YACO POR HÉCTOR OESTERHELD Y LEOPOLDO DURAÑONA

Esta relectura de la escena de Barranca Yaco se publicó en el periódico de la agrupación Montoneros, *El descamisado*, en enero de 1974. Oesterheld, el autor de *El Eternauta*, la historieta más importante que se creó en la Argentina, es el guionista, el que aporta la letra y la idea que se resolverá en el dibujo de Leopoldo Durañona.

A lo largo de un año, serán muchos los episodios de la historia argentina que en las páginas de ese periódico se volverán historieta. Pero pocos, por no decir que este es el único, son abordados con tanta cercanía a un libro, o a un libro y a un poema. Pero vale acá distinguir las imágenes del texto, porque siguen siendo de la misma familia que las que compuso Sarmiento para narrar la muerte de Facundo Quiroga y que recogió Borges en 1925. Y no sucede lo mismo con las palabras que se alejan de uno y de otro. El caudillo riojano es quien puede finalmente poner proa hacia la constitución definitiva de la Argentina. Ese es su proyecto y sabe que Rosas, aunque mantenga relaciones amistosas con él, no lo comparte, porque Buenos Aires es celosa de su exclusivismo. Ahora bien, en una vuelta de tuerca abrupta, las últimas palabras de esta historieta, las que acompañan al rostro de Quiroga ensangrentado por una bala que le perfora el ojo, quieren aclarar acerca del verdadero instigador de este crimen político. Detrás de él se encontraba el “imperialismo británico”: la resolución del crimen debería partir de este pre-

supuesto. Sabemos de las invasiones inglesas, también del bloqueo sobre el Río de la Plata de 1845, así como no podemos ignorar que el colonialismo inglés ejerció su poder político y económico sobre América Latina durante todo el siglo XIX. Pero no hay nada, es decir, no hay documento que pruebe la participación de Gran Bretaña en este asesinato. Quizás podríamos leer esta hipótesis sin fundamento último como una expresión de deseos –el de que las disensiones internas sean causadas desde fuera de nuestra sociedad, que no afinquen en sus propias contradicciones–, en una coyuntura política y social que marchaba hacia la tragedia.

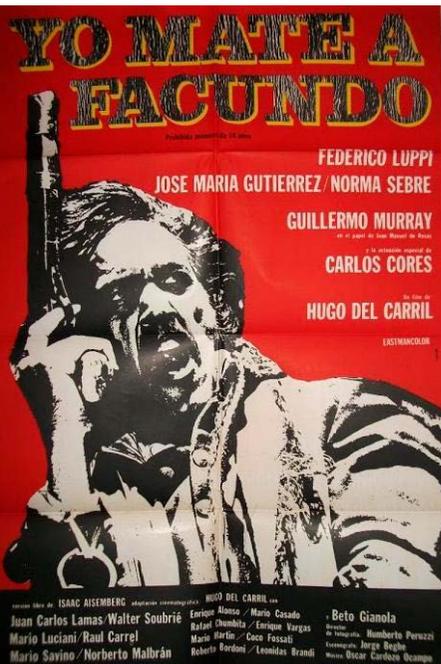
Quizás sea alrededor de la Revolución de Mayo donde muchas de estas contradicciones se pongan en movimiento, contradicciones que, a través de sucesivas vueltas, confluyen en la situación que Sarmiento combate como el punto más alto de la barbarie, el gobierno de Rosas. Porque la revolución, a esto le dedica el capítulo IV, nació de Buenos Aires, con el objetivo primordial de ponerse al día con los desarrollos de la civilización y sus ideas. Dejar atrás el estadio español, que nos postraba en el siglo XVII, y alcanzar uno nuevo, iluminista. El “momento fatal”, así lo llama, tuvo lugar cuando ante la paridad de fuerzas entre los partidos que representaban a dos formas de entender la civilización –realistas y patriotas–, o también, entre exaltados y moderados dentro de la revolución, se decidió llamar a una “tercera entidad” que hasta ese momento no había tenido mayor implicación en la vida política. Se refiere Sarmiento a los gauchos, a la barbarie. Artigas, el caudillo de la Banda Oriental, sería el primer exponente de este fenómeno de

participación de masas. Con lupa historiadora, se podría discutir esto porque esas clases populares habían tenido importante desempeño a la hora de repeler las invasiones inglesas de 1806 y 1807, aunque casi exclusivamente en Buenos Aires. Más allá de esta cuestión, unos u otros convocan a esta “tercera entidad” para que los socorra, y la cuestión es que esta fuerza no tardará mucho en independizarse de quien pretendió utilizarla para sus fines. Al hacerlo, entiende Sarmiento, se vuelve evidente que solo le interesa librarse de toda autoridad, ya sea la del rey, ya sea la de la revolución o la de las ciudades. Las ciudades, cuya vida y florecimiento son indicadores seguros de los avances de la civilización, tal como vimos, a partir de 1810 –desde la Revolución de Mayo–, empezaron a desandar el camino alcanzado, en decadencia y en desorden. Así, la lectura que Sarmiento lanza sobre un acontecimiento histórico preciso, justamente sobre aquel que está en el origen de nuestra vida independiente, muestra que desde el vamos civilización y barbarie se llaman y se repelen, se necesitan y se dan la espalda. Entremezcladas, confundidas y disgustadas.

Digamos, para terminar con esta lección primera y no con *Facundo...*, que el último tramo de la vida de Facundo Quiroga tiene un significado muy especial en este libro. Se ha dicho una y otra vez, y con razón, que para Sarmiento, influenciado por las ideas de su época, los hombres en su carácter y en sus hábitos se encontraban determinados

por el medio en el que vivían. El extenso título del capítulo primero expresa justamente esto. Rudamente, esta idea funciona como una ley inexorable que condiciona y limita la libertad de esos mismos hombres. O que reconoce sus bordes y restricciones, echando por tierra la creencia de que podemos ser enteramente libres. (No queremos distraer, pero no otra cosa hace Marx cuando señala que la conciencia de un hombre depende de su posición en la estructura económica, en relación con los medios de producción). El desierto engendra solo bárbaros; la ciudad, hombres civilizados. De todas formas, ya advertíamos cómo Rosas, incluso de manera paradójica, quebraba esta determinación. Lo cierto es que Juan Facundo Quiroga, luego de derrotar al ejército que había creado otro hombre de las provincias, pero que era un abanderado del unitarismo, el cordobés José María Paz, y de convertirse en uno de los caudillos fundamentales, con aspiraciones a decidir sobre la nación que faltaba constituir, pasa a residir en Buenos Aires hacia 1832. Y Buenos Aires lo transforma, incluso cambia hasta su manera de vestir y se obstina en que sus hijos estudien. Cuenta esto Sarmiento en el capítulo “Barranca Yaco”. Contra sus instintos, atajándolos, se ve obligado a controlarse en la gran aldea que es Buenos Aires. Por eso adquiere maneras civilizadas, habla sin cesar de la importancia de sancionar una Constitución; su naturaleza puesta en otro medio, en uno civilizado, parece recibir con plasticidad su influencia. Sigue siendo Facundo pero la

impresión es que ahora puede sintetizar un principio con el otro, la barbarie con la civilización. Sin proponer esto mismo, pero con similar preocupación, Oscar Terán se pregunta: “¿Hay dialéctica en el *Facundo*? Por ‘dialéctico’ se entiende aquel proceso en el cual se enfrentan dos elementos, dos términos (‘civilización y barbarie’, en nuestro caso), y como resultado de esta lucha producen una síntesis que no es ni una ni otra, sino un tercer elemento (la síntesis) que los incluye y los supera” (2007, p. 46).



PELÍCULA *YO MATÉ A FACUNDO*, DIRIGIDA POR HUGO DEL CARRIL

Tomamos la decisión de cerrar esta conversación –provisoriamente, como ocurre con todo cierre que tiene que ver con la cultura, también con la educación– entre imágenes que refieren a Facundo Quiroga y en particular a su muerte en Barranca Yaco, con el afiche de la película *Yo maté a Facundo*. Fue estrenada en mayo de 1975 y se trató de la última película que dirigió Hugo del Carril, uno de los más importantes directores de cine –también actor y cantor– que tuvo la Argentina. La singularidad mayor de esta película está dada por el hecho de que su perspectiva es la del hombre que ejecutó la orden de matar a Facundo Quiroga, Santos Pérez. Recordemos que para Sarmiento era un exponente del “gaucho malo” pero al que también en la última página del capítulo “Barranca Yaco” lo reviste de grandeza, de valentía. Hugo del Carril narra el drama de este gaucho que se ve involucrado en un hecho lamentable para nuestra historia. El

[Imagen 7](#)

giro ante el que nos encontramos es fenomenal: de repente, aquel que solo ocupaba un lugar menor, instrumental, en el acontecimiento que nos viene convocando, pasa a adquirir palabra, volumen propio, dramatismo. Una señal más de una época que supuso que los “sin voz”, aun cuando su accionar hubiera sido desgraciado, podrían por fin tomar la palabra.

Desde ya, sugiere Sarmiento que esta posición lo ubica al caudillo riojano, en vías de convertirse en un caudillo nacional, en tensión con Rosas, que pretende alzarse con el gobierno completo de Buenos Aires, que no quiere saber nada con una Constitución en la que los intereses de las provincias acaben o por lo menos limiten los privilegios de Buenos Aires. Cuando este desplazamiento estaba a punto de coronar en lo que probablemente iba a ser un enfrentamiento entre estas dos principales figuras, ocurre su asesinato. Como si se tratara de un llamado de su origen, contra todas las advertencias, Facundo Quiroga se hace cargo de una misión que lo saca de Buenos Aires y que tiene mucho de trampa. Temerario, está convencido de que nada podrá acabar con él. En el “desierto” vuelve a obrar como un bárbaro, no mide riesgos. Su muerte en Barranca Yaco deja en blanco la posibilidad de encontrar una zona de síntesis y a la vez de superación de este antagonismo que recorre el libro de Sarmiento y que se inscribió en nuestra cultura.



Lección 2

Las clases populares y Sarmiento

Las clases populares y Sarmiento

Así como al hablar de Sarmiento es inevitable pensar en la educación, una vez que nos empezamos a adentrar en algo de lo mucho que escribió, su nombre también se vuelve indisociable de una figura social, quizás podríamos decir su contrafigura; nos referimos por supuesto al gaucho. Venimos de realizar en la lección primera una aproximación a *Facundo o civilización y barbarie* y, muy probablemente, la impresión que nos domine sea la de que esta “unidad elemental de nuestras masas populares” se hace presente en cada página de su libro. El mismo Facundo Quiroga es para Sarmiento un gaucho, uno que ha llegado a ser caudillo pero que nunca abandona su condición de tal. La expresión “unidad elemental de nuestras masas populares” la tomamos de Juan Bautista Alberdi (2017, p. 98), que de ese modo considera al gaucho en un libro bien cercano en el tiempo al de Sarmiento, en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República*, escrito en 1852 y que sería clave para dar forma –forma federal– a la Constitución Nacional sancionada un año después y a la que Buenos Aires se resistirá. *Facundo...* y *Bases...* se emparentan en el encuadre general, puesto que son libros que bregan por la modernización de la Argentina, que señalan que el camino de la civilización europea es el que hay que seguir, pero en otras ideas o perspectivas se diferencian.

Por ejemplo: Alberdi no cree que “civilización y barbarie” sea la fórmula capaz de explicar las tensiones y los escollos que se presentan para las tareas del progreso en la Argentina de mediados del siglo XIX. La “división” que postula como efectivamente cierta es entre “el indígena” y “el europeo, es decir, nosotros los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Jesucristo y no en Pillán (dios de los indígenas)” (Alberdi, 2017, p. 92). Descarta la contradicción entre “el hombre de la ciudad” y “el de la campaña”, en oposición nítida a la mirada del sanjuanino, y acepta como única “subdivisión” entre los “españoles americanos” la del “hombre del litoral” y “el hombre de tierra adentro o mediterráneo”. Aunque se aleje del argumento de esta lección, recordemos rápidamente que otra crítica fundamental la lanza Alberdi sobre el modelo de educación que ha hecho suyo Sarmiento. Descrie de su eficacia, lo denomina con cierto desprecio “instrucción”, y exhibe la certeza de que solo contribuirá al desorden social, no a inculcar hábitos verdaderos de trabajo.



Imagen 8

SOLDADO DE LA GUARDIA DE ROSAS, POR RAYMOND MONVOISIN

Este cuadro fue realizado por el pintor Raymond Monvoisin a poco de llegar –o recalar, quizás sería mejor decir– en Buenos Aires, ya que se había embarcado en Francia con el objetivo de llegar hasta Valparaíso, a donde había sido invitado para crear una academia de dibujo. Una fuerte tormenta postergó ese plan. El cuadro es de 1842, por lo tanto prácticamente contemporáneo a *Facundo...* Con razón se lo ha emparentado con las obras que, sobre el Oriente árabe, pintó Eugene Delacroix, en busca de un mundo de exotismo, de placer y a la par fuerza, que una Europa embarcada en la carrera de la Revolución industrial al menos

en la imaginación añoraba. Monvoisin encuentra la continuidad de Oriente en esta figura, en las pampas. Y es notable que, en este sentido, también en la obra de Sarmiento proliferen las comparaciones entre el gaucho y los beduinos, entre el Oriente que se evoca desde Europa y este confín austral y americano del mundo que él se propone hacer conocer del otro lado del Atlántico. En efecto, la Generación del 37 recoge y dialoga con las imágenes que producen los tantos pintores y escritores viajeros que durante el siglo XIX llegan al Río de la Plata y recorren las provincias. Fundamental es el color rojo que se apodera prácticamente del corazón del cuadro. No es un soldado ni un gaucho cualquiera; más allá del mate, no se presta a la indistinción política propia del costumbrismo o del pintoresquismo, porque el rojo lo liga inexorablemente a Rosas.

Contra el parecer extendido que indica que el autor de *Facundo o civilización y barbarie* fue un despreciador condescendiente y serial del gaucho, nos interesará recorrer lo que son mucho más que matices. Advertimos que ese parecer se hace presente por lo bajo, aunque gustosamente, entre quienes le profesan la veneración de prócer impoluto de la República, y como argumento definitorio entre quienes solo lo cuestionan. Sostenemos que en buena medida la singularidad de Sarmiento –una posición, una escritura, un pensamiento– radica también en la capacidad de nombrar, a veces sin valoración, a veces con valoración contradictoria, lo que otros muchos, incluso con perspectivas ideológicas progresistas, prefirieron pasar por alto o más sencillamente ignorar. Digámoslo de manera más franca: incluso aunque sea para cuestionarlo, Sarmiento le hace lugar en su escritura al gaucho; lo visibiliza en tanto núcleo fundamental de las clases populares que vivían fuera de las ciudades, en su bordes, y que cada tanto incursionaban en ellas; núcleo fundamental de la vida social en el territorio que aún no terminaba de constituirse como la Argentina.

Escribe el historiador José Luis Romero (1996) que Sarmiento tuvo como uno de sus principales objetivos conocer la realidad social argentina, objetivo que fue suyo así como también de todos los intelectuales nucleados en la Generación del 37: Alberdi, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Vicente F. López, entre otros. Conocer la reali-

dad social de un país es conocer al pueblo, su idiosincrasia, sus hábitos, su temperamento, cuestiones que se hacen tan presentes en *Facundo*... Con la convicción de que no se puede gobernar un país, tampoco construir una república y hacer avanzar a la civilización, si se niega o se desconoce esa realidad. Lo que antes de la Revolución de 1810 no era necesario, en tanto la autoridad del rey era largamente heredada y descansaba en última instancia en un principio divino, luego de la conmoción que esta produce, se vuelve inexorable para que el gobierno logre sostenerse y perdurar. Por eso, para Romero, el acierto de la Generación del 37 estuvo en “dirigir la mirada escrutadora hacia la realidad y la experiencia”, pues “allí encontraría los datos para una interpretación más justa y desapasionada del problema argentino, y de ella recogería las inspiraciones para postular una política renovadora y vivificante” (p. 128). Cuestión que explica su interés en conocer “además de la estructura social del país, los contenidos espirituales de las masas populares” (p. 141).

Según Romero, que fue uno de los más importantes historiadores que tuvo la Argentina en el siglo XX, esta disposición de Sarmiento y de su generación quiso subsanar un déficit notable, que había herido de muerte a los primeros proyectos políticos surgidos de la Revolución de 1810. ¿Cuál había sido la falla? Se intentó construir una nación como si fuera un esquema más o menos ideal, pasando por alto las formas culturales y las prácticas consuetu-

dinarias de la población. Mariano Moreno, por ejemplo, no poco convencido se mostraba de que la tarea de influir sobre el pueblo, en pos de motivar su obrar ciudadano, se vería en parte lograda si *El contrato social* de Jean-Jacques Rousseau, esa obra fundamental del pensamiento político ilustrado del siglo XVIII –que tradujo y prologó–, se leía desde los púlpitos de las iglesias. A la par, desde *La Gazeta* de Buenos Aires no dejaba de nombrar a un pueblo al que concebía hecho de virtudes que solo esperaban el momento preciso para desplegarse, un pueblo que se parecía mucho más al que había leído en los libros que al realmente existente. Reemplazar un libro ideal –la *Biblia*– por otro –*El contrato social*– para que la pedagogía unidireccional pueda ser eficaz. Así hasta que, a punto de ser frenada su meteórica ascensión política, descubre que hay un pueblo que se deja ganar más por las imágenes, la pasión y el poder que por la razón. Y eso ocasiona no solo su decepción, sino también su ira. Aunque sea un desvío en relación con lo que nos ocupa –solo en un sentido muy estrecho lo es–, vale al respecto leer y detenerse en el *Decreto sobre la supresión de honores* (1896), escrito por Moreno y firmado por la llamada Primera Junta, motivado por el brindis que hizo un hombre del pueblo –Atanasio Duarte era su nombre y se lo supone “ebrio y dormido”– a favor de que Cornelio Saavedra, el presidente de la Junta, algún día asumiera como emperador de América. Fue condenado al destierro. Digamos también que los dos intentos constitucionales

que se desarrollaron después de la Revolución de Mayo, en 1819 y en 1826, fracasaron estrepitosamente porque querían legislar sobre la vida política de un país del que desconocían su realidad, en particular la que se plasmaba en la forma de vida de la población. Es valioso y necesario tener un ojo puesto en el ideal, en aquello que se quiere alcanzar –la civilización y el progreso, una república moderna, los pasos de Europa–, pero si el otro ojo no mira fijamente lo que aquí ocurre, en este cuadrante de América, todo se desbarrancará en el error político y cultural, también en la violencia. Al decir de David Viñas (1964), un gran escritor argentino del siglo XX, Sarmiento y la Generación del 37 buscaron alcanzar y sostenerse en esa posición incómoda pero ineludible, desarrollar una imprescindible “mirada estrábica”.

Entonces: frente a las clases populares, Sarmiento pretenderá producir conocimiento que nunca, claro, será un asunto neutro, sin una voluntad política de accionar sobre la realidad que expresan. Pero José Luis Romero (1996) plantea algo más, porque otra fuerza interviene en esta relación:

Si la observación de la realidad y el afán de determinar una política eficaz llevaron a los jóvenes ilustrados de 1837 a reconocer la importancia que habían tenido las masas, nada puede impedir que se mantuviera cierto desdén aristocrático por el pueblo, tra-

ducido en la opinión, harto generalizada, de que era necesario reducir en el futuro la influencia que ejercía sobre la vida política. (p. 139)

Subrayamos de esta cita una expresión en particular: “cierto desdén aristocrático”. Por lo tanto, conocimiento y desdén –que también es desprecio e indiferencia– conviven, entremezclándose, en contaminación recíproca. Algunas pocas veces quizás se manifiestan por separado, puro conocimiento y puro desdén, en otras se activan y a la par se entorpecen. Aunque no haga falta decirlo, Sarmiento no había nacido en cuna de oro, pero la mirada, que en él y en los jóvenes escritores del 37 cada tanto se alza dominante, fastidiosa por lo que le ha tocado en suerte, puede caracterizarse como aristocrática por la distancia y la superioridad en la que se afirma.

Y nos animamos a sugerir una fuerza más que cada tanto también tiñe, digámoslo así, la voluntad de conocimiento del “padre del aula”. Se ha dicho que se encontraba fascinado por algunos aspectos de la vida de las clases populares, que fue por eso que logró producir imágenes notables de ellas, aunque las salpicara –y a veces más que eso– con adjetivaciones peyorativas. No obstante, por el momento daremos cuenta de esto trayendo una observación que deja escrita poco después de Caseros, batalla librada en febrero de 1852 y que pone punto final al gobierno de Juan Manuel de Rosas. Es una carta y está fechada el 13 de abril. Señala que si alguna vez pensara en acabar con

su vida, en matarse, no lo haría por el simple hecho de que existe esa época, la de Rosas y las clases populares de Buenos Aires y su campaña, que lo veneraron; que existe todo eso, como un enigma que no deja de atraerlo, para continuar su estudio, cosa que basta para devolverle las ganas de seguir vivo. Por lo tanto, nos llama la atención cómo se activan y desactivan, cómo irrumpen y desaparecen estas tres fuerzas en la escritura de Sarmiento a la hora de tratar con y sobre las “masas”.

Una aclaración antes de seguir. Convocamos a José Luis Romero en el inicio de esta lección, le otorgamos a su planteo carácter de guía, porque en sí mismo nos interesa pero también porque pone a las claras que la complejidad de la relación entre los intelectuales –o, como se suele plantear al referir al siglo XIX, los “letrados” o la “élite letrada”– y las clases populares no es un tema arrinconado en un tiempo solamente pretérito. Lo que venimos citando lo escribió el historiador en 1946, en un libro fundamental que se llama *Las ideas políticas en la Argentina*. Lo hace, entonces, bajo la influencia de los acontecimientos políticos vividos en esa coyuntura, con su punto más alto en el 17 de octubre de 1945. Subyace a la reflexión de Romero, que era miembro del Partido Socialista, un problema punzante: ¿por qué los trabajadores imaginados y tenidos como reales por los intelectuales eran tan distintos a los que se habían manifestado en esa fecha en apoyo fervoroso a Perón? Con su ejercicio sobre la historia, intenta conjurar

que la incomprensión se haga una con el desdén, lo que conduciría a un divorcio que solo traería más daño a la vida colectiva.

Planteado este encuadre, queremos detenernos en una observación de Sarmiento, si se quiere menor, que no es retomada en los mismos términos en el conjunto de su obra pero que, sin embargo, la sobrevuela por entero. Se encuentra en el capítulo IV de *Facundo...*, cuando al hacer la interpretación que comentábamos de la Revolución de 1810 se refiere a esa “tercera entidad”, a los gauchos que son convocados a la lucha para desequilibrar entre dos formas de la civilización, la española y vetusta de un lado, la iluminista y del nuevo siglo del otro –o entre exaltados y moderados al interior de los partidarios de la misma revolución–. Una de las características que le atribuye a esa masa gaucha es el “exceso de vida”: “la revolución le era útil en este sentido: que iba a dar objeto y ocupación a ese exceso de vida que hemos indicado” (p. 47). En el capítulo anterior, “Asociación”, ya había observado que al no tener mayores tareas y compromisos, los “hombres de las campañas” no conocían punto de reunión más importante que el que les ofrecía la pulpería, donde cada tanto se daban de a puñaladas o salían a andar desafortadamente a caballo a la caza de avestruces. Sucintamente comentamos nosotros y Michel Foucault mediante: aún no estaban inscriptos y sujetos en instituciones disciplinarias, ya que se trataba de un momento previo al desarrollo del capitalismo. La revolución les va a dar un objetivo nuevo, también un punto

de reunión más amplio, un “Campo de Marte” escribe Sarmiento, el escenario de la guerra. Como sea, es inevitable que nos llame la atención, quizás incluso que nos sacuda, esto del “exceso de vida”, por lo tanto, que nos preguntemos qué estaría entendiendo por tal cosa. Podríamos sugerir que es propio del Romanticismo el encantamiento por lo tempestuoso que tiene la vida por encima de la teoría o de las formas encorsetadas de la existencia ciudadana y burguesa. Puede ser, pero es imposible pasar por alto que en la misma meta de la civilización por la que brega Sarmiento se encuentra ese modo de existencia, ciudadano y burgués. No está claro, no se filia fácil. Por el momento, digamos tan solo que a quienes hacen derrapar la Revolución de 1810 hacia un camino que no era el anhelado y previsto –la desvían en la guerra de las montoneras contra las ciudades–, les adjudica una sobreabundancia de vida, una vida por demás. Animados de una vitalidad mayor percibe a quienes apuesta por civilizar para que se vuelva realidad la República Argentina. Anotemos que de este modo emerge, de una de las vetas del nunca liso texto sarmientino, otra manera, problemática por demás, de entender a la palabra insignia: civilizar como sinónimo de recortar y aminorar vida. Conocimiento, desdén y fascinación entrelazados. Añadamos por nuestra cuenta que este “exceso de vida” es el que explica, por ejemplo, que la batalla de Tucumán en septiembre de 1812 haya sido ganada por el ejército que capitaneaba Belgrano –un general improvisado, como él mismo se reconocía, mejor sabedor de códigos y de leyes

que de tácticas de guerra– y no por las fuerzas realistas, aunque puestas una contra otra en los papeles y en su estricto carácter de ejército, la ventajas eran sin dudas de los realistas. Es la intervención de los gauchos a caballo, sin orden, sin disciplina pero con hábitos de vida que los habían preparado sobradamente para librar una guerra, lo que define la batalla. O, como señala Sarmiento en su libro de 1845, lo que permite que Buenos Aires en menos de veinte años repela dos veces a los ingleses –las invasiones de 1806 y 1807–, provea de hombres a ejércitos que se internarán en tres oportunidades hasta los alrededores de La Paz en el Alto Perú, que cruzarán los Andes para dar batallas formidables y luego llegarán hasta Lima. Escribe “Buenos Aires” para contraponer esta imagen hecha de vitalidad con la de una ciudad a la que entiende reducida por la tiranía rosista, pero es mucho más que esa ciudad lo que bulle por el “exceso de vida”, son las “campañas”. Cuenta Belgrano, ya que estábamos con él, que entre las clases acomodadas no encontró quien quisiera sumarse al servicio militar para resistir a una posible nueva invasión inglesa, después de rechazada la primera. Encontrará otro eco, incluso entusiasmo, en el llamado “bajo pueblo”. Ese “exceso de vida” también es el que se deja ver en las guerras civiles que no cesan. Por lo tanto, se lo puede concebir como un punto a favor del que enorgullecerse, o como un verdadero problema, un estorbo. Y Sarmiento no es ajeno a esta oscilación.

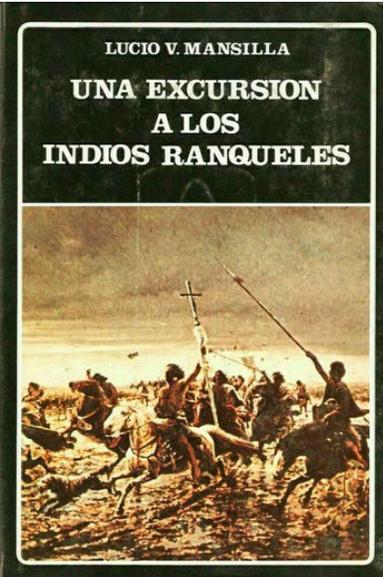


Imagen 9

UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES, DE LUCIO V. MANSILLA

Este libro de Lucio V. Mansilla es de 1870, pues a comienzos de ese año este alto oficial del Ejército, que estaba a cargo de la Frontera Sur de Córdoba, emprende una expedición desde Río Cuarto hasta Leuvucó, la capital de los ranqueles, para entrevistarse con sus caciques, el principal de ellos Mariano Rosas, ya que por su nombre cristiano lo llama. Pero allí no solo hay ranqueles, no solo hay indios o pueblos originarios, porque Mansilla también se encuentra con cantidad de gauchos –y en particular con un negro que toca el acordeón para gusto de Mariano Rosas pero no para el suyo– que por un motivo o por otro han huido de la ley de la civilización, aquella que se está queriendo imponer, para encontrar refugio en las tolderías. Y, en paralelo, los indios visten como gauchos. Mansilla colabora con la confusión pues en el fogón, llegando a tierra india, habla de la Guerra del Paraguay, en particular de un gaucho –el cabo Gómez– que, aunque él hizo todo lo posible para evitarlo, fue fusilado. Por lo tanto, no hay línea divisoria segura entre unos y otros, no hay corte quirúrgico. Pero, además, este libro tiene que ser leído en discusión con Sarmiento y con la dicotomía civilización o barbarie. Mansilla, que es sobrino de Rosas, que desde muy joven conoce el mundo –hasta la India había llegado–, que es un conversador interesantísimo y un gran escritor, se propone a sí mismo más cerca de quienes prefieren comer una tortilla de huevos de avestruz en la pampa antes que trufas en París. Aunque es mucho más que una humorada –o una *boutade*, como se decía– lo que lo diferencia del sanjuanino: luego de interrogarse una y otra vez acerca de qué es la civilización y qué la barbarie, luego de reconocer que entre los ranqueles no gobierna la mera irracionalidad sino una cultura otra, con su lógica, sus formas, sus leyes, concluye que “no hay peor mal que la civilización sin clemencia” con el vencido. Y eso es lo que está ocurriendo entre nosotros. La tapa de la edición que elegimos, de la fenomenal Biblioteca Ayacucho, reproduce un cuadro de Ángel Della Valle, *La vuelta del malón*, que es de 1892. Se habla de malones, de la acción de *maloquear*, pero no es esta la forma política que ponen

en las tolderías. Y, en paralelo, los indios visten como gauchos. Mansilla colabora con la confusión pues en el fogón, llegando a tierra india, habla de la Guerra del Paraguay, en particular de un gaucho –el cabo Gómez– que, aunque él hizo todo lo posible para evitarlo, fue fusilado. Por lo tanto, no hay línea divisoria segura entre unos y otros, no hay corte quirúrgico. Pero, además, este libro tiene que ser leído en discusión con Sarmiento y con la dicotomía civilización o barbarie. Mansilla, que es sobrino de Rosas, que desde muy joven conoce el mundo –hasta la India había llegado–, que es un conversador interesantísimo y un gran escritor, se propone a sí mismo más cerca de quienes prefieren comer una tortilla de huevos de avestruz en la pampa antes que trufas en París. Aunque es mucho más que una humorada –o una *boutade*, como se decía– lo que lo diferencia del sanjuanino: luego de interrogarse una y otra vez acerca de qué es la civilización y qué la barbarie, luego de reconocer que entre los ranqueles no gobierna la mera irracionalidad sino una cultura otra, con su lógica, sus formas, sus leyes, concluye que “no hay peor mal que la civilización sin clemencia” con el vencido. Y eso es lo que está ocurriendo entre nosotros. La tapa de la edición que elegimos, de la fenomenal Biblioteca Ayacucho, reproduce un cuadro de Ángel Della Valle, *La vuelta del malón*, que es de 1892. Se habla de malones, de la acción de *maloquear*, pero no es esta la forma política que ponen

en práctica los indios en el libro de Mansilla. Desde su perspectiva, la agresividad que transmite el cuadro no es condimento principal de esa cultura.

Rescatamos dos situaciones que proceden de un mismo libro, *Campaña en el Ejército Grande*, que da cuenta de la participación de Sarmiento en lo que iba a ser el último capítulo de la lucha contra Juan Manuel de Rosas. Dos situaciones que vuelven, si acaso esto es posible, más palpable esta cuestión del “exceso de vida”. La primera es una imagen, solo un poco más que eso:

El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer –el pasaje de un gran río por el ejército [...] En los países poco conocedores de nuestras costumbres, el juicio se resiste a concebir cómo cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron a nado en un solo día el río Uruguay, en una extensión de más de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso a vapores y buques de calado. (1897, p. 153)

Esto ocurre un 24 de diciembre de 1851, y Sarmiento, exultante, lo registra en una carta que firma en Diamante, provincia de Entre Ríos, al día siguiente. El Ejército Grande tiene a su frente a Urquiza, el caudillo de esa provincia que hasta mayo de ese año había sido aliado de Rosas, pero

que se ha decidido a enfrentarlo. El motivo principal es la libre navegación de los ríos interiores, que afecta a los intereses de este gran hacendado que también es Urquiza. Los intelectuales u “hombres de letras” de la Generación del 37, así como también los unitarios, exiliados unos y otros, se unen a este caudillo, convencidos de que la alianza es necesaria para terminar con el tirano. Funciona también como un principio de realidad que obliga a dejar de lado una pureza imposible, aceptar que el caudillo y toda la “sensibilidad” que se expresa bajo las banderas del federalismo no es un mero capricho o una malformación. Pero lo cierto es que la alianza durará poco, se empieza a deshacer a vuelta de página, de inmediato se resuelve la derrota de Rosas en la batalla de Caseros el 3 de febrero de 1852. De hecho, *Campaña en el Ejército Grande* es también un documento de esta situación, de la expectativa que en el sanjuanino despierta Urquiza y de la posterior crítica, por momentos virulenta, en tanto supuesto continuador de la política bárbara de Rosas. Por eso Sarmiento hace notar que el desplazamiento militar en cuestión habría podido darse sin la falta de cálculo, sin la imperfección generalizada que caracteriza a este ejército del que forma parte pero que es mayoritariamente de gauchos, caudillos y caudillos, y que lo hace malgastar, dilapidar energías. Destaca “los medios vulgares, vulgarísimos de hacer las cosas” que reinan en las tropas de Urquiza, pero nada de esto alcanza a eclipsar la imagen de los gauchos soldados que “nadan-

do luchaban horas y horas con los caballos que de la mitad, de los dos tercios del río, se volvían para atrás y volvían a la ribera” (p. 156). Es un “espectáculo grandioso” y a él se entrega admirado. Es una acción y también una imagen en exceso.

MARTÍN FIERRO, DE JOSÉ HERNÁNDEZ

Sería injusto pasar por alto el gran poema de José Hernández a la hora de darle forma a esta breve galería de imágenes de las clases populares del siglo XIX, aunque se encuentre muy presente en el libro de la cultura argentina. Flaco favor le hizo su canonización; lo dejó helado. Dos son las fechas de este poema: 1872, cuando se publica *El gaucho Martín Fierro*, y 1879, con *La vuelta de Martín Fierro*. Entre un año y otro ocurrió la ofensiva contra las sociedades indias que justamente llegaría a su momento de mayor simbolismo el 25 de mayo de 1879, a orillas del Río Negro. La perspectiva, claro, siempre es la de un gaucho, pero al final de la primera parte, este prefirió vivir entre los indios y junto con Cruz, el

amigo que ha hecho en la lucha, antes que soportar la violencia y los rigores del Ejército y la sociedad que avanza en su senda capitalista. *La vuelta...* produce un retrato cruel, despiadado de los indios, a tono con la coyuntura en transformación. Pero nada de esto le quita valor y belleza a este poema que ante todo narra las desdichas de aquellos que quieren sobrevivir cuando los vientos de la historia, o el progreso, amenaza seriamente con dejarlos de lado. En sí mismos estos versos producen imágenes, la de un gaucho y sus desdichas; no obstante, sobre todo a partir del siglo XX, las ediciones de *Martín Fierro* han sido acompañadas por ilustraciones. Incluso se volvió más de una vez película, cine. Nos preguntamos, y les trasladamos a ustedes, colegas lectores, la pregunta: qué edición de este poema de Hernández

MARTÍN FIERRO



José Hernández

Euclidea

Imagen 10

elegir, con qué imágenes. Por lo pronto, estaría muy bien revisar en la biblioteca propia, pero también en las familiares y en las de nuestras instituciones, en busca de las muy variadas tapas e ilustraciones, ya que siempre son intentos de acercarse al presente, a nuevas y nuevos, los versos de un poema que, además del paso del tiempo, ha tenido que soportar la frialdad de la canonización, es decir, que se lo haya vuelto monumento. En nuestro caso, optamos por los dibujos de Juan Carlos Castagnino que acompañaron la edición de EUDEBA de principios de los años sesenta, que tuvo una enorme circulación, otorgándole una nueva vida.

Durante esos meses de campaña militar, Sarmiento estuvo rodeado de gauchos que venían haciendo la guerra desde largo. Detengámonos en la situación que envuelve a un grupo de soldados, a través del retrato que de ellos plasma: “Fisonomías graves como árabes, como antiguos soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas. Un rasgo común a todos, casi sin excepción, eran las canas de oficiales y soldados” (p. 118). Rosas los había enviado a sitiar Montevideo, sitio que se sostuvo durante ocho años, bajo el mando del general oriental Oribe, su aliado. Una vez pronunciado Urquiza, a Oribe no le queda más que rendirse, el sitio se levanta y los gauchos son incorporados al ejército que marchará contra Rosas para derrotarlo. Por supuesto, nadie les pregunta si están de acuerdo en pasar a estas otras filas: a la fuerza se los incorpora, lo que era una práctica habitual para con quienes habían sido tomados prisioneros. Continúa Sarmiento:

He aquí los restos de diez mil seres humanos, que han permanecido casi diez años, en la brecha combatiendo, y cayendo uno a uno todos los días. [...] Estos soldados y oficiales carecieron diez años del abrigo de un techo, y nunca murmuraron. Comieron sólo carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron. [...] Matar y morir: he aquí la única facultad despierta, en esta inmensa familia de bayonetas y de regimientos. (p. 119)

El “exceso de vida” aquí ya no se adivina en escenas hechas de movimiento, no hay puñaladas –aunque se presienten–, tampoco corridas a avestruces ni cruces de ríos. Sobre todo hay privaciones, mejor, energías que permiten soportar privaciones como si tal cosa, tal como un ciudadano nunca hubiera soportado. Sarmiento le asigna gran importancia a este grupo de gauchos prisioneros y agregados al ejército de Urquiza, a lo que acontecerá con ellos. Se los suma a una división al mando de un coronel que, como él, viene del exilio en Chile: Aquino es su apellido, un hombre de maneras refinadas, con pretensión aristocrática, también dado a la bebida y, se puede inferir sin mayor forzamiento, a los malos tratos con sus subordinados. Al más liso y llano desdén. Pero lo cierto es que en un momento de descuido, cuando la división a la que pertenecen se había desviado por una orden táctica del grueso del ejército –nunca se sa-

brá con mayor precisión cómo ocurrió–, estos veteranos de guerra se sublevan, matan a Aquino y demás oficiales para desaparecer en la pampa.

¿De cuántos actos de barbarie inaudita habrían sido ejecutores estos soldados que veía tendidos de medio lado, vestidos de rojo, chiripá, gorros y envueltos en sus largos ponchos de paño? [...] Sentían por él, por Rosas, una afeción profunda, una veneración que disimulaban apenas. [...] ¿Qué era Rosas, pues, para estos hombres? ¿O son hombres estos seres? (p. 118-120)

La sucesión de preguntas que dan forma a esta reflexión de *Campaña...* remarca la extrañeza con que Sarmiento se coloca frente a esos gauchos. Incomprensible se le ocurre que la intensidad del vínculo con Rosas, el culto que le profesan, les haya hecho soportar lo que soportaron, sin recompensa alguna. Plantea Ricardo Piglia (en Fradkin y Di Meglio, 2013) que “hay un enigma sobre las clases populares que la mirada liberal no puede resolver [...], la idea de cómo se produce esa adhesión” al caudillo. Apenas añadamos que al respecto creó Piglia un notable relato, *Las actas del juicio*, que es muy valorado no solo desde la perspectiva de la literatura, sino por los historiadores que tienen como asunto las clases populares. El “exceso de vida” –la fuerza– les permite sostenerse pero, en su sobreabundancia,

en su falta de razón, pone en duda su condición de humanos. Porque es esto lo que de manera impresionante queda planteado en esta última pregunta, que escribe con sus rostros frescos en la memoria y conociendo ya el crimen de Aquino; pregunta que escinde su condición de seres de la de humanos. Así dicho, con este énfasis, Sarmiento parece tener plena conciencia de la gravedad del problema que deja entrever desastres futuros de la modernidad, los cuales, en buena medida, ya estaban sucediendo fuera de Europa. Cuando esa escisión se plantea –todos homínidos por igual, incluso *homo sapiens*; pero algunos seres humanos y otros seres no humanos–, las palabras le hacen lugar a la masacre, pues la deshumanización la permite, la vuelve tolerable. El pensamiento político contemporáneo, desde Hannah Arendt hasta Giorgio Agamben, una y otra vez se ve obligado a tratar con este problema principal, bajo el peso de los campos de concentración de la Alemania nazi y la Shoá. Anotamos al margen aunque no tanto: de no haber existido la escritura de Sarmiento, esta obsesión a la que le da rienda suelta y que, como desconoce la vergüenza, no se refrena ante el papel, que supera esa barrera, poco o nada sabríamos de estos gauchos. La contradicción parece flagrante, ya que quien los coloca en un filo indeciso entre lo humano y lo no humano es también quien reúne y devuelve la peripecia fundamental de sus vidas.

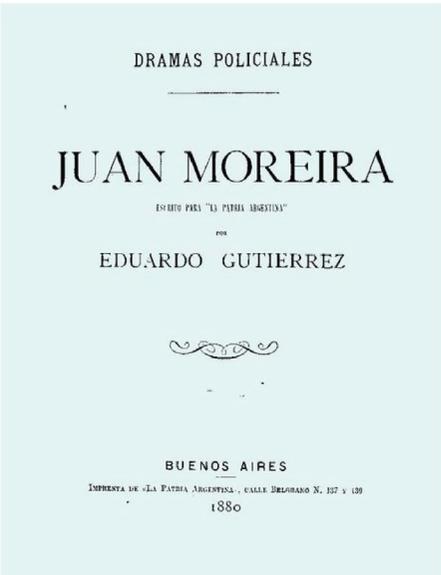


Imagen 11



Imagen 12

JUAN MOREIRA

Primeramente esta obra fue un folletín, publicado entre los últimos meses de 1879 y enero de 1880 en un diario llamado *La Patria Argentina*. Eduardo Gutiérrez fue un muy prolífico y por momentos genial escritor de folletines. Más de uno, por ejemplo, estuvo destinado a contar la vida del Chacho Peñaloza, en discusión franca con Sarmiento. *Hormiga negra* le interesó especialmente a Borges. *Juan Moreira* es la historia de un gaucho que, como se decía, “se desgracia” luego de soportar el trato injusto del dueño de una pulpería, que además es de origen inmigrante, apañado por las autoridades políticas. Lleva una vida de prófugo, también se va a las tolderías, pero, a diferencia de Fierro, se reencauza en la vida de la sociedad como guardaespaldas y matón de uno y otro político de la provincia de Buenos Aires. También tiene mucho de puntero pero poco le importa el ideario del partido que ocasionalmente sostiene, solo conseguir que lo indulten para volver con los suyos. Juan Moreira existió, de él toma Gutiérrez su modelo para volcarlo en una escritura en prosa, periodística, punzante. Estos folletines gauchescos, en particular el que nos ocupa, fueron muy leídos durante esas décadas, algo así como *best sellers* pero que no tenían el visto bueno de las “clases respetables”. Eran sobre todo los inmigrantes que llegaban masiva-

mente al país quienes con avidez se envolvían en estas historias, identificándose con la suerte de Juan Moreira, con sus desgracias y con su lucha confusa pero cierta contra las injusticias. Tanto es así que se llevó la obra al teatro –al teatro popular y masivo– con muchísimo éxito. Cuenta el crítico e historiador Adolfo Prieto que era tan vivo el vínculo entre el auditorio y Juan Moreira, que los hermanos Podestá, a cargo de la puesta, optaban por poner en escena más y más soldados en la escena final que termina con la vida del héroe bandido, porque parte del espectáculo era la batahola que se producía cuando el público abandonaba las sillas para defender a Moreira en verdaderas batallas campales. En mayo de 1973, Leonardo Favio estrenó la película *Juan Moreira*, uno de los puntos más brillantes del cine argentino.

Con la pregunta “¿son hombres estos seres?” que, aun con lo brutal, hay que tener coraje para formular y dejar por escrito, volvemos a un asunto que apenas habíamos mencionado y con el que probablemente ya hayan tropezado al tratar con Sarmiento: la animalización de las clases populares. Que se entienda, es un eufemismo decir que solo es un tropiezo. Había despuntado a propósito de la cuestión de la memoria de la que parecerían carecer, según lo que se propone aquí y allá en el texto sarmientino, y en fenomenal contradicción con la tipología de gauchos. Hay muchas marcas en este sentido. Por ejemplo, y volviendo a una cita sobre la que ya llamamos la atención, en *Facundo...* deslinda al “hombre de campo” de un entorno hostil: “Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre de campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que no puede pisar” (p. 22). El salvaje –es decir, en la lengua de

la época, de ese momento y de esa generación, el indio— en pie de igualdad, en tanto peligro, con el tigre y con la víbora. Parte de un todo. En *Conflicto y armonías de las razas en América*, uno de sus últimos libros relevantes —ya estamos en la década de 1880, con la fiebre del positivismo y el racismo arrasando— se describe a la Banda Oriental, lo que luego de ser la tierra del caudillo Artigas pasó a ser Uruguay, “de donde salió el germen del desquicio general”:

Habíanse mezclado el caballo con la población cornuda; y como no sobreabundaban los lobos ni los tigres para contener el crecimiento superabundante, como lo hace la naturaleza cuando el hombre no se mete de por medio, habíanse trepado sobre los caballos, bípedos que ejercían la noble profesión de bandoleros... (1900, p. 288)

Prefiere no nombrarlos gauchos así como tampoco indios —para Sarmiento, en este momento detrás de un gaucho siempre había un indio apenas transfigurado y huyendo de la derrota—; solo bípedos, homínidos que andan en dos pies. Que a la par son bandoleros que infringen la ley, que para colmo son un montón, y se han ido en vicio. Alrededor de Facundo Quiroga, el deslizamiento fundamental que encontramos entre lo humano y lo animal se produce cuando lo presenta en el capítulo V de su libro, en paralelo con el tigre cebado que está a punto de hacerlo su presa. Ambos fuera de la ley, ambos perseguidos, ambos guiándose por

el instinto. Desde la punta de un algarrobo, Facundo no puede quitar sus ojos del tigre. Y, concluye Sarmiento, a él también lo llamarán Tigre y, para completar ese relato que seguramente llegó a él a través de narraciones orales populares, llama en su auxilio a la ciencia –¿se le puede decir así?–, a la frenología, una disciplina en boga por ese entonces, y escribe que además era parecido físicamente a ese animal salvaje. Entonces, todo desemboca en que el carácter, el temperamento y los rasgos físicos se conjugan a la perfección.

Avisamos ya –y nos pusimos sobre aviso– del peligro que anidaba en definiciones como estas que animalizan a las clases populares. La semilla de los desastres civilizatorios. Pero agreguemos también que por este lado se cuele una vez más el “exceso de vida”. Porque ese gaucho malo de los llanos de La Rioja es un tigre, no un animal menor, de fácil caza. Lo mismo se podría decir de los bípedos que dominan solo con la ayuda de su cuerpo a caballos salvajes y al ganado cimarrón. Un contrapunto inevitable: en la importantísima discusión que despliegan con Alberdi en cartas que pasaron a ser libros, todo muy a propósito de Urquiza, Sarmiento acusa al autor de *Bases...* de ser un “gorgojito”, mientras que este le dice que es el “Facundo de nuestras letras”. La pelea los mantuvo alejados por décadas. Sarmiento animaliza al adversario que se mueve entre libros, a Alberdi, pero lo coloca en las antípodas del “exceso de vida”. Más tajante se torna así lo despectivo.

Una cosa se suma a la otra, un rasgo potencia al otro, y todo conduce a la indocilidad de las clases populares frente a la pretensión civilizatoria de las ciudades, aunque a veces también las nombra como “clases cultas” o “acomodadas”. Es eso lo que las vuelve tan difíciles de gobernar, de ser transformadas en obedientes. Por tal motivo, cuando emprende la campaña contra el Chacho Peñaloza –“el último caudillo de la montonera de los llanos”, como señala en el título del libro de 1866 que recoge esa campaña despiadada– no puede sino reconocer que mucho más que a un hombre enfrenta a una población entera, incluso unánime. En tanto gobernador de San Juan y a cargo de esa guerra, es decir, como punta de lanza y avanzada de la civilización, no encuentra apoyos ciertos en los llanos de La Rioja. “En los Llanos el patriotismo es como en el Sahara. El niño, la mujer, todos, contestarán lo contrario de la verdad. ¿Por dónde va la división? Y señalarán con la boca o con el pie para allá. Se puede tomar a ciencia cierta el rumbo opuesto si se quiere acertar” (1868, p. 40). Nunca parece más extranjero Sarmiento que en estas páginas. La población humilde le niega información o incluso la deforma para favorecer al Chacho y perjudicar a las fuerzas militares de la civilización. “El desierto es mudo, sordo y ciego”, o sea, ya no es ningún vacío el desierto, tiene una vida que respira y se le resiste. Entiende Sarmiento que este libro que le dedica al Chacho viene a cerrar su proyecto de conocimiento sobre caudillos y montoneras, es la conclusión entonces de

Facundo... En esas páginas a las que es imposible no remitir una y otra vez, enfatizaba la fuerza que pone en marcha esa indocilidad:

...el hombre de la campaña lejos de aspirar a semejar-se al de la ciudad, rechaza con desdén, su lujo y sus modales cortesés, y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. (1874, p. 28)

EL PAYADOR, DE LEOPOLDO LUGONES

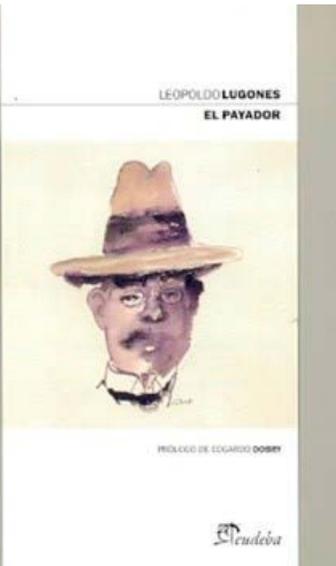


Imagen 13

Este libro de Leopoldo Lugones marca la reconciliación de las clases dominantes con el gaucho. Se publica en 1916 pero antes había sido una conferencia que este poeta modernista había brindado en el teatro Odeón de Buenos Aires, en el año 1913, ante lo más distinguido de la sociedad respetable, con la presencia de los más relevantes exponentes de la clase gobernante. La reconciliación se produce a través de *Martín Fierro*, poema que Lugones celebra colocándolo en un sitio similar al de la *Iliada* y la *Odisea* para la cultura griega. El linaje de Hércules, así se plantea, renace a través de los verbos de José Hernández. El gaucho ha entregado su vida, ha aceptado el sacrificio, para hacer avanzar a la civilización en tierras que le eran hostiles. Protagonizó la avan-

zada de las ciudades sobre el desierto y sobre los indios. Desde ya, para llegar a conclusiones como esta hay que estilizar con no poca dedicación la historia; se trata de la invención de un mito. A partir de este libro, de esta relevante operación cultural, *Martín Fierro* pasa a ser el libro argentino por excelencia, tremendo peso que se asemeja mucho a una mortaja. Si había

peligrosidad en esta alianza que se dejaba entrever entre gauchos desgraciados e inmigrantes de la Europa más pobre –el fervor por *Juan Moreira* hablaba de eso–, la lectura de Lugones la amonesta y pretende desarticularla. Ya el personaje de Hernández no será más un desgraciado, un bandido social, sino un héroe mítico de una nación moderna. La reconciliación con el gaucho llega cuando su forma de vida ya no existe y cuando la amenaza proviene de una nueva figura, esa que Lugones nombra como “la plebe ultramarina” que “armaba escándalo en el zaguán”.

El desdén es también de los otros. La ciudad y las clases cultas han fracasado en el intento de contagiar sus maneras, sus valores e ideología entre los gauchos; la resistencia con la que se enfrentaron estuvo a punto de hacerlas flaquear. “Es implacable el odio que les inspiran los hombres cultos, e invencible su disgusto por sus vestidos, usos y maneras” (1874, p. 31). En *Conflicto y armonías de las razas en América* esta cuestión se exaspera:

...la montonera [ha] ejercido suprema influencia en las guerras civiles, habilitando a las antiguas razas a mezclarse y refundirse, ejerciendo como masas populares de a caballos la más violenta acción contra la civilización colonial y las instituciones de origen europeo, poniendo barreras a la introducción de las formas en que reposa hoy el gobierno de los pueblos cultos. (1900, p. 286)

O con incrustaciones más obvias de lengua positivista: “Bastaba el instinto de raza, la protesta del sometido, el odio del salvaje contra el hombre civilizado [...] Español, repetido cien veces en el sentido odioso de impío, inmoral, raptor, embaucador, es sinónimo de civilización, de la tradición europea” (p. 197).

Tentados estamos de pensar que si hay efectivamente aquí producción de conocimiento sobre las clases populares, esta se encuentra revestida de exageraciones, de las que el sanjuanino era amigo confeso. (Cita una carta propia en el libro del 66: “Le exagero las cosas para que más impresión le hagan”). Pero solo nos tienta, porque dudamos de que sea así. Por un lado, es como si Sarmiento encontrara en este argumento la necesidad de apurar definitivamente el trago que termine con la presencia de un sujeto que impide el triunfo de la civilización y de la república. Hacer la civilización y la república sin gauchos, sin esa masa ingobernable. Por otro lado, en tanto se trata de una forma de vida de larga data, ¿por qué tendrían que avenirse a dejarse transformar en otra cosa que lo que eran? De vuelta en *Facundo...*, esta imagen del gaucho:

Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales, para el que

nunca conoció mayores goces, ni extendió más alto sus deseos. (p. 31)

Interrumpir esa felicidad, hacerles conocer su pobreza y las privaciones que padecen. Así expresado, esta abigarrada construcción que como muy pocos hace Sarmiento de las clases populares, parece tan solo movida por la confianza indefectible de las bondades que acarrea la civilización, que valen para arruinar la felicidad del que no tiene conciencia de la pobreza que a él tanto le molesta. En *Recuerdos de provincia* propone un argumento que es imposible no tener en cuenta, para intentar entender –quizás también de algún modo justificar– la herida que Sarmiento quiere provocar, y provoca, en ese mundo que así descrito parece de plenitud. Porque al hablar de la “nación huarpe”, de los indios –¿deberíamos pulcramente decir “pueblos originarios” y librarnos de incomodidades?– que vivieron en los valles de lo que luego sería la provincia de San Juan y más en general en Cuyo, informa sobre los adelantos y la configuración cultural que habían logrado. Contaban con una muy numerosa población que vivía en ciudades. La pesca era la práctica económica fundamental en la que basaban su existencia. Con sus “balsas de to-tora” se internaban en las lagunas de Huanacache. Esto y el arte de rastrear –heredado por los gauchos, “gauchos indios”, escribe– constituyeron otros puntos destacados de esa civilización. Para después decir que en ese presen-

te solo quedan restos, las ruinas de lo que habían sido. “¡Ay de los pueblos que no marchan! ¡Si sólo se quedaran atrás! Tres siglos han bastado para que sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes” (1896, p. 48). Si se resisten al progreso, no queda más que la extinción, cosa que también saben los españoles y que Sarmiento parece advertir a sus conciudadanos envueltos en guerras civiles. Interesante: en el mismo momento en que reconoce el valor, incluso ciertas cimas de una cultura indígena, señala que lo que ocurrió con ella puede ocurrir con todos. El progreso como un mandato, una inexorabilidad que se impone, que arrancará al mismo gaucho de su edén. Poniéndole nombre propio al progreso, en *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos*, son los trenes los que acabarán con esas formas de vida pretéritas y “estas biografías de los caudillos de la montonera figurarán en nuestra historia como los megaterios y los gliptodontes que Bravard desenterró del terreno pampeano: monstruos inexplicables, pero reales” (1868, p. 75).



Imagen 14

LA VUELTA DEL MALÓN, DE ÁNGEL DELLA VALLE

Esta pintura de gran tamaño se expuso por primera vez en Chicago, EE. UU., en el marco de una Exposición Universal que tenía como tema central el cuarto centenario de la conquista española de América. Argentina contribuye con esta obra a rememorar aquel acontecimiento, a

pocos años de que hubiera tenido lugar la llamada “campana del desierto”. Aunque recibió una medalla, el cuadro no despertó mayor interés en ese medio, pero sí entre nosotros. El malón está volviendo a las tolderías, carga con sus trofeos, entre los que se destaca una cruz, un incensario y, por supuesto, una cautiva. En una coyuntura que tiene mucho de definitiva, en tanto los indios han sido derrotados, estos lucen sin embargo vigorosos, fuertes, vitales. Hubo críticas que se refirieron socarronamente a la manse dumbre, casi infirieron placidez, con la que la cautiva –de blanquitud luminosa que contrasta con los cuerpos oscuros y con el cielo tormentoso– se deja llevar por sus salvajes captores. Esta obra permanece muy vigente en nuestra cultura. A partir de la ambigüedad del título, el artista plástico Daniel Santoro se ha preguntado si el malón solo vuelve a las tolderías o este cuadro anuncia que también podrá volver sobre las ciudades, sobre la civilización. Ante cada levantamiento social, se reaviva la amenaza del malón y se vuelve sobre esta imagen. Nos interesa reponer un provocador argumento, despertado por la obra de Della Valle, que recupera la historiadora del arte Laura Malosetti Costa en su fundamental libro *Los primeros modernos. Arte y sociedad en la Buenos Aires de fines de siglo XIX* (2001, p. 268): “El Pampero soplará mientras haya atmósfera en torno al planeta, pero los indios no siempre podrán arrasar, robar, incendiar y violar, porque los indios van tomando el mismo camino que los dioses quienes han desaparecido, corridos por el desprecio del público, cansado este de verles arrasar, robar, incendiar y violar –exactamente las mismas fechorías que cometen los indios, lo cual

dejaría, sea dicho de paso, suponer que los dioses no fueron jamás otra cosa sino indios disfrazados bajo la conducta del libertino cacique Zeus". Son palabras del crítico español Eugenio Auzón.

Volvamos por última vez a ese grupo de gauchos, "familia de bayonetas", que lo lleva a preguntarse, en el extremo del argumento, sobre su condición humana. Algo más para el asombro: luego de terminar con la vida del coronel Aquino, se dan a la fuga pero no se refugian sin más en el monte, ni se transforman en desertores de la guerra. Enfilan para Buenos Aires y sin transición se incorporan a las tropas de Rosas. Hasta ese punto llega su vínculo con el caudillo. Están entre los derrotados en la batalla de Caseros, y una de las primeras disposiciones de Urquiza, ya que el caso alcanzó cierta resonancia, es la de ahorcarlos y dejar sus cuerpos en exhibición, colgados en los sauces de los bosques de Palermo. Todo esto lo sabemos también por Sarmiento, casi exclusivamente por él. Tampoco, añadamos, nos hubiera llegado nada de "la Toriba" y "ña Cleme" si no fuera por su escritura, es decir, por esa resultante entre voluntad de conocimiento, desdén y fascinación, aunque estas son páginas en las que lo peyorativo se aplaca. ¿Quiénes eran estas dos mujeres? Eran "dos personajes accesorios" de la vida de su casa en San Juan, del hogar que nombra paterno aunque ante todo es materno. Como si estuviéramos ante extras de una película, ante los criados o sirvien-

tes que la cámara apenas enfoca, inadvertidos, a los que Sarmiento por empezar les devuelve el nombre. La Toriba era “una zamba criada en la familia; la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de su señora, el ayo que nos crió a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera [...]” (1896, p. 150). Y sobre todo era la amiga de su madre, su compañera de trabajo: “discurrían entre ambas sobre los medios de mantener la familia”. Nada de suficiencia burguesa, nada de soberbia ilustrada impide este retrato que se revela sentido y sincero. Se podría argüir que solo es el elogio de una criada, por ser criada y no otra cosa, obediente al fin, o dócil. Entendemos que no es solo eso, que con una tesitura de ese tono nos privaríamos de mucho. En el siglo XIX, las élites toman una y otra vez la pluma para trazar memorias, pero son pocas las que prestan atención a figuras como esta y más aún de la manera que lo hace Sarmiento en *Recuerdos de provincia*. La Toriba es un ejemplar de la vida premoderna, y en este caso, no hay satisfacción en que el progreso la haga abandonar el paisaje social. “Murió joven, abrumada de hijos, especie de vegetación natural de que no podía prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después [...]” (p. 150). Ña Cleme era “india pura, renegrada por los años que contaba por setenta, habitante de los confines del barrio de Puyuta”. Doña –sin apócope– Paula Albarracín, la madre de Sarmiento, aunque pobre,

no se privaba de tener a sus pobres –así se decía– a los que ayudaba, y esta india era la principal. “Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual y un mendigo. Sentábase mi madre y ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas y cebollas” (p. 150). Digamos que, a través de estas dos mujeres, se refuerza la impresión de que las clases populares eran parte de su mundo, incluso parte entrañable. Y todo exhala acá una humanidad, quizás tomada por el mejor fervor religioso, que incluso conmociona. Sospechamos que no alcanza con sentenciar que es solo otro pincelazo más de Romanticismo.

Traigamos una breve escena de *Facundo...*, como una instantánea, que comparte no poco con esta de la Toriba y ña Cleme. Cuenta Sarmiento que entrando el “Tigre de los Llanos” victorioso a San Juan, “los principales de la ciudad, los magistrados que no habían fugado, los sacerdotes, complacidos por aquel auxilio divino, salen a encontrarlo y, en una calle, forman dos largas filas” (p. 90). Facundo pasa entre ellos pero no se detiene a saludarlos, ni siquiera los mira. La humillación se vuelve alevosa cuando, trascartón, “una negra que lo había servido en su infancia se presenta a ver a su Facundo; él la sienta a su lado, conversa afectuosamente con ella” (p. 90). Los “notables de la ciudad” siguen de pie, sin que el “hicso moderno” les dirija la palabra, palabras que están pero son para la mujer negra. Nos reenvía al vínculo –que tanto intriga y perturba a Sarmiento– entre las clases populares y el caudillo, pero también digamos

que a él no le era del todo ajeno este sentimiento, que en alguna de sus facetas lo había experimentado.

Señalemos para terminar esta lección que la educación es uno de los caminos –es inevitable decir que no es el único– que Sarmiento, y con él, una generación intelectual, imagina, aunque con distintos acentos, para encauzar a las masas populares, no para preservarlas con su modo de vida, sino para transformarlas. En una de sus obras principales al respecto, *Educación popular*, la apuesta por la educación se enlaza directamente con la necesidad de suprimir la indocilidad, el riesgo que estas acarrearán:

Hay además objetos de previsión que tener en vista al ocuparse de la educación pública, y es que las masas están menos dispuestas al respeto de las vidas y las propiedades a medida que su razón y sus sentimientos morales están menos cultivados. Por egoísmo pues de los que gozan hoy de mayores ventajas en la asociación, debe tratarse cuanto antes de embotar aquel instinto de destrucción que duerme ahora. (2011, p. 48)

En Chile dormía ese “instinto de destrucción”, claro que no de este lado de la cordillera. El fomento a la inmigración, también con sus variaciones, será otro de los caminos, y tampoco así estaríamos completos.

Contra toda descripción ingenua del “bajo pueblo”, contra toda corrección que invita a ahorrar las palabras más

contundentes, Sarmiento y su escritura existen sobre la base de esta contraposición, de esta danza que es permanente, del primero al último libro, con su contrafigura; entre la fascinación, el desdén y el conocimiento.

POSDATA I

Lo facúndico, entre civilización y barbarie

Posiblemente, la conmoción que produjo la noticia del asesinato del diputado Enzo Bordabehere en 1935 empujó a Saúl Alejandro Taborda (1885-1944) a recordar una vez más otro asesinato político ocurrido exactamente cien años antes que aquel. La imaginación, imitando el aplomo del sentido histórico, tentaba a pensar que Juan Facundo Quiroga, emboscado y masacrado en 1835, regresaba un siglo después a la actualidad argentina como un espectro, como una *sombra terrible* en la que parecía cifrarse una vez más el destino de una comunidad política y de un país.

Enzo Bordabehere (1889-1935), uno de los fundadores del Partido Demócrata Progresista, secundaba en el Senado de la Nación a Lisandro de la Torre. Este último denunciaba la corrupción y las consecuencias escandalosas del Pacto Roca-Runciman, un tratado comercial internacional firmado en 1933 entre la República Argentina y el Reino Unido de Gran Bretaña. En medio del fragor de la sesión del 23 de julio de 1935, Bordabehere se levantó de su banca para auxiliar a De la Torre, que había sido agredido por el Ministro de Agricultura. Bordabehere fue ejecutado con tres balazos, procedentes del arma de un ex comisario, hombre de confianza del Ministro.

Al igual que Saúl Taborda, el hermano de Enzo Bordabehere, Ismael Casiano Bordabehere (1894-1977), había sido uno de los más destacados referentes de la Reforma Universitaria de 1918. Abogado, escritor, ensayista y docente, a mediados de los años veinte Taborda había cumplido una extensa estancia de estudios en Alemania y en otros países europeos, ampliando sus conocimientos en filosofía y pedagogía. Tras regresar a Argentina, se instaló en la localidad de Unquillo. Desde allí, en el verano de 1935 y en ocasión de cumplirse el centenario del asesinato del caudillo riojano, lanzaría una revista político-filosófica, *Facundo (Crítica y polémica)*, que se publicaría hasta 1939.

Aunque contó con la participación de varios colaboradores, en sus notas y artículos *Facundo* concentró buena parte de las inquietudes políticas, intereses histórico-filosóficos y ambiciones culturales que ya en esa época daban un tono personalísimo a la reflexión y a la obra escrita de Taborda. Entre esos intereses, que se articulaban a la manera de una meditación filosófica sobre el destino de la humanidad y del país, se encontraban la historia de las instituciones occidentales, la historia y la actualidad política, económica y cultural de Argentina interpretada como sucesión de tentativas destinadas a falsificar los orígenes de su pueblo (desmereciendo la influencia hispánica y exaltando los productos del genio y la inventiva anglofrancesa), la teoría política y la teoría del Estado analizada en su intersección con la vida biológica, anímica y espiritual

de hombres y mujeres, el examen de las consecuencias del predominio de modelos pedagógicos orientados a satisfacer requerimientos pragmáticos y utilitarios del entorno inmediato y la política internacional. Este conjunto, sin embargo, cobra relieve como estrato intelectual sobre cuya superficie Taborda bosquejará una noción de fuerza atávica, provista como cifra interpretativa de los desencuentros nacionales. Es la noción de *lo facúndico*, que lleva impreso el semblante del caudillo riojano y, como una sombra que lo acosa y que a veces se confunde con él, la de Sarmiento.

Lo facúndico, asegura Taborda con prosa engolada, es la “fuente nutricia de la idiosincracia nativa” y desafía y sobrepasa “a todos los Sarmientos habidos y por haber”. Pero la reivindicación de *lo facúndico* no equivale a una exaltación de la barbarie. Para Taborda como para Sarmiento, Facundo es la clave de acceso al conocimiento de la auténtica vida de un pueblo. Solo que donde Sarmiento estimó que había que desbrozar, enderezar, injertar o aun podar, Taborda, noventa años después de la publicación de *Facundo o civilización y barbarie*, constatando que “la civilización europea puebla la inmensa superficie de la república” subrayará la necesidad de volver la vista atrás, a contrapelo del *progreso*, para escudriñar lo que llama *la voluntad de mayo*.

Esta *voluntad de mayo* es para Taborda el nombre de la influencia fundamental que impregnó el impulso de los hombres que participaron de la Revolución de 1810, com-

prometidos con el propósito de su autodeterminación política. Lo singular es que para Taborda esa influencia tiene raíces netamente hispánicas, castellanas más precisamente, concretándose históricamente en formas de organización comunal, como las que predominaron no solo en la península ibérica sino también en todo el sur de América hasta bien entrado el siglo XIX. Un Estado centralista, como el que se consolidó en Argentina desde 1880, no puede entonces ser más que una forma de organización política y administrativa absolutamente extraña a lo que reclama, por historia y cultura, un modelo asociativo por completo diferente y al que Taborda denominará *intercomunalismo federalista*.

Así, una vez más, sometidas a examen, la *barbarie* y la *civilización* no lograban sostenerse como categorías netamente dicotómicas. Y según Taborda, en esa confusión también se entremezclaba la trayectoria vital del propio Sarmiento:

Para allanar el camino a la unificación nacional, su espíritu vehemente y alucinado comenzó negando a Facundo. Convencido de que Facundo constituía el obstáculo más serio para la unidad anhelada, cometió el error de no ver que Facundo –lo facúndico– era la única y la más segura condición de esa unidad. Aun habiendo alcanzado que Facundo era el poseedor del secreto y de la clave de nuestra vida, se dio a la tarea

de condenar nuestra vida al negar su secreto y su clave. (Taborda, 1994, p. 16)

Esta interpretación de la historia argentina en *clave fáctica* cuenta con un capítulo dedicado a la educación. Un capítulo central, debería decirse, si se atiende al papel rector que Taborda atribuye al hecho educativo en la pervivencia de la comunidad política. Y este capítulo tiene a Sarmiento como inspiración, como referencia ineludible, aunque no deba convertírsele en objeto meramente admirativo, modelo imperecedero o preceptiva de acrítico recitado. Advirtiéndolo, Taborda escribe que “se puede estar contra Sarmiento, pero no se puede estar sin él”. En uno de los artículos publicados en *Facundo (Crítica y polémica)*, Taborda examinó el ideario educativo de Sarmiento a través de la lectura de dos obras visitadas en este libro: *Recuerdos de provincia* y *Educación popular*. Auxiliados por Taborda ahora, vale la pena volver sobre ambas, para apreciar cómo se perfilan confrontativamente allí dos idearios educativos.

Taborda invita a releer *Recuerdos de provincia* para apreciar en sus páginas el retrato solícito que Sarmiento dedica a un modelo educativo que encontraba sus raíces en la historia de España y en las comunas castellanas del medioevo. En esas raíces tuvo también su origen, para Taborda, el sentimiento de la libertad que animó a los revolucionarios de mayo de 1810. Este modelo educativo no tenía su eje en

la escuela sino en la *comuna*, que era comunidad docente y comunidad de aprendizaje a la vez. Una escuela extendida, puede decirse, ampliada, que incluía a la escuela propiamente dicha, pero también al hogar, a la iglesia y a la plaza pública. La compañía y las enseñanzas del presbítero José Castro, del sacerdote José Oro y las conversaciones y veladas de Sarmiento con sus amigos son para Taborda un retrato fidedigno de ese añejo y armónico orden educativo. Es por la existencia y acción educadora de esta comunidad enseñante y por su influencia en la formación de Sarmiento que el autodidactismo que se le atribuye debe en verdad relativizarse. Para Taborda, que no hace mención de los hoy denominados *pueblos originarios*, esta comuna y su acción pedagógica conforman un elemento propiamente nativo.

Por contraposición, *Educación popular* se sitúa de espaldas a esa herencia, para imponer un orden educativo por completo extraño a la comuna y que tiene como propósito la formación del *ciudadano* como miembro de la *nación*, *elector* de la democracia y sujeto productivo de algunas de las muchas actividades que contribuyen a incrementar la riqueza material del país. A diferencia de *Recuerdos de provincia*, Taborda ve en *Educación popular* una obra que no excede en mucho las intenciones de un manual de instrucciones, situada a espaldas de las tradiciones locales y orientada a imponer un sistema educativo foráneo.

Hay que recordar que Taborda postula esta lectura de Sarmiento en los años treinta y desde Córdoba, es decir,

desde el llamado *interior* del país. Es de notar que la década está marcada por cierto pesimismo y que, además, la fe en el progreso ya no tiene la fuerza que tuvo en el siglo XIX. Es también en ese *interior* y no en Buenos Aires donde Taborda, que reside en Unquillo y que busca amalgamar tradición y vanguardia, puede arrojar un vistazo a un orden comunal que no le parece aún totalmente extinguido. Y además busca volver evidente que fue ese orden comunal el que modeló la infancia y adolescencia de Sarmiento. Taborda, que bregaba por una cultura más atenta a las necesidades del espíritu, encontró en Sarmiento no solo la tensión entre dos modelos sino todo un conjunto de definiciones y matices que no terminaron por resolverse en una síntesis, pero que por eso tampoco pueden desecharse y permanecen como problema.



Lección 3

Vida y síntesis

Vida y síntesis

En esta lección y en la siguiente ensayaremos una aproximación a la vida de Sarmiento que oscilará alrededor de un eje, quizás un poco menos, alrededor de un conjunto de huellas. Son las que nos llevan a pensar sobre el peso que tuvo en su vida y, casi indisociablemente, en su obra, la búsqueda de una síntesis entre las fuerzas en pugna en la Argentina del siglo XIX. Una síntesis que, como no podía ser de otra manera, hiciera más real la perspectiva del progreso pero que, a la vez, impidiera que el pasado –y las clases populares precapitalistas como parte de él– fueran sencillamente excluidas de ese cuadro futuro. La lección 3 llevará adelante esta indagación hasta la publicación de *Facundo o civilización y barbarie*, momento en que Sarmiento empieza a ser mirado –y leído– por sus compatriotas. A favor o en contra, incitando unas u otras discusiones, con más o menos diferencias, su actuación pública y su escritura poco a poco se transforman en insoslayables.



Imagen 15

PRIMER RETRATO DE SARMIENTO, POR BENJAMÍN FRANKLIN RAWSON

Esta es la primera imagen, el primer retrato que se toma de Sarmiento. Es del año 1845, aunque algunos historiadores lo llevan un poco más atrás, a 1842. Como sea: entre los inicios del segundo exilio en Chile y la publicación de *Facundo o civilización y barbarie*, y el nacimiento de Domingo Fidel Sarmiento, Dominguito. El autor de este cuadro es Benjamín Franklin Rawson, también sanjuanino –su padre era un médico norteamericano y su madre una cuyana– y exiliado del otro lado de la cordillera. Sarmiento y Rawson son amigos, están alineados a favor de una misma lucha, la de la civilización, para decirlo con la palabra enseña que ya despuntaba. Muy pocos hombres,

aún menos mujeres, llegaban a contar con un retrato propio a mediados del siglo XIX; en América del Sur incluso un poco menos. Aunque fuera a los tropezones, la vida moderna tenía que prestar ciertas condiciones para que ocurriera: por empezar, que alguien dominara la técnica de la pintura, por lo tanto, que existiera una tradición al respecto o al menos una escuela de artes. También que un personaje se destacara, prematuramente en este caso, permitiendo que obre una idea de posteridad. La mirada de Sarmiento en este retrato no es aún la mirada segura, recia e incluso amenazante que luego lo caracterizará. Hay algo reticente, desconfiado, el peso de un carácter tormentoso que aún no se atreve o no ha tenido la oportunidad de expresarse del todo. Aunque sin estilizaciones, es un rostro romántico. El cuerpo tampoco asume una pose dominante, más bien luce algo retraído. Otro detalle: la barba parece en “U”, con largas patillas que se continúan por debajo, cruzando la garganta. Era toda una moda política, la marca de los unitarios que, como en el relato de Esteban Echeverría, *El matadero*, podía despertar la ira de la “plebe rosista”. Según Manuel Gálvez, para ese entonces Sarmiento ya usaba peluca o bisoñé, como se le decía, para disimular su temprana calvicie.

Sería equívoco decir que recién en esta página vamos a comenzar a hablar de la vida de Sarmiento. Porque ya hicimos un abordaje de uno de sus libros principales, aquel que contiene una clave política e interpretativa sobre la sociedad y la cultura argentina que tuvo una muy larga existencia; su principal legado, se podría añadir, que envuelve y comprende a la educación. Sería equívoco, además, porque intentamos también una aproximación a su relación con las clases populares de la Argentina criolla. Presentar una vida es dedicarse a las huellas que esta dejó en su desandarse; entonces, prestarle atención a *Facundo o civilización y barbarie*, enlazado con ese desvelo mayor por comprender y transformar a las masas populares, ya es en sí mismo abordarla. Y la vida de Sarmiento es inescindible de la fuerza de las palabras impresas. Estuvimos por circunscribir un poco el sustantivo que nos viene acompañando desde la lección anterior, para así escribir “vida pública”, pero nos inhibimos de hacerlo por el hecho de que la ecuación entre lo público y lo privado era muy distinta en el siglo XIX a la que hoy conocemos, a lo que se suma que en Sarmiento lo público fue el imán que lo arrastró casi todo.

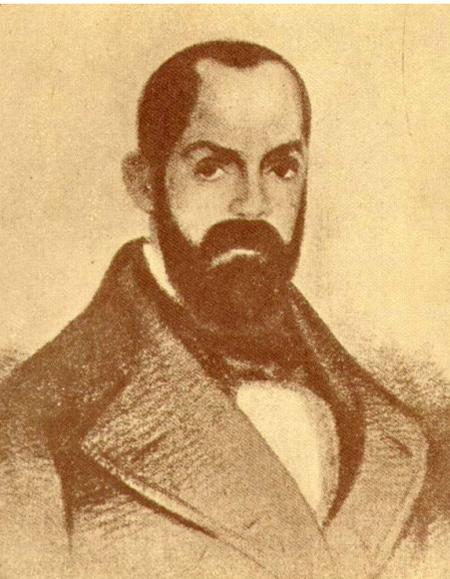
Iniciado este camino, en esta lección buscaremos poner de relieve los accidentes principales de su biografía, cuestión que a simple vista parece más sencilla que trazar el mapa de las pasiones políticas –o sociales y culturales, para no quedar tomados por una acepción restringida e inmediateista de lo que es la política–, mapa que apenas lle-

gamos a plantear como boceto. Incluso quizás puede parecer más fácil de asir, de fijar, por la particularidad de que Sarmiento dejó pistas muy evidentes, aquí y allá, sobre su misma vida. En libros que la tienen como su tema –*Mi defensa* o *Recuerdos de provincia*–, pero también, por ejemplo, al conferenciar sobre Charles Darwin o en las tantas cartas que fue desparramando y que pasaron a ser parte de su obra, como esa en la que relata las circunstancias del viaje que emprende de New York a Buenos Aires en 1868 y durante el cual se entera de que ha sido elegido presidente. Y no solo esto, porque en todos sus libros Sarmiento se incluye, con mayor o menor discreción, en el cuerpo principal del texto o en los abundantes prólogos y advertencias. Del modo en que lo hace el gaucho cantor en los versos que improvisa y, digamos con Walter Benjamin (2015), como todo narrador que, en tanto artesano, deja su marca en lo que narra, en su obra. Escribía Martínez Estrada (1947) hacia mediados de siglo XX que Sarmiento era un “soñador” que tenía la rara inclinación a soñar con “cosas”. Y así como sus libros no están hechos solo de la materia de los sueños –de otro modo: no se dejan mecer principalmente por el idealismo o por el utopismo–, su vida tampoco es un paraje de cosas desnudas, una tierra yerma sin el aliento de visiones o sin la perspectiva de lo que vendrá, de lo que se desvive por hacer venir. Por lo tanto, al volcarnos sobre su biografía, sobre su accionar en el mundo, otra vez nos encontramos con sus ideas y pasiones.

Desde el principio advertimos, aunque quizás no hiciera falta porque en tanto argentinos y docentes lo sabemos bien, que frente a Sarmiento estamos ante una dificultad. Al abordar ahora su vida sin las poderosas mediaciones de un libro o de un desvelo, esta dificultad, si la habíamos logrado sortear, amenaza con retornar y con más fuerza aún, alevosa. Pocos años atrás comentaba una profesora de Filosofía nacida en Uruguay, pero que desde hace tiempo ejerce en una escuela secundaria de la ciudad de Buenos Aires, que su sorpresa se reitera cada vez que se canta el Himno a Sarmiento, ya que así como una parte de los docentes lo entona y con ganas, otra parte hace silencio. Como si fuera un punto de desacuerdo, incluso flagrante porque quiebra la unanimidad que supone la celebración del acto escolar. Y que además no se esconde.

Más allá de nuestras diferencias presentes, profundizadas probablemente por lo que ocurrió en la historia argentina después de su muerte, Sarmiento –su vida– también parece invitarnos a preguntar cuántos Sarmiento hubo. Como si aquel que lleva a que unos lo celebren no coincidiera con el que empuja a otros al rechazo. La vida –y la obra– de Sarmiento como un desborde que se presta a los argumentos más variados. Dicho esto, nos gustaría encontrar la manera de objetivar, es decir, de nombrar sucesos más o menos relevantes que efectivamente hayan ocurrido y que se coloquen antes de toda interpretación. Si es imposible tal cosa, tendencialmente al menos. Es eso lo que intenta-

remos hacer en lo que sigue, inevitablemente en un cuadro pequeño. Nos gusta la posibilidad, pero ¿cómo no desperdiciarla cuando mucho de lo que sabemos lo sabemos por él, cuando quedó todo en un pasado brumoso, cuando es tanto y rebasa, cuando capas y capas de discusiones posteriores se adhirieron a lo acontecido? Será un intento que, además, se dejará orientar por esta tensión entre civilización y barbarie, pero ahora viéndola actuar sobre él. Incluso poniendo el foco, cuando tal cosa se pueda hacer, sobre la pulsión que lo llevó a perseguir una síntesis posible entre una fuerza y otra, una manera de imaginar y producir de otro modo a la Argentina. Pulsión que no es permanente, que cada tanto se apaga, pero que tampoco es solo una cuestión de destellos esporádicos.



SEGUNDA EDICIÓN DE *FACUNDO*...

En 1851, y otra vez en Chile porque aún gobierna Rosas en Buenos Aires, se publica una nueva edición de *Facundo*... acompañada de este dibujo cuyo autor desconocemos. Todavía no es el Sarmiento que se volverá poco después tan reconocible; de todos modos, la impresión es que su posición y su mirada han ganado en seguridad. La barba en "U" se convirtió en una barba completa que junto con el bigote le cubre la cara. Sin ser una figura pública expectante, sin cargar aún con enormes reconocimientos, Sarmiento ya es un escritor, un hombre de letras en carrera que él mismo, quizás no

muchos más, está convencido de que será importante. La incorporación de este retrato en la segunda edición de su obra de 1845 refuerza la trama densa, inseparable, entre esas páginas y su autor.

Domingo Faustino Sarmiento nació en febrero de 1811 en San Juan, más que una ciudad, una aldea relegada en el conjunto de unas provincias, las del Río de la Plata, que recién a partir de 1776, con la creación del Virreinato, estaban menos distanciadas del centro de gravedad que era España. Pero, recordemos también, una España que había dejado atrás sus épocas de poderío y esplendores, que buscaba a través de las reformas borbónicas contrarrestar los signos de decadencia que la acechaban, que la corroían. Quienes pueblan ese rincón de tierras al pie de los Andes a partir de la segunda mitad del siglo XVI –en guerra aunque también en convivencia más o menos desequilibrada con los habitantes originarios– son españoles relegados; no una primera línea de familias ligadas a la conquista, sino una menor que ha llegado a esas tierras escapando muchas veces de la pobreza, del absolutismo y del celo inquisidor de la Iglesia. Leopoldo Lugones (1911), en su libro *Historia de Sarmiento*, insistirá en su condición de perseguidos bajo sospecha de que sangre mora o judía corría por sus venas. Añadamos que, antes de la creación del Virreinato que tenía a Buenos Aires como capital, San Juan apenas se encontraba a un costado de esa columna de tráfico

social y económico que iba de Córdoba a Potosí; un costado que implicaba muchas leguas sin refugio, una ardua travesía. Si se nos permite, agregamos una observación, poco más que un detalle, que viene de otro lado para dimensionar qué era San Juan en los primeros años del siglo XIX: cuando Carlos María de Alvear, quien prontamente iba a ser Director Supremo, se entera de que San Martín ha renunciado al Ejército del Norte y pide la gobernación de la provincia de Cuyo, se alegra porque supone que con esa decisión el hombre había “caído”. Estamos en 1814, se han vuelto rivales quienes habían llegado juntos desde el “viejo continente”, y con esa expresión entiende Alvear que nada relevante podía surgir de una tierra tan alejada de los centros de agitación y decisión política. El historiador Vicente Fidel López, que escuchó con atención los recuerdos de su padre –el autor de la letra del Himno Nacional Argentino, Vicente López y Planes–, comenta que la impresión generalizada es que en Cuyo San Martín tan solo se “eclipsará”, sin haber llegado a brillar aún. Lejos de todo poder efectivo, muy detrás de un primer plano, Sarmiento nace en una tierra donde se suponía era difícil que algo no se “eclipsara” vitalmente. Su familia era una familia enraizada en San Juan, una familia noble se podría decir, pero también empobrecida. Su padre, José Clemente, que vivía de aquí para allá, tal como Sarmiento mismo escribió con tono comprensivo, gustaba poco del trabajo. Sí lo ganó el entusiasmo por la revolución y los vaivenes de la vida pública. San

Martín, en Cuyo y en plena construcción del Ejército de los Andes, pide información sobre él, y le dicen que no es “amigo de la verdad”, demasiado dado a producir con ella una u otra deformación. Como sea, José Clemente está presente nada más y nada menos que en la batalla de Chacabuco que libera a Chile de los realistas y, según Sarmiento, mucho tiempo después, San Martín lo seguirá recordando. Doña Paula Albarracín, su madre, era quien se hacía cargo del hogar, era el esfuerzo y la laboriosidad, pero desde ya muy lejos de todo espíritu emprendedor propio del capitalismo, viento este que apenas había empezado a soplar por estas tierras. Lo suyo –su fenomenal empeño, su consecuente tarea, como tantas veces se dijo en la escuela– se expresaba y quedó condensado en el telar y bajo la higuera. Con sus cuadros de santos y un amoblado viejo, no apto para recibir visitas galantes, que fastidiaba las pretensiones modernas de sus hermanas. Muchas de estas cosas Sarmiento las cuenta en *Recuerdos de provincia*, libro que se publicó en 1850, cuando hacía 10 años que se hallaba fuera de su terruño. Su madre representa entonces el influjo clásico de la Colonia. En el capítulo “Mi educación”, a Sarmiento le interesa contar que nació a nueve meses de mayo de 1810, que es un punto seguro en el que se entrecruzan la revolución y la tradición del hogar colonial. Una manera de otorgar sentido –exagerado por donde se lo vea, pero políticamente relevante– a un dato que, por supuesto, podría atribuirse al obrar de cantidad de contingencias.

Así planteadas las cosas, podríamos suponer que fue la educación lo que desplazó al joven Sarmiento de un destino al que le sobraban marcas en su prefiguración de que lo mantendría, nunca enteramente postrado, pero sí lejos, por ejemplo, de la presidencia de la República. O de ser reconocida como una de las plumas más importantes en lengua castellana del siglo XIX. Algo de esto es cierto, pero necesita de alguna inflexión para no ser una verdad de Perogrullo, de esas que no significan mucho. Sarmiento tiene la educación de un niño de su clase social, esa que conserva apellido y vínculos importantes, pero se ha venido a menos; es así que asiste a la única escuela de primeras letras que se podía considerar como tal en San Juan, la “Escuela de la Patria”. Asiste durante nueve años “sin haber faltado un solo día bajo pretexto ninguno, que mi madre estaba ahí, para cuidar con inapelable severidad de que cumpliese con mi deber de asistencia” (1896, p. 161); pero en un momento, según nos cuenta, algo deja de funcionar. “Al fin me hostigó la escuela, y la gramática, la aritmética, el álgebra [...] Mi moralidad de escolar debió resentirse en esta eterna vida de escuela, por lo que recuerdo que había caído al último en el disfavor de los maestros” (p. 161). La ejemplaridad que se le consagró a Sarmiento borró con esmero esta línea, para volverlo un ideal sin falla. ¡A cuánto chico, a cuánta chica podría salvar, es decir, darle argumentos para que no crea que el aburrimiento en la escuela es sinónimo de que el aprendizaje no es asunto para él,

saber que Sarmiento también llegó a ser uno de los suyos! A vuelta de página, en ese mismo capítulo de *Recuerdos de provincia*, cuenta una escena que por su vivacidad, sin libros, sin maestros ni pupitres, es puro contraste con lo que fue el segmento final de su derrotero en la escuela. Las tardes de los domingos tenían lugar magníficas batallas a pedrazos contra chicos de otros barrios. “¡Ay de los que quisiesen hacer frente a aquella lluvia de piedras que salía del seno de mi falange!” (1896, p. 167). Le pone nombre clásico, salido de los pedestales de la historia, a la banda que estaba compuesta por una “media docena de pilluelos” que le obedecían afectuosamente como si fueran soldados. Sigue recordando sus nombres, más que nada sus apodos, y los escribe en bastardilla: *Barrilito, Piojito, Chuña, Velita, el Gaucho Riberos y Capotito*.

¿Cuánto hay de estilización en este relato en el que capitanea a los suyos? Los detalles, las narraciones en Sarmiento –así lo ha observado el historiador Tulio Halperin Donghi– valen porque siempre significan algo, por los sentidos que ponen en la liza. Nunca son meros chismes u observaciones que caen porque sí, al azar. En este caso, le interesa mostrar que todavía un niño ya era un general en formación. Añadamos que en Sarmiento la satisfacción de que se lo reconozca como un hombre de armas estuvo apenas unos grados menos acentuada que la que recibió como educador. De todas formas, en este caso nada hay, nada podía haber de formalidad o disciplina castrense; es

más, una anécdota de este tipo lo acerca bastante a un caudillo con sus huestes. Traza comparaciones con la historia clásica, pero lo que le cuadra mucho mejor es el revoltoso siglo XIX americano, las montoneras. El exceso de vida al que hacíamos mención lo recorre... Con la cabeza en nuestro presente que no es solo argentino, también nos sirve la escena de la guerra de piedras para rescatar formas de la infancia que los cultores del Sarmiento ideal –“sarmientudos” los llamaba con pluma revisionista Luis Alberto Murray (1974)– desestiman. A nosotros, quizás compartimos la sensación, nos complace que le borren el gesto adusto, de pura seriedad y pensamiento. La indisciplina remueve un fondo bárbaro. “Me escabullía sin licencia”, confiesa sin ninguna culpa en esas mismas páginas, como también se había escapado de la escuela el alumno Juan Facundo Quiroga, y Sarmiento lo había narrado en el capítulo V de su *Facundo*... Cuando escuchamos a una maestra o a un maestro decirles a los chicos que no tienen que correr en la escuela, no viene mal recordar las situaciones que de niño llenaban de ímpetu el ánimo del padre del aula. Claro está que no es problema de los maestros sino de la “sociedad del riesgo” en la que todo se mide por la conciencia alerta ante las “inseguridades” y la prevención de posibles accidentes, aseguradoras de por medio.

FOTOGRAFÍA DE SARMIENTO DESPUÉS DE LA BATALLA DE CASEROS

Es la primera fotografía que se toma de Sarmiento. Nos corregimos: es un daguerrotipo, la técnica que antecede a la de la fotografía. Para ser bien registrado por la cámara, quien posaba debía permanecer no menos de 10 minutos lo más quieto posible, pues cualquier movimiento podía dañar la imagen. Se cuenta que San Martín, de quien también se tomó un daguerrotipo en los últimos años de su vida y en Francia, padeció esa sesión. El crítico cultural Roland Barthes señala en su libro *La cámara lúcida* que la técnica del daguerrotipo tenía alguna semejanza con una operación quirúrgica: el sujeto –transformado en un objeto– enteramente en manos de un dispositivo técnico. Una vez dicho esto, aclaremos que la

Imagen 17

impresión que nos gana ante esta imagen es que Sarmiento no solo no sufrió esta situación, sino que algo de goce le llegó a producir. Además, no es una pose sencilla la que representa, ya que, en efecto, tiene no poco de teatral. Elige mostrarse como militar y no como civil, con el grado de coronel que logró que Urquiza le reconociera al integrarse al Ejército Grande que derrotó a Rosas el 3 de febrero de 1852 en la batalla de Caseros. Otro de sus biógrafos, Ricardo Rojas, al referirse a esta imagen dice que tiene “aire de matón”. Por lo pronto, no es la figura del padre del aula. En el libro que escribe a propósito de esa campaña militar, *Campaña en el Ejército Grande*, una vez más Sarmiento le presta mucha atención a la cuestión de la vestimenta. Se molesta por el hecho de que las tropas de Urquiza vistan como simples gauchos, por lo tanto marca la diferencia, la que él produce, a partir de hacerse de la indumentaria adecuada. Según Manuel Gálvez, compró la ropa militar que aquí luce en una casa de rezagos en la ciudad de Montevideo. La importante medalla que lleva como condecoración se la otorgó el Ejército Imperial del Brasil, que fue otro de los protagonistas de la marcha sobre Buenos Aires.

Pero sin dudas hay otro dato clave, más importante quizás que el contraste anterior. Su padre lo lleva a Córdoba en 1820, para que estudie en el colegio de Monserrat. Se sabe poco al respecto, ya que este intento queda en nada: “enfermedades que me atacaron” –de lo poco que especificará Sarmiento– lo hicieron volver a Cuyo. Tres años después, el gobierno de Buenos Aires, que también quería ser gobierno nacional, otorgó becas a los alumnos destacados de las provincias que no pudieran solventar los gastos que implicaba continuar los estudios en el colegio de Ciencias Morales de esa ciudad. La beca ya la tenía asignada, pero las familias acomodadas de San Juan prefieren quedársela para sus propios vástagos. Sarmiento se referirá más de una vez a este asunto que probablemente siempre haya tenido relevancia y significado para él, a pesar de que algunos de los así beneficiados fueron amigos de toda su vida. La escena se completa con el llanto de la madre, el padre que flaquea y se agarra la cabeza entre las manos, hasta que recupera fuerzas y escribe una carta a Buenos Aires: quiere que su hijo sea útil a la “América”, por eso insiste con que le den la posibilidad de estudiar; la carta no tiene contestación. Conclusión: la escolaridad de Sarmiento, su vida como alumno en una institución y en un aula, se interrumpe de una vez y para siempre. Quienes ocuparon primeras filas en el gobierno de la vida colectiva argentina en formación, tanto en el primer momento de la Revolución de 1810 como luego de la derrota de Rosas en

1852, tuvieron ocasiones de formación sistemática más prolongadas que las suyas. Las excepciones son pocas y están del lado de los caudillos federales. Es decir, la política de la civilización, de la tan añorada república, precisaba de tal cosa. Este episodio prácticamente coincide con otro que también dejó una marca profunda en el muchacho que era Sarmiento. En 1825, un tío suyo, José de Oro –cura y federal–, tiene que partir de San Juan al exilio, porque su provincia ha pasado a ser gobernada momentáneamente por los unitarios. Se establece en San Francisco del Monte, al norte de San Luis, y Sarmiento al poco tiempo se le une. Lo cierto es que allí el cura José de Oro reúne a un grupo de chicos y les da clases, funda una escuela. Sarmiento, que es un muchachito de 15 años y que ya lo ha tenido como informal maestro, es su asistente, poco más que el monitor de esa aula pobre. Es decir, no puede seguir siendo alumno pero empieza a hacer suya la tarea del maestro. Y, envuelto en esa práctica, da un nuevo paso en su formación, también se definen sus inclinaciones... José de Oro le había querido enseñar latín, y de esa lengua no aprende nada, no le interesa retener su gramática, no es por ahí que le pasa la posta. Resulta clave decir algo más sobre este tío que Sarmiento adoró. Había sido capellán en el Ejército de los Andes, pero andaba sin sotana y se lo vio dar sablazos a los realistas en la batalla de Chacabuco. ¡Como el fraile Aldao! Era federal militante. O sea, tenía como enemigos a los unitarios que querían gobernar el país a partir de la

supremacía de Buenos Aires; también le molestaba el aire de superioridad de los doctores. Recuerda el sobrino a propósito de los meses en San Francisco del Monte: “Gustaba con pasión de bailar, y él y yo hemos fandanguado todos los domingos de un año enredándonos en pericones y contradanzas” (1896, p. 70). Maestros bailadores en enredos. Sin dudas fue una de las influencias mayores, si no en su educación, en su carácter: “Mi inteligencia se amoldó bajo la impresión de la suya, y a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria y mi consagración al estudio de las cosas de mi país” (p. 69). Pero, claro, no lo influyó en la bandería política. Una vez que cambia el gobierno en San Juan, y un hermano de José es nombrado ministro, lo llaman a Sarmiento para que vuelva al hogar con los suyos más cercanos. Como se resiste a dejar a su tío –y a dejar esa vida entre bucólica y salvaje–, su padre tiene que ir a buscarlo.



Imagen 18

SALVAMENTO EN LA CORDILLERA, DE BENJAMÍN FRANKLIN RAWSON

Este cuadro es de 1855, cuando Sarmiento reside en Buenos Aires, que, agreguemos, no acepta la Constitución de 1853 y se mantiene al margen del resto de las provincias, nucleadas alrededor de ella y presididas por Urquiza. Ejerce el periodismo desde *El Nacional* y dicta clases en la Universidad de Buenos Aires. Pero esta escena colectiva refiere a un hecho que así —o, mejor, bastante menos estilizado— tuvo lugar a finales de septiembre del año 1841, luego de la batalla de Rodeo del Medio, en Mendoza, que

significó la derrota por diez años de las fuerzas antirrosistas y principalmente unitarias. Quienes habían logrado escapar y pretendían llegar a Chile son socorridos a punto de desfallecer. Se ha discutido sobre la presencia de Sarmiento en esa situación que para él incluso hizo valer su ascenso como teniente coronel. Esta pintura de Rawson es una interpretación de los hechos y en ella se destaca fuertemente el escritor de *Facundo...* a quien, de pie, lo rodean hombres arrodillados que extienden sus manos solicitando su ayuda, que llega a través de panes. Se ha ligado esta obra a significados propios de la masonería que Sarmiento integró hasta su ascunción como presidente. Comenta esta imagen en su libro sobre el Chacho Peñaloza, ya que este se encontraba entre quienes buscaban el exilio luego de combatir a las fuerzas de Rosas: “Un cuadro del pintor sanjuanino Rawson ha idealizado la escena del arribo de los primeros chilenos que rompieron la nieve, y se abrieron paso hasta el teatro de la catástrofe. El calor o el techo de la casucha había salvado dentro y fuera a trescientos” (1868, p. 7). No está en la imagen el Chacho, pero Sarmiento lo incorpora en esas páginas, aunque muy lejos de toda clemencia, al acusarlo de haber “contribuido no poco, con su falta de disciplina y ardimiento, a perder la batalla” (p. 7).

De vuelta en el “hogar paterno”, sin tener dónde estudiar, se vuelve imprescindible que trabaje; a través de su madrina se lo toma como dependiente en una tienda. Sorprende, aunque no debería ser así, la eficacia de las relaciones de parentesco muy amplias para resolver situaciones de apremios. Efectivamente, era densa la trama de esas sociedades del siglo XIX en tanto se apoyaba en esos vínculos. Algo de esto subsiste hoy, pero la preeminencia de la familia nuclear –familia burguesa–, también del individualismo, le ha otorgado un papel menor y relegado. Mucho de esto ya lo advertía un aristócrata francés que fue lectura de interés de Sarmiento: nos referimos a Alexis de Tocqueville, en un libro de 1835, *La democracia en América*. Se trata de los efectos complejos de la marcha de la civilización, efectos que será cuestión de compensar de algún modo. Lo cierto es que se lamenta del destino que lo conduce a atender una tienda, un negocio –“yo que había sido educado por el presbítero Oro en la soledad que tanto desenvuelve la imaginación, soñando congresos, guerra, gloria, libertad, la República en fin. Estuve triste muchos días” (1896, p. 171)–, pero encuentra la forma de aprovechar cada instante libre y lee cuanto cae en sus manos. Menciona sobre todo libros de historia antigua, sobre Egipto, Persia, Roma y Grecia. “La historia de Grecia la estudié de memoria [...] Y esto mientras vendía yerba y azúcar” (p. 172): conviven la cultura y el trabajo; los libros, las mercancías, y entre ellas, la yerba que será para el mate.

Mientras se suceden los días en la tienda, y él en busca de la posibilidad de aprender “sin necesidad de maestros”, ocurren dos situaciones a las que vale prestarles atención. Probablemente haya sido el estrépito de los caballos al galope lo que lo sacó de la lectura y lo hizo ver qué pasaba más allá de esas paredes. Vio entonces a Juan Facundo Quiroga entrar raudamente con sus gauchos. Seiscientos centauros, como más de una vez fueron descritos, con enormes guardamontes y una bandera negra con una calavera cruzada por dos huesos sobre la que se lee tan solo “Religión o muerte”. Manuel Gálvez (1945), uno de sus principales biógrafos, escribe que aquí se inició su camino de Damasco, es decir, su conversión. Quizás carga las tintas un poco de más, pero es indiscutible que la familia de Sarmiento, y sobre todo la figura tan particular y relevante de José de Oro, estaba ligada fuertemente al federalismo. En esta escena, que tendrá muy presente Sarmiento a lo largo de su vida, Gálvez entiende que se dispara su decisión de ser unitario. O, dado que luego su generación tomará distancia del unitarismo –aunque coincidiendo con la meta de su lucha, incluso con su enemigo–, se decide Sarmiento a combatir a los caudillos y al estado de cosas que representan. Claro está que, aunque la escena en cuestión pesó, es difícil creer que fue de repente que esto se produjo. Es una inclinación que se acentúa, madurada en cantidad de lecturas que lo hacen concluir que nada bueno se puede esperar de Facundo y sus llaneros, de su bandera. Pero, como sea, no iba de

suyo que así fuera a pasar. Para Gálvez, que escribe *Sarmiento. El hombre de autoridad* a mediados de la década de 1940, esto fue de enorme relevancia para la historia de nuestro país; de sus páginas se desprende que no fue para su bien.

La segunda situación: poco después, en agosto de 1828, se indispone con el gobernador de su provincia, un federal que responde a Facundo Quiroga, aunque está muy distante de los excesos que teñirán la leyenda del riojano. A la tienda le había llegado la convocatoria a cumplir con servicios militares que, por empezar, consistían en montar guardias. Como no quiere saber nada con esto –y no por sentimientos pacifistas o antimilitaristas que nunca lo convocaron–, se dirige a la autoridad máxima de su provincia. Lo recibe y el muchacho de 17 años se saca el gorro y lo saluda; el gobernador no devuelve el saludo y, sin prestarle mucha atención, le indica que comience a hablar. Furioso por este trato que suponía no merecer –¿añorando un trato igualitario, civilizado?–, vuelve a ponerse aparatadamente el gorro en señal inequívoca de desafío. Será su primera vez en la cárcel, solo por algunos días. Contará más de una vez esta escena, con algunas variaciones, pero a la vez que las lecturas y el alto aprecio que se tenía a sí mismo, se filtran en su actitud fuerzas que también son las de un gaucho revoltoso, insubordinado. “Aquí naides es más que naides”: se le atribuye al caudillo oriental Artigas haber pronunciado esas palabras. Pero también a Pancho

Ramírez, el entrerriano. Y en el facón del Chacho Peñaloza estaba inscripto “Naides más que naides, y menos que naides”. Toda una declaración de igualitarismo que en lo más mínimo le es ajena. Cuando la guerra civil se reenciende, cosa que no se demora, Sarmiento se alista en las filas de los unitarios, para entrar en campaña contra el fraile Aldao y sus montoneras. En las vicisitudes de las refriegas, que son muy irregulares, estuvo a punto de ser muerto. Lo salva el hecho de que reconoce en quien lo está por lanzear a un mulato que había servido en una familia de San Juan con la que Sarmiento tenía vínculo. Le grita entonces conminándolo a que desista si no quiere recibir próximamente una andanada de palos. O sea, cuando se restablezca la normalidad social y el mulato vuelva a ocupar su lugar en la escala de la sociedad. Surte efecto su grito. Para decirlo suavemente, son circunstancias desgraciadas de la vida pública que, si nos afectaran a cualquiera de nosotros, nos dejarían mudos por largo tiempo, imposibilitados de agregar una palabra. En *Recuerdos de provincia*, once años después, Sarmiento escribe: “Fue para mí aquella época la poesía, la idealización, la realización de mis lecturas. Joven de dieciocho años, imberbe, desconocido de todos, yo he vivido en el éxtasis permanente del entusiasmo” (1896, p. 184). Salva la vida en ese trance pero nada impide que los unitarios sean derrotados, y cae prisionero. La furia del fraile Aldao por el asesinato de su hermano no perdona a nadie. Pero dos altos oficiales federales se interponen e

impiden que Sarmiento sea otra de sus víctimas. Esta vez la prisión será en su casa en San Juan por algo más de cinco meses, entre fines de 1829 y principios de 1830.

Volvamos a la conjetura sobre el destino que parecía inexorable para un muchacho humilde de provincias; quizás ahora podamos tratar con ella un poco mejor. Más que la escuela, podríamos decir que es la educación que Sarmiento obtiene de manera asaz informal –con su tío, sacándole tiempo a la atención del comercio– la que empieza a torcer el camino prefijado. Pero, luego de lo que venimos recorriendo desde la primera lección –y muy especialmente luego de estos episodios políticos explosivos a los que, como se dice, no les quitó el cuerpo–, vale agregar que tras la fuerza de la educación que obtiene y se inventa para él, incluso abrazándola, hay bastante más. Es el entusiasmo por los tiempos que vive y que han nacido de la Revolución de 1810. Vibrar y llenarse de ánimo por las ideas de la civilización, por los progresos que entrevé en el presente y sueña para el futuro, por la posibilidad de alcanzar una vida sustancialmente más satisfactoria, no en lo individual sino en lo colectivo, en el ensamble de una y otra. Todo esto lo incita a conocer, a leer, también a pelear como acabamos de ver, nada por separado. Es más: las luchas que hay que afrontar, incluso la más dolorosa de ellas, la guerra civil, no lo desaniman. Permítasenos colocar una luz un tanto distante. El filósofo Immanuel Kant (en Foucault, 1991) no estaba convencido en lo más mínimo de las ventajas que

traería al mundo la Revolución francesa. Incluso pocos años antes de que estallara, había advertido que las transformaciones que entendía convenientes para el avance de la Ilustración y de las luces de la razón nada tenían que ver con las revoluciones. Sin embargo, años después advertirá que más allá de su relieve político e ideológico y de sus incidentes, unos u otros, lo importante había sido que la revolución había llenado de entusiasmo al mundo. Que Sarmiento haya sido lo que fue, haya podido lo que pudo, mucho tiene que ver con esto.

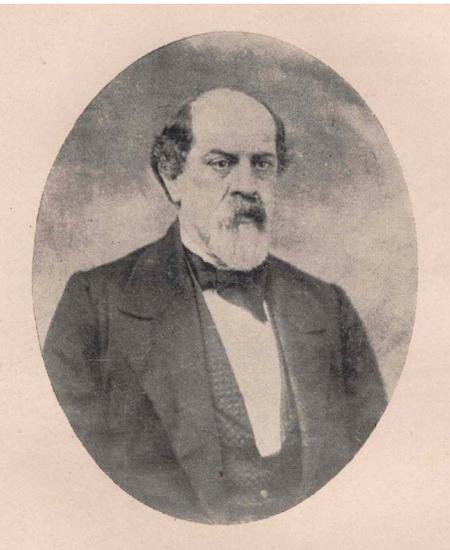


Imagen 19

FOTOGRAFÍA DE SARMIENTO GOBERNADOR

No es esta una de las imágenes –tampoco lo eran las otras que veníamos compartiendo– que más y mejor ha sobrevivido de Sarmiento. Se trata de una fotografía que se le tomó durante el breve paso que tuvo como gobernador de la provincia de San Juan, entre los primeros días de 1862 y 1864. Es un hombre asentado, la impresión que da es de equilibrio, de alguien largamente preparado para hacerse cargo del Poder Ejecutivo, en este caso de la provincia que lo había visto nacer cincuenta años atrás. Sin embargo, es esa una coyuntura muy agitada y violenta, signada por la guerra que, bajo su mando, se le hizo al caudillo Peñalosa y a sus montoneras. De esto hablará Sarmiento en

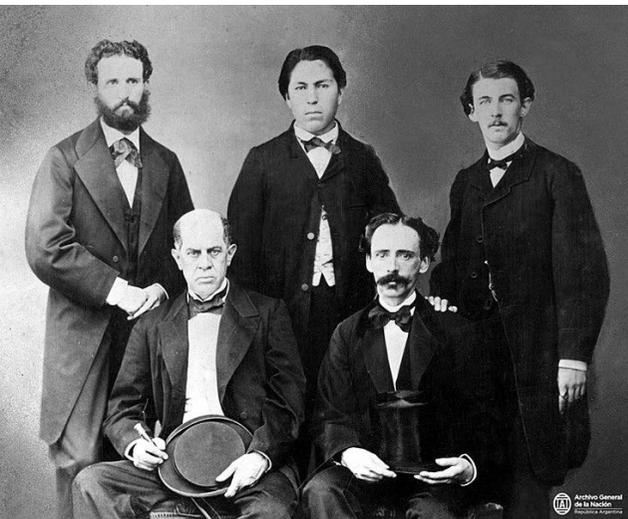
su libro de 1866, así como también de las circunstancias en que fue elegido gobernador y que fueron, por lo menos, muy poco sólidas institucionalmente. Remite a algo parecido, pero más grave aún, que declare el estado de sitio en la provincia, cuando se trata de una facultad que solo le incumbe al

Poder Ejecutivo Nacional, no a un gobernador. Una situación muy irregular que lo hará objeto de la crítica incluso de parte de amigos embanderados con la misma causa. Algo más respecto de la imagen: si la ponemos en serie con las que la anteceden, llaman la atención los cambios en la estética: la barba, que aquí vuelve a lucir pero solo sobre la pera, y también el pelo crecido sobre las orejas, siguiendo o bien los mandatos de la moda o bien la apariencia con la que quiere impresionar.

Luego de algunas idas y vueltas más en la situación de gobierno de San Juan, y cuando Facundo Quiroga parece imbatible, Sarmiento emprende su primer exilio a Chile. En Santa Rosa de los Andes tiene relaciones y familia, lo que vuelve no tan dificultoso que allí se instale. Queda vacante un lugar como maestro en la escuela municipal, y el puesto pasa a ocuparlo él. Le propone al gobernador organizar una escuela nueva y más moderna. Así ocurre, pero las innovaciones no se llevan bien con los hábitos conservadores dominantes, de modo que se pelea y renuncia. Estamos en 1831 y, al enterarse de que Quiroga entró otra vez a San Juan, le envía a un conocido una carta en la que lo llama “bandido”. La carta cae en manos del caudillo riojano, que hace llamar a su madre y le dice que cuando encuentre a su hijo lo va a fusilar. Otra pieza en la prehistoria del *Facundo*... Sin trabajo en Santa Rosa, se va a una aldea más pequeña situada a pocas leguas, Pocuro. Algunos vecinos le piden que enseñe a leer a sus hijos, le facilitan muebles y un lugar; funda así una escuela. Un familiar le acerca un capital

para colocar un pequeño bodegón que no prospera. Nace en Pocuro, en julio de 1832, su hija Faustina; no se sabe con certeza quién es su madre, solo se sospecha que puede tratarse de una de sus alumnas, perteneciente a una de las familias distinguidas de la zona, una joven fascinada con las palabras del maestro, entre corteses, de rápida inteligencia y románticas. Las suponemos –¿cómo no?– algo brutales y encendidas también. Quizás haya sido por el alboroto que trajo ese nacimiento, que se va de Pocuro en 1833, a Valparaíso. De nuevo en una tienda, con lo que le pagan –que es poco– contrata a un inglés para que le enseñe su idioma. Estudia todo cuanto puede, y en un mes y medio aprende a leer y a escribir en esa lengua, no a pronunciar con la corrección debida; una y otra cosa, por supuesto, según lo escribirá años después. De Valparaíso pronto parte a Copiapó, hacia el norte, en Atacama. Más de dos años residirá allí, trabajando en las minas; primero como simple minero, luego como capataz. Hay muchos unitarios refugiados que, cuenta Sarmiento con exageración que algo de verdad atrapa, visten de frac en los socavones de la mina. Él se ufana de usar las vestimentas del simple trabajador: pantalón de babucha, camisas amplias, escaupines y gorro colorado. Vale imaginárselo –así se propone él mismo– a quinientos metros bajo tierra, a la luz de un candil, devorando las novelas de Walter Scott, por el significado histórico y filosófico de esos libros, también porque apuntalan su estudio del inglés. Y con esa indumentaria, a sabiendas

de que nunca tal cosa es un signo menor o a desechar, todo lo contrario. A fines de 1835 enferma gravemente de fiebre tifoidea. Algunos conocidos y biógrafos también dirán que es resultado del trabajo intenso, de las tantas exigencias. Lo cierto es que la fiebre trae consigo “accesos de manía aguda” y “ataques de enajenación mental” que lo hacen delirar. Es de ese entonces que se le adhiere el mote de “loco”, el sobrenombre burlón que lo acompañará hasta su muerte. Se teme sobre todo por su recuperación, motivo por el cual los suyos creen conveniente que vuelva a San Juan. Ya Facundo Quiroga ha sido asesinado y la provincia la gobierna un federal, Nazario Benavídez, que aunque alineado con Rosas, es un moderado. Se sabe que cruza la cordillera antes de que los pasos se cierren, o sea, antes del fin del otoño de 1836.



SARMIENTO EN EE. UU.

Tanto de su paso por Lima, adonde llega luego de dejar precipitadamente la gobernación de San Juan, como de su estadía en EE. UU., quedan muchos retratos de Sarmiento. Como si en esa hora hubiera sellado una relación intensa con la cámara. Como Ministro Plenipotenciario –un cargo similar al de embajador– es recibido en EE. UU. en los

primeros meses de 1865. Se moverá entre Washington y New York, aunque con más gusto en esta última ciudad que sin embargo no es la de la residencia oficial. Nos interesó en particular esta foto, en primer lugar por su carácter colectivo. Es Sarmiento rodeado de jóvenes que lo secundan en la tarea. Uno de ellos es Bartolomé Mitre, o Bartolito como se lo conocía, hijo de quien era el presidente de la Argentina en ese momento. A primera vista, Sarmiento no se destaca en esta imagen; sentado, no ocupa ningún centro. No obstante, los ojos mirando reciamente a la cámara definen su mirada y atraen nuestra atención. Este rostro del sanjuanino es el que de aquí en más, con variaciones no mayores, se estabilizará para luego convertirse en el más reconocido.

Recuperado de su enfermedad, se integra al nuevo momento político que vive San Juan que, sin ser de tranquilidad ni de concordia, hace posible la convivencia entre sectores políticos y sociales divergentes. Así como en Buenos Aires se ha creado el Salón Literario, que agrupa a los jóvenes que serán reconocidos como la generación del 37, en San Juan ocurre algo parecido. Se nuclean alrededor de la literatura, de las ideas que llegan de Europa, también de la moda y sus novedades. Sarmiento se incorpora a este cenáculo que tiene en un joven abogado, Quiroga Rosas de apellido, su figura más prominente, pues aporta ideas y sobre todo cantidad de libros en francés que circulan con fruición. En 1839 Sarmiento funda un colegio de señoritas y lo hace con la ayuda de otro tío que es obispo. Y también crea un periódico, *El Zonda*, que aparece en julio de ese mismo año. En clave romántica, elige el nombre de ese viento tremendo que asola a las provincias de Cuyo,

con la pretensión de identificar sus ideas con una fuerza de la naturaleza. Todo bajo el gobierno paternalista y nada brioso de Benavídez, incluso con su visto bueno. El tema es que la guerra civil nuevamente estalla. Los franceses se enemistan con Rosas y afirman su posición beligerante en el Río de la Plata. Alguna razón quizás no les faltaba, pero es imposible no ver la injerencia francesa en asuntos internos de una nación tan distante geográficamente como una manifestación de su política colonialista que, por ejemplo, casi en paralelo tenía otro episodio en México con la llamada “guerra de los pasteles”. Los unitarios en el exilio entienden que es la oportunidad para emprender una nueva batalla contra el gobernador de Buenos Aires y las situaciones de gobierno que sostiene en las provincias. Sarmiento es parte de esa conspiración y, por lo demás, en el periódico no ahorra denuestos contra Benavídez. Es en esa circunstancia que se produce la escena que narra en la “Advertencia del autor” de *Facundo...*: “A fines de 1840, salía yo de mi patria desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros” (p. 12). A continuación, cuenta que escribe con carbón “On ne tue point les idées”, expresión que por su confusa o imposible atribución tantas discusiones trajo y que ya nos interesó. Está en riesgo, cercado por el peligro de la situación. Solo añadimos una observación que hace a la forma en que Sarmiento se construye a sí mismo como

figura intelectual y política, por cierto con no poca maestría. Se sabe –así lo explicita su primer biógrafo, el chileno Guillermo Guerra– que quien lo acompaña en su partida al nuevo exilio en Chile es su padre, a quien sin embargo no menciona. Que quede fuera de la imagen por él delineada, como si la cámara no lo registrara, podría obedecer a algún pudor que aconsejaría dejar de lado lo estrictamente personal, aunque sabiendo cómo Sarmiento se ha entregado a estas cosas, difícil es creer que este sea el motivo. Es una reinterpretación o, mejor dicho, una nueva puesta en escena del mito del “artista romántico” que solo, sin más sostén que su inteligencia y su cuerpo, enfrenta a las fuerzas más terribles. Sería muy otro el cuadro tan representativo de Caspar David Friedrich, *Caminante sobre el mar de nubes*, si el pintor le agregara una compañía.



FOTOGRAFÍA DE SARMIENTO TENIENTE CORONEL

Apenas unos años antes de ser electo presidente le toman esta foto, se supone que en Francia. Otra vez es una imagen beligerante. Sarmiento insiste en mostrarse como militar, con el grado de teniente coronel hasta que, sobre los últimos años de la década de 1870, cosa que buscó con denuedo, se lo nombra general. Lo decíamos: como padre del aula quiso ser recordado y como militar, como “hombre de autoridad”, tomando la expresión de Gálvez. Los guantes blancos en una mano, el sombrero bicornio en la otra, el cuerpo levemente inclinado: a la par que poder, exhala cierta suficiencia y galantería. El Colegio Militar es una de las creaciones fundamentales durante su mandato presidencial.

El nuevo exilio no se parecerá al anterior, porque si bien su trabajo intelectual es apenas incipiente, la prensa se abre a su escritura, a sus intervenciones polémicas. El primer escrito que causa un muy buen impacto se publica en febrero de 1841, en *El Mercurio*. Es sobre la batalla de Chacabuco y entonces también sobre San Martín, asunto que, según nos dice, estaba muy postergado en ese momento que en Chile era de orden y constitución. Se lo lee hoy y las ideas siguen bullendo; el ánimo discutidor y crítico se impone. En *Recuerdos de provincia* evoca la ansiedad y el temor con que esperó la recepción de esas páginas que firma como “un teniente de artillería”. Sarmiento es el hombre que se hace a sí mismo, aprovechando que se había abierto la “carrera al talento”, tal como caracteriza Eric Hobsbawm (1971) al momento cultural y social que nace con la Revolución francesa. Ni la fortuna ni la educación recibida habían obrado a su favor suprimiendo obstáculos. A esa altura, no obstante, tiene un protector, Manuel Montt, el ministro de Instrucción Pública de Chile, que pronto llegará a la presidencia de ese país, que desconocía en ese entonces la virulencia de los conflictos que aquejaban al nuestro. Es de estos años uno de sus proyectos que trajo mucho barullo; nos referimos a la reforma ortográfica. Sucede que, como algunos otros antes que él, como Simón Rodríguez por ejemplo, Sarmiento percibió que era un serio problema para nuestra cultura americana la discordancia entre la lengua hablada y una lengua escrita llena de dificultades

que hacían más difícil la pronta alfabetización de las masas. La “i” latina y la “y” griega; la “j” y la “g”... Su propuesta buscaba racionalizar la lengua, simplificarla de esta manera, despojándola de convenciones que llevaba a cuestas, herencia de un poder –el español en su hora medieval– del que teníamos que terminar de emanciparnos. Aunque quedó en la nada esta reforma, Sarmiento persistió con su escritura díscola, obcecado pero comprometido también con una forma de entender la lengua que incorporara a las mayorías e, insistimos, a América. Agreguemos que en 1844 conoce a Juan Bautista Alberdi, el más prominente miembro de su generación, que también se encuentra en el exilio. A mediados de 1844 comienza el amorío con Benita Martínez Pastoriza, una sanjuanina que reside en Chile y está casada con un hombre mucho mayor que ella. De esa relación nace Dominguito, en abril de 1845. Durante mucho tiempo se negó que fuera su hijo, cosa que, por ejemplo, Leopoldo Lugones sigue haciendo en 1911. Nuevamente, Sarmiento rebasa la moral burguesa que no es la de su tiempo por entero en estas geografías. Y el otro hijo de ese año, el del “espíritu” se dirá, es *Facundo*... que se publica como folletín durante dos meses desde los primeros días de mayo. Y el 28 de julio, como libro.



Imagen 22

FOTOGRAFÍA DE SARMIENTO PRESIDENTE

Hay varias fotografías que le fueron tomadas durante la presidencia de la Nación, que ejerció entre 1868 y 1874. Por supuesto, estamos ante el Sarmiento altamente reconocible, el que circulará desde ese entonces, y un poco más aún después de su muerte, en cantidad de reproducciones colocadas en despachos ministeriales, en manuales de Historia, en aulas o en la sala de Dirección de la escuela, también en billetes. Ya parece un hecho mayúsculo de nuestra vida colectiva, una montaña. La banda presidencial cruza su cuerpo y lo consagra, lo hace ingresar a la historia principal de la Argentina. A diferencia de Facundo Quiroga, quien no conoció la reproducción técnica de la imagen y tampoco tuvo a su favor el accionar de un poderoso Estado, el rostro de Sarmiento se vuelve uno, disminuye entonces su dispersión y contradicción. Aunque también se puede advertir

que él mismo contribuyó a que su imagen alcanzara un grado tan importante de estabilización, reconcentrado y mirando una y otra vez a la cámara de forma similar.

Antes de proponer una clave de lectura sobre la muerte de Juan Facundo Quiroga –siempre a partir de la forma en que queda narrada por el sanjuanino–, subrayemos lo que a esta altura quizás ya es obvio. Sarmiento no es un intelectual –o un hombre de letras– puro, que solo dialoga con libros y periódicos, al resguardo de las asperezas de la existencia. Muchos de los rasgos que apila para calificar a la barbarie –ante todo, pero no únicamente para descalifi-

carla– parecen también converger en él. Incluso no se amilana y nos los muestra.

Interesa especialmente el capítulo “Barranca Yaco” de *Facundo...*, donde se narra el último segmento de la vida del tan complejo héroe de este libro, porque hay motivos suficientes para pensar que en esas páginas Sarmiento postula la posibilidad cierta de alcanzar, a través de la figura de su personaje principal, la síntesis entre las dos fuerzas que arrastran a la Argentina. Porque se produce aquí una transformación en Juan Facundo Quiroga –y también en Facundo en tanto que atañe al mito, lo completa– que no estaba plenamente prefigurada pero que, por las claves del libro que venimos recogiendo, había quedado abierta. En Buenos Aires, Quiroga es otro, tal como si el medio obrara sobre él de manera franca y directa. Se vuelve respetuoso de la ley, defiende la idea de una Constitución; en cuanto a la educación de sus hijos, si se inclinaban por la carrera de las armas solo aceptaría que se integraran a batallones disciplinados, que entienden la guerra como una ciencia. Es otro, pues se comporta como un ciudadano, pero su melena ensortijada es la misma, el poncho es parte de su vestuario, también la voluntad de ejercer la autoridad. El asesinato en Barranca Yaco en febrero de 1835 interrumpe esta deriva que sin dudas era de síntesis, la vuelve a herir.

En su manera de entender el desenvolvimiento de la historia, el Romanticismo –al menos una de sus tantas vertientes– manifestó una particular inquietud por esta

cuestión que nosotros venimos persiguiendo. El teórico marxista húngaro Gyorgy Lukács (1977) se interesó por la manera en que se evidencia en las novelas históricas que mucho circulaban en las primeras décadas del siglo XIX, por ejemplo, en las de Walter Scott que, como comentamos, Sarmiento también leía... ¡en la oscuridad de un so-cavón! O en *El último de los mohicanos*, del norteamericano James Fenimore Cooper, a la que, por lo demás, se refiere en su libro de 1845, en función de trazar una comparación entre lo que en esas páginas se narra sobre la vida en las praderas del norte de América y lo que ocurre en nuestras pampas. Señala Lukács que en las novelas históricas –y románticas– suele presentarse un campo social y político escindido y enfrentado, pero en su transcurrir aparece un personaje que es capaz de circular por los dos “campamentos” en lucha, un personaje que por sus parentescos e inclinaciones pertenece a uno y a otro, ganándose entonces genuinamente sus confianzas. Es el personaje de la “síntesis”, el héroe o el “grande hombre” como se decía, que enlaza lo que está a punto de quebrarse y logra así conducir al conjunto social hacia el progreso. Sarmiento busca a esta figura entre nosotros, entre unitarios y federales; mejor, entre civilización y barbarie.

En algún pasaje del *Facundo...* se llega a sospechar que está pensando en el general José María Paz como encarnación de la síntesis. Paz había nacido en una familia acomodada, en Córdoba, en la última década del siglo XVIII.

Tuvo una educación rigurosa que, sumada a su curiosidad, le hizo adquirir amplios conocimientos. Ahora bien: estalla la revolución y se suma a sus guerras, a las órdenes de Belgrano, para sumergirse de este modo en el accidentado relieve de nuestra vida política y social. Luego de la guerra contra el Imperio de Brasil, pasa a jugar un papel relevante en las guerras civiles, haciéndose fuerte en su provincia. Desde ahí pone en pie a un ejército que estuvo a punto de terminar con Facundo Quiroga, a quien derrota en dos batallas, las de La Tablada (1829) y Oncativo (1830), batallas que fueron de las más relevantes, por el número de combatientes y también por sus características, de las guerras civiles. A favor también de su candidatura como hombre que enlace lo que está roto: es provinciano, cordobés, incluso su primer obrar en las guerras civiles fue cerca de los federales. Sin embargo, cuenta Sarmiento que cuando gobierna Córdoba –repetamos: la ciudad que lo vio nacer y donde hizo sus estudios–, para comunicarse con la “plebe” necesita de un “intérprete”. Tal como si la lengua que hablaba este hombre de procedencia distinguida y que se revelará, luego de su muerte y por sus *Memorias*, como un gran escritor, fuera distinta, muy otra que la que usaba el “bajo pueblo”. Necesitaba un “intérprete”, es decir, un traductor para hacerse entender por quienes, ya sea por propia voluntad o llevados a la fuerza, se habían sumado al ejército unitario. Ese papel lo desempeña un esclavo liberto llamado Lorenzo Barcala, que había nacido en Mendoza y era muy

respetado por las clases populares. Las pinceladas que de este hombre descendiente de africanos nos deja Sarmiento son sencillamente geniales; por lo demás, casi que solo por ellas algo suyo se ha salvado del olvido, muy en línea con lo que sabemos sobre los “gauchos de Rosas” o sobre “la Toriba” y “ña Cleme”. Paz, que se sirvió de él y que muy probablemente lo tuviera en alta estima, sin embargo no lo menciona en sus *Memorias*. Queremos decir: con su genio militar y político auestas –quizás también por eso–, Paz no podía ser el hombre de la síntesis, no tenía raíces ciertas en la barbarie, era incapaz de expresar a la fuerza histórica que, haciendo pie en uno y otro lado enfrentados, disparara como una resultante y pusiera a la nación Argentina que se estaba constituyendo en la ruta del progreso. Agreguemos un detalle en nada menor al que también atiende Sarmiento: a un tris de librar una batalla que sería decisiva contra Estanislao López, el caudillo de Santa Fe aliado de Rosas, Paz fue a reconocer el terreno en el que esta se desenvolvería. Pero un gaucho lo reconoció, boleó su caballo y lo llevó prisionero. La imprevisible intervención del azar, la mala fortuna, una contingencia impide su triunfo; aunque da la impresión de que es más que eso. “Así, puede decirse que la civilización fue *boleada* aquella vez” (1874, p. 117), se lamenta Sarmiento con resignación. Sin su concurso, la fuerza militar que había reunido y organizado poco significa. De hecho, Facundo Quiroga la terminará derrotando en la batalla de La Ciudadela, en Tucumán. Fusila

a una cantidad de los oficiales de ese ejército, tomándose venganza por lo que habían padecido los suyos. Pero a Lorenzo Barcala, el “ilustre negro” según su único biógrafo, le propone sumarse a sus fuerzas.

La figura que entonces más se acerca a la síntesis, a partir de lo planteado en el capítulo “Barranca Yaco”, es justamente Facundo. Su muerte, que además de la sombra de Rosas, tiene algo de regresión –esa misión funesta que emprende a Santiago del Estero y lo aleja de Buenos Aires, el medio social que le ha permitido recibir a la civilización–, impide que desempeñe el papel convocante que logre la reunión de los campos enfrentados, papel que, de este modo, queda vacante. Sarmiento, nunca vergonzoso de sus propias aspiraciones, sospecha y un poco más también, que es él mismo quien puede asumirlo...

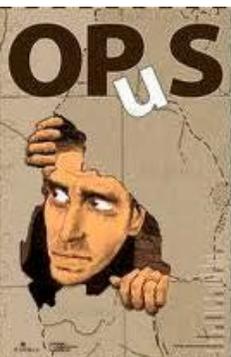


Lección 4

Vida y síntesis II

Vida y síntesis II

Esta lección continúa con el plan de la anterior, y lo hace a partir del momento de la publicación de *Facundo o civilización y barbarie*, libro que sin dudas empuja a Sarmiento más allá de Cuyo, también de Chile. Quizás estemos de acuerdo y el Sarmiento que más nos interese a muchos sea el de la búsqueda de la síntesis, el que por momentos incluso parece encarnarla. Su apuesta esforzada por la educación bien puede ser entendida en esta clave, ya que en ella late la posibilidad de subsanar la disyunción entre pasado y futuro, también entre barbarie y civilización. Ahora bien, ni en su vida ni en su obra el propósito de alcanzar la síntesis se manifiesta como inclinación única y primordial. Por momentos se deja dominar, con contundencia incluso, por la voluntad de arrasar con todo lo que no sea acorde con su ideal de progreso. Sumergirse en Sarmiento obliga a aceptar, a pensar estas tensiones finalmente insolubles.



OPUS, PELÍCULA DIRIGIDA POR MARIANO DONOSO

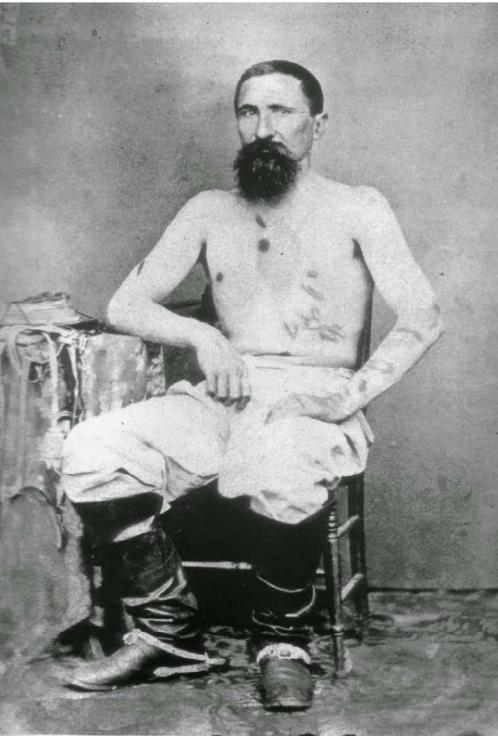
La síntesis fracasada, el progreso como proyecto interrumpido, trunco: si ponemos a este documental, *Opus*, en conversación con lo que venimos desarrollando, se desprenderán esas ideas como conclusiones pesarasas. En cierto sentido, no podría ser de otra manera, puesto que esta película fue filmada principalmente durante el año 2002, por lo tanto, en medio de una de las coyunturas de mayor criticidad que conoció nuestra historia, que bastante sabe al respecto. Su director, Maria-

no Donoso, es sanjuanino, y de allí proceden las escenas que graba. Busca una escuela primaria para narrar historias pequeñas, de niños y niñas, historias que se entrelacen con aulas, pizarrones y recreos. Todo sin grandes pretensiones. Pero los salarios que se les adeudan largamente a los maestros obligan a un paro que durará meses, encienden una lucha colectiva que hace imposible llegar hasta un aula en tarea. Sarmiento, sin embargo, está muy presente en la provincia, a través de su nombre y de su rostro que se reproduce aquí y allá, trastocado, por momentos incluso irreconocible. Ni siquiera el artista que lo esculpió innumerables veces, Miguel Ángel Sugo, parece recordarlo; su edad avanzada conspira contra su memoria pero se sospecha que es más que eso, como si prefiriera no hablar de él.

Reparemos en un efecto casi inmediato que tuvo la publicación de *Facundo...* El ministro de Instrucción Pública de Chile, Manuel Montt, considera a su autor un hombre de genio inusual, por eso lo protege y quiere tener su pluma de su lado. No obstante, una vez lanzada una acusación del calibre de *Facundo...*, Sarmiento es un problema en Chile para las relaciones diplomáticas que el gobierno conservador de ese país mantiene con la Confederación Argentina, es decir, con Juan Manuel de Rosas, que está a cargo de sus relaciones exteriores. Porque entiende será un buen observador, pero también para ahorrarse más inconvenientes, Montt le propone a Sarmiento que emprenda un viaje a Europa y a EE. UU. para conocer de primera mano las características del sistema escolar y de la educación que se imparte en esos países que están a la vanguardia de la civilización. Realizará ese viaje, y el fruto de este, en re-

lación con la tarea que se le encomienda, será el libro *Educación popular*. Pero Sarmiento dista bastante de ser un funcionario que cumple llanamente con un cometido; hay que imaginarlo por esos días envuelto por el entusiasmo que le produce la oportunidad de conocer esas otras realidades sobre las que ya ha escrito y de las que espera tanto. ¿Será conocer el futuro, será conocer el cielo humano por venir? Además, quiere conquistar Europa, en particular París, la ciudad que, como se escribirá con razón, era la capital del siglo XIX. Un indicio de ese estado de ánimo se lee en estas palabras con que se despide de Montt: “La llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del gobierno de Chile y el *Facundo*” (1886, p. 138). Subyugar –literariamente– a la civilización, con su inteligencia desbordada y con el exotismo de sus fieras en combate, sus desiertos y caudillos. Aunque los argumentos no son los mismos, Sarmiento de este modo se alinea con un grandísimo personaje de Honoré de Balzac –otro novelista fundamental del siglo XIX, cuya lectura era una de las predilectas de Karl Marx– que sueña con enseñorearse de la gran ciudad a la que también apostrofa. Rastignac se llama y es protagonista principalmente de la novela *Papá Goriot*, de 1835. En ese linaje, hecho de americanos o plebeyos, Simón Bolívar también tiene un lugar, en especial por el viaje que realiza antes de que se inicie el proceso revolucionario en nuestro continente y teniendo a su lado a Simón Rodríguez, uno de los mejores maestros

con los que se podía contar a principios del siglo XIX. Americano pero no plebeyo lo suyo, hijo de la aristocracia mantuana de Caracas. El llamado *Juramento del Monte Sacro* es una pieza clave en este sentido. Sarmiento parte desde el puerto de Valparaíso, a fines de octubre de ese año crucial que fue para él 1845, en una corbeta de vela. Mucho de lo que vivirá durante esa recorrida, que se extendió por más de dos años, quedará registrado en cartas dirigidas a amigos o a figuras públicas de la vida política e intelectual del momento, tanto de nuestro país como de Chile, para luego conformar su libro *Viajes*.



DAGUERROTIPO DE AMBROSIO SANDES

Por varios motivos es excepcional este daguerrotipo. En primer lugar, porque contradice criterios estéticos de la época y de las clases respetables, criterios que rigen el buen gusto: posar con el torso desnudo para ser retratado linda con la ofensa. Es literalmente un descamisado, en línea sin embargo tensa con el que había imaginado con su dibujo Basaldúa, a propósito de Facundo Quiroga. Ambrosio Sandes es un coronel nacido en la Banda Oriental, que se suma a las fuerzas del Ejército nacional en formación y va a ser actor fundamental en la guerra que se le hace al Chacho Peñaloza y a sus montoneras en 1862 y 1863, bajo la dirección de Sarmiento. Suponemos que este daguerrotipo fue tomado poco antes de

esa campaña feroz, o incluso ya envueltos en ella. Sandes no está porque sí “en cuero”, como se dice, sino para mostrar las heridas que recibió durante entreveros y batallas de las que participó. Para las montoneras era un azote temidísimo, por lo tanto terminar con él fue un objetivo. Por eso su cuerpo carga con 53 heridas y, dice nuestro prócer, no murió de una nueva sino de la suma de todas, de un desangramiento lento que no lo alejó hasta última instancia de los escenarios de la guerra. La admiración que Sarmiento profesa por este hombre que, así lo afirma, también era un gaucho y que, como tal, “propendía al exterminio”, no puede más que incomodarnos, a nosotros y a la cultura argentina, quizás también a todo humanismo. Era “un almacén de cólera” al que enaltece como al “Orlando Furioso” de nuestras guerras civiles. Sandes es el reverso de Lorenzo Barcala, ese otro coronel que enlazaba ilustración con conocimiento y aprecio por las clases populares.

Prestémosle atención por un momento al itinerario de la travesía, también a su duración, porque ayuda a dimensionar la ruptura que ha producido nuestra época –que no cesa de acelerarse desde el último cuarto del siglo XIX– respecto de todo lo que la había antecedido y que, como no podría ser de otra forma, modifica nuestras subjetividades. Navegar a vela era quedar librado a las contingencias del viento y de las mareas, entregado a esas circunstancias de la naturaleza, sin nada que hacer al respecto. El agobio, el malhumor, también el aburrimiento, la observación detenida del mar, de los pájaros y de las costas a las que la embarcación se acerca. La lectura y la escritura. ¡Genial tiempo entre paréntesis y en transición! De Valparaíso navega la corbeta por el Océano Pacífico hacia el sur, para torcer su dirección en el Cabo de Hornos, retomar hacia el

norte y llegar a Montevideo. En 1845 y en los accidentes de este viaje, Sarmiento es más contemporáneo de Cristóbal Colón que de nosotros. Agreguemos: nunca ha estado más próximo de Buenos Aires que hasta ese entonces, él que, por lo demás, ya ha escrito algunas de las páginas fundamentales sobre esa ciudad y sobre la pampa que la circunda. En Montevideo, ciudad sitiada y que es tierra de exilio de cantidad de unitarios y enemigos de Rosas –también de aventureros y conspiradores de todo el mundo–, Sarmiento conoce a Bartolomé Mitre quien será, como se sabe, otra figura relevante del devenir de la Argentina. En Río de Janeiro permanece más de un mes. Como nos pasaría a nosotros –hoy, pero más aún a mediados del siglo XIX–, la impresión que le causa la naturaleza que abraza a esa ciudad es poderosa. Despierta en él, según sus palabras, un “entusiasmo casi delirante”. Registra que una mañana se siente “postrado, deshecho, como queda nuestra pobre organización cuando se ha aventurado más allá del límite permitido de los goces” (1886, p. 67). Una novela merecería escribirse sobre esa noche de Sarmiento en Río. Y sigue camino a Europa. Así, luego de casi dos meses de navegación, avista las costas de “la Francia de nuestros sueños”. Se describe a sí mismo en esa situación:

Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba también yo, sintiéndome apocado y medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad euro-

pea, falto de trato y de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la *gaucherie* del provinciano que tantas bromas alimenta en París. Saltábame el corazón al acercarnos a tierra, y mis manos recorrían sin meditación los botones del vestido, estirando el frac, palpando el nudo de la corbata, enderezando los cuellos de la camisa, como cuando el enamorado novel va a presentarse ante las damas. (1886, p. 100)

La vergüenza por no estar a la altura de la situación se apodera de quien viene de un confín del mundo, un provinciano que ha devorado libros, es cierto, pero un aldeano al fin y, además, de familia con tradición pero pobre... Digamos, no obstante, que lo de la vergüenza es relativo, muy probablemente otra de las exageraciones a las que Sarmiento era tan afecto –“le exagero las cosas para que más impresión le hagan”, escribe en una carta–, porque devolver a través de la escritura esa sensación, casi de inmediato y con eficacia, es señal de que se domina –y no poco– la circunstancia.



Imagen 25

SU MEJOR ALUMNO, PELÍCULA DIRIGIDA POR LUCAS DEMARE

A través de la interpretación que el actor Enrique Muíño hace de Sarmiento en esta película de 1944, el rostro del sanjuanino se inmiscuye en el corazón del siglo XX, revivido, reencarnado. Para decirlo de otra manera: parece coincidir con el que vemos en el busto o en la reproducción de la fotografía encuadrada en la dirección de una escuela. La película la dirigió Lucas Demare y trata sobre el vínculo de Sarmiento con su hijo Dominguito Fidel; a él se refiere con la expresión “su mejor alumno”. En los títulos se avisa que esta película está inspirada en uno de sus últimos libros, *Vida de Dominguito*, publicado en 1886, pero lo cierto es que el trabajo de dos guionistas de excepción como Ulises Petit de Murat y Homero Manzi –letrista de tangos

fundamentales, radical de FORJA y luego ligado al peronismo–, le suma más capas de sentido. Es el Sarmiento obcecado, dispuesto a vencer a las contradicciones, tal como había escrito, “a fuerza de contradecirlas”. Sin embargo, sobre la idea de continuidad, de ascenso constante en el camino civilizatorio, la película exhala un inconfundible aire de tragedia.

En materia política, Sarmiento va a conocer –en breves entrevistas, por sus secretarios o escuchando sus discursos– a algunas de las figuras principales de la llamada Monarquía de Julio, la del rey “burgués” Luis Felipe, que se había instalado luego de la revolución de 1830. Pero la impresión no llega a ser satisfactoria; se queja ante todo de que no entienden la lucha que se libra en el Río de la Plata.

Ante sus argumentos, y luego de que Francia interviniera una y otra vez con el propósito de derribar a Rosas, tan solo le preguntan quién tiene consigo el apoyo de la mayoría de la población. Y la respuesta que se desprende, también de la boca de Sarmiento, es que es Rosas quien detenta ese apoyo. Emprende excursiones desde París, una de ellas es a Grand Bourg, para entrevistarse con José de San Martín. El artífice de la victoria de Chacabuco y de Maipú, y de la Independencia del Perú, tiene 68 años. Sarmiento, 36. Se lee en estas líneas la fascinación, el encanto por la historia que San Martín ha protagonizado, pero también la diferencia. Deja escrito en *Viajes*:

Va Ud. a buscar la opinión de los americanos mismos, y por todas partes encuentra la misma incapacidad de juzgar. San Martín es el ariete desmontado ya que sirvió a la destrucción de los españoles; hombre de una pieza; anciano batido y ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas al defensor de la independencia amenazada, y su ánimo noble se exalta y ofusca. (p. 126)

La batalla de la Vuelta de Obligado tendría en mente San Martín, ya que está bien fresquita: ocurrió ahí nomás, en noviembre de 1845. Así, con una perspectiva que es muy distinta a la de los franceses en el gobierno, el enemigo principal de Sarmiento –nos referimos, claro está, a Rosas– alcanza, en palabras de la principal espada de la in-

dependencia en el sur del continente, no solo justificación, sino adhesión. Interesa señalar nuevamente que, aunque semejante valoración de San Martín vaya en contra suya, Sarmiento no la borra, la registra. “Hospitalario en su escritura hasta con lo que le es antagónico”: de esta manera caracteriza su estilo el escritor santafesino contemporáneo Juan José Saer (en Botana, 1996), y se nos ocurre una observación muy justa.

Incluso más que los progresos económicos y técnicos, que tal como los conoce en Europa no lo impactan, rescata en París la escena que ofrecen los “bailes públicos”. Los entiende como espacios de igualación de las clases sociales, que evitan al mismo tiempo la “fuerza destructora de los héroes sanguinarios”. Como si alrededor de estos bailes se estuviera perfilando una nueva sociabilidad, popular sin dudas, altamente festiva y sin los sacrificios de las guerras. Introduciéndose en ellos, deja escrito Sarmiento: “¡Ah, si tuviera cuarenta mil pesos, nada más! ¡Qué año me daba en París! ¡Qué página luminosa ponía en mis recuerdos para la vejez!” (1886, p. 142). Para casi desembocar en un elogio al hipódromo, en tanto espacio que conjuga la civilización con la barbarie.



Imagen 26

TUMBA DE DOMINGUITO EN EL CEMENTERIO DE LA RECOLETA

En el cementerio de la Recoleta fue enterrado Domingo Fidel Sarmiento, que murió cuando tenía poco más de veinte años, el 22 de septiembre de 1822 en la batalla de Curupaytí, durante la guerra del Paraguay, uno de los desastres bélicos más importantes de nuestra historia. En la Recoleta, Sarmiento hace erigir en su memoria una columna clásica pero que no concluye, una columna que queda a mitad de camino. El golpe que la frustra y le impide sostener algo más que su propio peso es, por supuesto, el de esa muerte temprana en el campo de batalla. El padre no duda, en las páginas tardías en las que se explaya sobre su breve vida y su muerte, que Dominguito fue a esa guerra movido por las ideas que él había desarrollado una y otra vez.

El viaje de Sarmiento continuará por España, por el norte de África, por Roma, por Florencia... Desde cada uno de estos lugares despachará por lo menos una carta, con sus tantísimas observaciones sobre la vida social, sobre la cultura, sobre el pasado y el presente; si no siempre, muy seguido, con la suposición de que está ante espejos que viene muy bien tener en cuenta para dar con la particularidad de la situación argentina y no solo con sus falencias o atrasos; también para imaginar su porvenir. Hasta que vuelve a cruzar el océano, pero en dirección a EE. UU. Se ha planteado más de una vez que fue en este otro país americano y no en Europa donde Sarmiento vio y palpó el futuro que anhelaba para su patria. Y no es errado. Pero vale marcar una diferencia, aunque sea obvia a esta altura: ese EE. UU. de 1847 está muy lejos de ser la potencia imperialista o la sociedad ganada como pocas por el consumo; antes de ser eso –aunque también ya cargaba con eso en germen– era otra cosa.

El sudamericano que acaba de desembarcar en Europa, donde se ha extasiado admirando los progresos de la industria y el poder del hombre, se pregunta atónito, al ver aquellas colosales construcciones americanas, aquellas facilidades de locomoción, si realmente la Europa está a la cabeza de la civilización del mundo. Marineros franceses, ingleses y sardos, he visto expresar sin disimulo su asombro de encontrar-

se tan pequeños, tan atrás de este pueblo gigantesco.
(1886, p. 348)

Si se asombra por el hecho de que en EE. UU. no queden prácticamente huellas de las aldeas que allí también hubo –y él conoce bien de Chile y de San Juan pero también de Francia–, es porque entiende que en las flamantes viviendas todas iguales entre sí, construidas con la ayuda de maquinaria de avanzada y que están a disposición de la gran mayoría de la población, se resume un movimiento de la economía poderosísimo, que buscará apuntalar con adelantos técnicos a granel todo lo que haga al confort del ciudadano. Se fija en los anuncios publicitarios, escasos y mal escritos entre nosotros, que allí, según concluye, constituyen un verdadero arte. Es la economía y la alfabetización que van de la mano, porque solo si se sabe leer y escribir habrá prosperidad también económica.

La igualdad es, pues, absoluta en las costumbres y en las formas. Los grados de civilización o de riqueza no están expresados como entre nosotros por cortes especiales de vestido. No hay chaqueta, no poncho, sino un vestido común y hasta una rudeza común de modales que mantiene la apariencia de igualdad en la educación. (1886, p. 345)

¿La síntesis? Topamos otra vez con ella y a través del “traje” o la “vestimenta”, un indicador al que Sarmiento recurre innumerables veces. Pero la clave de esa experiencia social, antes de resolverse en esa forma de igualdad que no poco le fascina, no está en la educación o en la cultura. Sarmiento la encuentra en la forma que ha adquirido la propiedad de la tierra, a diferencia de lo que produjo en Sudamérica la colonización española. En EE. UU. están dispuestas las cosas para el buen desenvolvimiento del pequeño propietario.



[Imagen 27](#)

FOTOGRAFÍA DE SARMIENTO

Si en esta lección última la decisión fue dar un nuevo paso en la constelación de imágenes que rodean a Sarmiento, con esta fotografía volvemos sin distancias a él, aunque lo hacemos en la circunstancia de su muerte. Es el 11 de septiembre de 1888, en

Asunción del Paraguay. Se ha dicho, y se gustó imaginar, que la estancia del autor de *Facundo...* en ese país que aún no se reponía de la tremenda derrota propinada en una guerra injusta —¿es posible reponerse de semejante derrota?— obedeció al impulso de acabar sus días cerca del campo de batalla en el que había caído su hijo. Más prosaicamente, Sarmiento llega hasta Asunción por recomendaciones médicas que, dados sus achaques y padecimientos, auguraban que el clima de esa ciudad produciría alguna mejoría. No eran del todo infrecuentes imágenes como estas que registraban al recientemente fallecido en su último lecho.

Está de vuelta en Chile en 1848, imposible no suponer que repleto de planes, con más ánimo aún para hacer que su tierra se integre en el camino de la civilización. Al poco tiempo se casa con la madre de Dominguito, Benita Martínez, cuyo esposo había fallecido durante su larga excursión. Digamos a su vez que por esos días empieza a imaginar otro de sus grandes libros que es, sin dudas, *Recuerdos de provincia*, libro del que ya hicimos uso y en el que se presenta a sí mismo como el eslabón que une a las fuerzas en pugna. Aclaremos: una barbarie que ya no es tan punzante ni problemática como en *Facundo*... Al compás de su viaje y del deterioro del gobierno de Rosas, la barbarie ante todo se erige en esas páginas más como la continuidad de la Colonia, de una civilización postrada en el tiempo, que como el mero salvajismo. Redefinida de este modo, él puede ocupar ese lugar de anudamiento. En *Recuerdos de provincia*, e imbuido de esta perspectiva, nos encontramos con las páginas más comprensivas con los pueblos que habitaban originariamente Cuyo, con los indios huarpes. El progreso que los ha aplastado luce como una fatalidad a la que, si no nos sumamos, nos deja de lado y expulsa. Pero incluso el árabe, como habitante genérico de Oriente, deja de ser lo radicalmente incompatible con la civilización, para aceptar que él mismo carga con reflejos de esa vida histórica que se traslucen en el parecido físico: “M. Beauvais, el célebre sericicultor francés, ignorando mi apellido materno – Albarracín añadamos –, y sin haberme visto con albornoz, me hacía notar que tenía la fisonomía completamente ára-

be" (1896, p. 59). Cuenta que en Argel (allí estuvo en camino a Europa), mientras se sorprende de la semejanza entre el gaucho y el beduino, cosa de la que ya había tratado en su libro de 1845, le comentan que todos lo podrían considerar a él un creyente en Alá. No hay observación que Sarmiento no haga pasar por su propio cuerpo, o por su temperamento. Justo antes de que se precipite la crisis política en el Río de la Plata, se publica una nueva edición de *Facundo...* y la introduce con una carta en la que contesta las observaciones que a su obra hizo uno de los más eminentes unitarios, Valentín Alsina. Son un montón de correcciones, que objetan tanto detalles como cuestiones más gruesas. Sarmiento no monta en cólera, ni lo sacude en su furia; una vez más, expone las diferencias, que no son menores. Muy seguro del valor de su obra, argumenta que dejará las críticas de Alsina para un momento más calmo, por temor de que, retocado, el *Facundo...* pierda su forma original. El crítico literario portorriqueño Julio Ramos llama la atención en su libro *Desencuentros de la modernidad en América Latina* sobre las palabras que elige Sarmiento para definir la forma propia de *Facundo...*, porque se corresponden precisamente con adjetivos que se le atribuyen a la barbarie. "He usado con parsimonia de sus preciosas notas, guardando las más substanciales para tiempos mejores y más meditados trabajos, temeroso de que por retocar obra tan informe desapareciese su fisonomía primitiva y la lozana y voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción"

(1874, p. 20). Lo informe, lo primitivo y mal disciplinado en su libro de 1845, así como también con posterioridad, son rasgos propios de la barbarie que se combate, pero aquí se transforman en características de su propio libro. Es decir, una forma de conocimiento del “otro” que para ser eficaz hace mimesis por largos ratos con su objeto. ¿Fue un plan, es decir, una estrategia concebida por Sarmiento, o se trata, en efecto, de la barbarie que también late en él como sinónimo de una escritura no sistemática y académica? Nos inclinamos por la última opción.



[Imagen 28](#)

FOTOGRAFÍA DE SARMIENTO

Esta imagen está en estricta continuidad con la anterior. Evidentemente hubo una decisión del mismo Sarmiento de que se lo fotografiara de una y otra manera, breves actos últimos de su paso por la tierra. Sentado, con los ojos cerrados pero en una posición que

no quiere abandonar el control de la situación. Con el escritorio muy cerca, con papeles y libros que lo aguardan para que reemprenda el trabajo intelectual, la escritura. Sarmiento, que tanto interés tuvo en cultivar su propia imagen, no podía dejar de gobernar esta última, definirla, crearla. La postrera puesta en escena. De todos modos, no se descubre si son los cuadros que no están del todo alineados y se tuercen, la frazada que lo tapa, la bacinilla que no se oculta o la austeridad y la desprolijidad de la escena –o es todo ello junto– lo que le devuelve a la fotografía una tremenda humanidad.

El 1 de mayo de 1851, Justo José de Urquiza, el caudillo de Entre Ríos que había sido aliado principal de Rosas, se pronuncia en su contra y a favor de la libre navegación de los ríos interiores. Sarmiento vuelve a embarcarse desde Chile a Montevideo, para desde allí unirse a las tropas que inician la campaña que las llevará victoriosas hasta Buenos Aires. ¿Recuerdan el episodio de los gauchos que se dan a la fuga luego de matar al coronel Aquino? Bueno, estamos en ese momento. Si bien Sarmiento se pasea con uniforme militar y no deja de señalar que es el único que viste en regla, le confieren una actividad de otro tipo, la de boletínero del Ejército Grande, actividad que desempeña con ahínco y que considera de gran importancia. Urquiza aparece en esa circunstancia como la encarnación de la síntesis tan perseguida. Esto lo sospecha Sarmiento sin convencerse del todo; sostenidamente lo cree Alberdi, cosa que los llevará a un inteligentísimo y al mismo tiempo feroz duelo de cartas. Pero para esto falta todavía el desenlace de esa campaña que es la batalla de Caseros y la derrota que conducirá a Rosas al exilio por el resto de su vida. Desde el “monumento a la barbarie” que entiende es Palermo, pues allí tenía su casona el tirano, escribe una de sus célebres cartas; con el gesto de la escritura toma posesión de ese espacio. Pero, a la vez, no dejará de contar que en la tarde del 3 de febrero, apenas horas después de terminar la batalla, llevan hasta Urquiza a un coronel rosista, Martín Santa Coloma, que había sido un mazorquero. “Mientras yo se

lo señalaba, otra alma caritativa lo traía en ancas y lo presentó al general, quien ordenó en el acto lo degollasen con razón: ‘pague por los que usted ha muerto así’”. Concluye Sarmiento: “No abusaré de mi posición actual para afeardar ese acto, del que gusté...” (1897, p. 237). Pero en seguida Sarmiento cuestiona al caudillo entrerriano, a quien vuelve a descubrir tan bárbaro y autoritario como su antecesor. Los vecinos de Buenos Aires también lo resisten y solo reciben con alborozo a la parte imperial –y brasileña– del Ejército Grande. Esto también queda registrado en su libro *Campaña en el Ejército Grande*. Buenos Aires no tolera que se la trate como una ciudad que debe obediencia a un principio exterior a ella, tal como si su liberación de la tiranía rosista –con las comillas que le queramos poner– fuera su obra. Para colmo, en pos de mantener el orden, Urquiza exige que se continúe con el uso de la divisa punzó. No se hace esperar la ruptura de Sarmiento que, desde ya, no figuró en ninguna primera plana, y volvió a Chile. En Buenos Aires se hace una revolución que expulsa a Urquiza, la del 11 de septiembre de 1852, y define por diez años la vida política argentina. Porque las provincias responden al caudillo entrerriano y avanzan hacia la sanción de la Constitución que todas menos Buenos Aires jurarán en 1853. Por lo tanto, a partir de ese entonces y hasta fines de 1861, dos organizaciones políticas conviven en la futura Argentina.

No se podría decir que los años que se suceden entre la derrota de Rosas y la batalla de Pavón, en septiembre de

1861, son de tranquilidad para Sarmiento, pues tal cosa no existió para él. Si no había desacuerdo a la vista, el sanjuanino encontraba la forma de avivar uno. Además, claro, la vida argentina se partía entre Buenos Aires y los despectivamente llamados “trece ranchos” que tenían como presidente a Urquiza, con su gobierno instalado en Paraná. La guerra civil apenas si pasaba por momentos de latencia para volver a estallar, en combates menores y en otros muy relevantes, como la batalla de Cepeda. Pero si nos tonta plantearlo de este modo quizás sea porque se acaba durante esos años la zozobra del exilio, también por contraste con el lugar que poco después ocupará Sarmiento, en el centro de la escena. Es en mayo de 1855 que llega a Buenos Aires para instalarse. Un solo diario lo saluda, *El Nacional*, del cordobés Dalmacio Vélez Sarsfield, en tanto “distinguido literato y patriota”, lo que da la medida de que aún sus movimientos no constituyen una noticia. A pesar de sus libros, no es tan conocido y menos aún reconocido como le gustaría ser. Al poco tiempo, en julio de ese mismo año, se hace cargo del Departamento de Escuelas, es decir, del gobierno de las escuelas primarias del estado de Buenos Aires. Esa ocupación y el periodismo, que practica desde las páginas de *El Nacional*, son las principales tareas a las que se dedica. Por esos días también conocerá a Aurelia Vélez Sarsfield, una mujer mucho más joven que él, hija del fundador del periódico del que venimos hablando, también futuro autor del Código Civil. De las va-

rias relaciones amorosas que traba Sarmiento, esta es sin dudas de las más importantes, en tanto que se extenderá por varios años y porque ella cuenta también con afinados instintos políticos. Durante estos años, como siempre en su vida, conviven fuerzas antagónicas. Su amor por la naturaleza, del que se ha dicho que fue todo lo franciscano que alguien como él se podía permitir, va en paralelo con su disposición a asumir la realidad de la vida política al punto de ensuciarse sus manos. La referencia, que se entienda, nada tiene que ver con corrupción sino que remite a una obra de teatro de Jean Paul Sartre (1962) que, con esa expresión –“las manos sucias”– habla de las complejas cuestiones, nunca límpidas ni puras, a las que conduce hacerse cargo de las dificultades de la vida entre los humanos. Así, observa día tras día a una familia de pajaritos, de horneros, y se pregunta si comprenderán que sencillamente los ama. O escribe en ese lugar que adora que es el Delta del Tigre: “Si ningún otro recuerdo queda de mi presencia en estas Islas, sean ustedes testigos que hoy, 8 de septiembre de 1856, planto con mis manos el primer mimbre que va a fecundar el limo del Paraná” (1899, p. 32).

La vida política de Buenos Aires se tensiona en ese momento entre quienes son partidarios de la autonomía –o de que la República se organice a partir de la derrota de Urquiza y de los federales, con el predominio indiscutible de la ciudad puerto que se imagina Atenas– y, en minoría, quienes pretenden que Buenos Aires se integre definitiva-

mente a la Confederación. A los primeros –con ellos está Sarmiento; Mitre es su hombre fuerte– se los llama “pandilleros”; a los otros, “chupandinos”. Los nombres los ponen los otros: pandilleros por patoteros, chupandinos por muy dados a la bebida. La violencia es cotidiana. En esa circunstancia se intercepta y se da a conocer una carta que escribe Sarmiento con inconfundible prosa, en la que se ufana de cómo los suyos realizaron el fraude en las elecciones llevadas a cabo en marzo de 1857. Antes de reproducir un breve fragmento, digamos que el voto no era secreto, que algo así era práctica habitual, que en poco podía conmover o escandalizar:

Algunas bandas de soldados armados recorrían de noche las calles de la ciudad, acuchillando y persiguiendo a los mazorqueros; en fin, fue tal el terror que sembramos entre toda esta gente, con estos y otros medios, que el día 29 triunfamos sin oposición [...] El miedo es una enfermedad endémica en este pueblo; ésta es la gran palanca con la que siempre se gobernará a los porteños; manejada hábilmente producirá infaliblemente los mejores resultados. (En Murray, 1974)

Muy lejos de los preceptos de un moralista, Sarmiento no le hace asco a nada de esto, sin dudas porque entiende que es necesario, que la civilización lo torna indispensable. Sin

embargo, en esta página, por encima de cualquier ideal se encuentra alcanzar la eficacia del gobierno del pueblo, contando con el miedo como pasión a alimentar. Llama “mazorqueros” a los “chupandinos”, pero las prácticas de los suyos en poco se diferencian de lo que encierra ese nombre acusador. Una vez más, páginas amables y páginas belicosas se entremezclan durante esos años. Se podría decir que esto fue tan solo una carta, una correspondencia privada que no estaba destinada al conocimiento generalizado; pero lo cierto, de todas formas, es que el recodo que sigue en su vida tiene mucho de furioso, es uno de los momentos más complejos y que más nos incomodan.

Se sabe que la disociación entre Buenos Aires y la Confederación se resolvió –aunque sería lo más justo poner entre signos de pregunta esta palabra– en la batalla de Pavón de septiembre de 1861. Mucho se ha escrito sobre ella, porque el triunfo en el campo de batalla era de Urquiza y su ejército; Mitre y Buenos Aires, los derrotados. Pero, sin que medie una señal segura para interpretar lo que ocurría, el caudillo entrerriano ordenó abandonar la escena del combate, replegarse en derrota. ¿Por qué hizo esto? Ha habido hipótesis de todo tipo. Derqui, que presidía en ese momento la Confederación, creyó que se había visto obligado por un súbito ataque de hemorroides. Otros señalan que, de Caseros a esa fecha, el experimentado caudillo había confirmado que la supremacía económica siempre sería de Buenos Aires; que entonces la preponderancia militar

y política de las provincias tropezaría una y otra vez con el mismo escollo. Con la nueva y confusa situación, Buenos Aires puede poner fin a su posición defensiva, salir de sí misma para encarar la organización de la República. Con este objetivo, busca desestabilizar a los gobiernos provinciales federales que están desconcertados por la maniobra de Urquiza. Sarmiento se suma a la expedición que parte hacia Cuyo, pero antes escribe una carta a Mitre sobre la que mucho se ha hablado y que hace temblar, o poco menos: “No trate de economizar sangre de gaucho. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos” (en Murray, 1974). Algunos que estamos incluso conformes con nuestra formación intelectual, durante una buena cantidad de años dudamos de que estas palabras las hubiera escrito Sarmiento. Pero está fuera de toda discusión su autoría. Con ese impulso, en San Juan se hace elegir gobernador y desde allí lleva la guerra contra el principal caudillo de la región, que es el Chacho Peñaloza. Mitre, en Buenos Aires, le escribe que tan solo le haga “guerra de policía”, esto es, que lleve adelante la represión pero sin darle estatuto político a Peñaloza, que solo lo trate como a un bandolero; Sarmiento lo desoye o interpreta a su antojo la recomendación y declara el estado de sitio en la provincia, cosa que es una facultad del Poder Ejecutivo de la Nación, no de un gobernador. Le da carácter político a esta lucha; una vez más es la civilización contra la barbarie.

Se podría decir mucho sobre el Chacho Peñaloza, pero centrémonos en lo que sirve a este argumento que estamos desarrollando. Fue soldado destacado de Facundo Quiroga y no solo no fue rosista, sino que combatió a sus ejércitos sin suerte y estuvo también exiliado en Chile. De hecho, Sarmiento en esa circunstancia lo conoce y empieza a despreciarlo. Decía Arturo Jauretche que el caudillo era el sindicato del gaucho; pocas veces se comprueba esto mejor que con su figura que, como quedó escrito en el libro que busca justificar lo hecho, defiende los intereses de una multitud de desheredados y pequeños propietarios de tierra, que han sido perjudicados desde la época de la Colonia y que están al borde de perderlo todo. Por eso, le cuesta y mucho a Sarmiento obtener quién lo socorra en esa guerra en La Rioja. Un poco más: Peñaloza es general de la Nación, grado que le reconoce Urquiza, como presidente de la Confederación, a quien le escribirá hasta último momento pidiéndole su ayuda. Por último, quiere negociar con Sarmiento la mejor salida de ese conflicto, evitando mayores derramamientos de sangre. En *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos*, Sarmiento lo calumnia y, en contraplano, enaltece al coronel que lo persigue incansablemente, Ambrosio Sandes. Es una “fiera humana”: “Pródigo en la sangre, no había de mostrarse económico de la ajena, y su odio y desprecio por el gaucho, de que él era un tipo elevado, le hacía, como es la idea del montonero argentino, propender al exterminio” (1863, p. 50).

Estremece todo esto. En La Rioja, se recuerda mucho al Chacho Peñaloza, también a su mujer, Victoria Romero –a quien Sarmiento alude pero sin nombrar, colocándola por encima de su esposo, por “inteligencia” y “carácter”–, y hay quienes tampoco olvidan a Sandes. Escuchamos incluso que se lo compara con los peores represores de la última dictadura militar. Por nuestra parte, preferiríamos que Sarmiento jamás hubiera hecho esto, que no hubiera alentado esa campaña feroz contra este caudillo y sus seguidores. Nunca más claro que, como escribe Walter Benjamin, todo documento de cultura esconde también a la barbarie, la promueve. A la vez, asombra que haya dejado todo esto en un libro que apenas fue leído, porque muchos se ocuparon incluso de que no se imprimiera; solo en las obras completas se lo podía encontrar. Son sus cultores que lo quieren impoluto. Leopoldo Lugones, a quien seguimos en estas lecciones, pues es uno de sus primeros biógrafos, aun con todo lo encomiástico que es con su obra y su acción, al llegar a este momento, describe así el resultado de la campaña que terminó con el asesinato del Chacho “sin formación de causa”, el 12 de noviembre de 1863:

Las aldeas de La Rioja, arrasadas a sangre y fuego, representan iniquidades que la historia no puede atenuar [...]. No se civiliza ni se constituye a sangre y fuego. La prueba es que esas provincias no se han levantado de su postración. Son las ánimas en pena de la montonera exterminada. (Lugones, 1911, p. 194)

No hay atenuantes que justifiquen esta política y sus efectos. Martínez Estrada, que tiene admiración enorme por la figura y la obra del sanjuanino, que mucho de lo que piensa lo hace en conversación con él, en su libro *Sarmiento* de 1948 diagnostica que, al pasar de los libros a la política, se enchastra. Nuestra política, “criolla”, lo engulle. Quizás tuviera en mente algo de todo esto, pero si es así opta por no mencionarlo. Prefiere al visionario y más aún al polemista que escribe desde el exilio. Un joven escritor, Héctor A. Murena (1948), casi de inmediato le responde con un artículo. Argumenta que lo valioso de Sarmiento también radica en que asumió el “pecado”, con el objetivo de librarnos de una vez y para siempre de él; que su obra como gobernante –y se sospechan incluso los extremos a los que referimos– buscó y por momentos logró colocarse por encima de las fuerzas enfrentadas. Pero lo hizo permitiendo que estas fuerzas lo atravesaran, una y otra. No hubo idealismo en él, sino brutal responsabilidad de gobierno; asunción de la barbarie del medio para librarnos por fin de ella. Bajo la influencia probable del escrito de Sartre que mencionábamos –*Las manos sucias*–, se desprende del escrito de Murena que es de almas demasiado bellas y puras suponer que nuestro drama histórico se soluciona sin inyectarse del mal que se quiere combatir... Nada podemos ni queremos agregar.

Su gobierno en San Juan, por lo demás, no es exitoso. Se ve obligado a renunciar al poco tiempo y parte en mi-

sión diplomática, hasta recalar en EE. UU., donde será ministro plenipotenciario. Entre Washington y New York se moverá, y desde esa distancia escribe el libro sobre el Chacho. En la Universidad de Michigan le otorgan el título de doctor, del que se enorgullecerá y que, a la vez, será el hazmerreír entre sus detractores. Mientras tanto, estalla la guerra contra el Paraguay que, por supuesto, Sarmiento entiende necesaria, porque se trata de derrotar al último caudillo que queda en la región, Francisco Solano López. En un primer momento, el entusiasmo por la guerra invadió a la juventud porteña; sin embargo, en las provincias ni siquiera entre los vástagos de las clases altas esta guerra fue vista con buenos ojos. Su hijo, imbuido de sus ideas –así lo dirá en el libro que le dedique ya al final de su vida– se alista como voluntario. Está distanciado de su padre y muy ligado a su madre, Benita, que poco tiempo atrás había descubierto los amoríos de Sarmiento con Aurelia. Domingo Fidel Sarmiento es uno de los tantos que muere en la batalla de Curupaytí, el 22 de septiembre de 1866. Los números oscilan entre 5000 y 9000 argentinos muertos ante fortificaciones que los paraguayos improvisaron con buena técnica, casi a último momento. Sus bajas fueron muy pocas, lo que deja ver que fue un error en la planificación del ataque lo que produjo la masacre. Se necesitaba del entendimiento preciso entre los mandos del Ejército brasileño y argentino, y tal cosa no existía. La correspondencia de Dominguito con su madre es una pieza en la que

la tragedia, el amor a la Patria y cierta fatuidad, la de aquellos que se dejaron arrastrar a una guerra por la “prosa de champagne” de Mitre, se entremezclan. El dolor sin dudas atravesó a Sarmiento desde que en EE. UU. se enteró de su muerte aunque, como señalamos, recién veinte años después escribirá largamente sobre Dominguito. Mientras tanto, o incluso como lo sugiere Gálvez, aprovechando esta circunstancia trágica, la vida pública de Sarmiento –su vida– estaba a un tris de dar, si no su paso principal, el más anhelado. Desde los campamentos militares del Paraguay crece su candidatura a presidente. Lucio V. Mansilla, que era capitán del regimiento en el que revistaba su hijo, es quien principalmente la promueve. Se sostiene que en esa guerra, que tan ajada mostró a la nación, con tantas disidencias internas, sin embargo se fraguó el Ejército, y con él avanzó el proyecto de un Estado nacional. Sarmiento es la resultante de esa situación; añadamos que lo es por el impulso primero de un joven, nos referimos a Mansilla, que era sobrino de Rosas. Hay un escrito que tiene la forma de una larga carta, dirigida se supone a Aurelia Vélez Sarsfield, y que lleva por título *Un viaje de New York a Buenos Aires*, que recoge, aunque sin nombrarla con todas las letras, la felicidad de ese momento. En el último tramo del itinerario le informan que ha sido electo presidente.



Imagen 29

ESCULTURA DE RODIN

Ni bien muere Sarmiento, las élites gobernantes —políticas y letradas— intercambian opiniones y criterios acerca de cómo se lo recordaría, de cuál sería el monumento adecuado para su existencia desbordante. Se crea una comisión con este propósito y se decide contratar al escultor más importante de la época, al francés Auguste Rodin, célebre por su *Pensador* y por el genial *Balzac* que había compuesto a principios de la década de 1890. Argentinos que admiran a Sarmiento viajan a Francia para informarle a Rodin sobre su personalidad y carácter, sobre el significado de su vida y su obra para quienes vivían en este extremo austral del mundo. La obra de Rodin se descubre el 25 de mayo de 1900, con el nuevo siglo. Como es fácil imaginar, fue un acto solemne, quizás también orgulloso. No obstante, la escultura no

causó entusiasmo, más bien lo contrario, despertó disgustos que no siempre se callaron. Si Lugones afirma que Sarmiento era una montaña, esta obra no representa tal cosa, de hecho es pequeña. Se juzga que en ningún sentido lo vuelve reconocible ni le hace justicia. Importa y mucho señalar la ubicación que se le dio: fue nada más y nada menos donde hasta hace apenas un año atrás se encontraba la mansión de Rosas, en Palermo. Esta había sido dinamitada en 1899. En ese terreno sobre el que no quedó ruina del pasado se colocó la escultura de Rodin. La batalla simbólica es explícita. De todas formas, hoy esta estatua de Sarmiento, que se imaginó sería principal, apenas tiene presencia en la ciudad de Buenos Aires, aun cuando esté ubicada en una zona distinguida.

A Ricardo Piglia le interesaba subrayar un hecho solo a simple vista menor. Al momento de asumir la presidencia, el 12 de octubre de 1868, Sarmiento tiene preparado un discurso. La palabra escrita es lo suyo: le sale tan bien y tan fácil, que no otra cosa que una pieza memorable se podía esperar. Pero su discurso es desechado, no sirve para la circunstancia. Y lee uno que emerge de la maquinaria del Estado en construcción, sin autor reconocible. Entonces: uno de los mejores –si no el mejor– escritor de la lengua castellana del siglo XIX, cuando llega a la presidencia, en el acto de asunción, no lee un discurso de su puño y letra, escrito con su inteligencia o con su genio. ¿Qué pensar de esto? Los límites que la política hace sentir incluso al temperamento más exuberante. En son de burla, se lo llamó “Don Yo” a Sarmiento, pero en la liza política, a cargo del ejecutivo nacional, entendió que no todo lo definía él. Al parecer, sin que esto doblegara su ánimo. Un discurso que sí es suyo por entero es el que brinda poco antes de esa circunstancia en Chivilcoy, al oeste de la provincia de Buenos Aires. Se propone en esa intervención como presidente-caudillo de gauchos de nuevo tipo, gauchos propietarios, *farmers*, que en esa ciudad, por obra de la expropiación de tierras que eran de partidarios de Rosas, sí existen. De inmediato puso en marcha la enseñanza normal, con cursos anexos en los colegios de Corrientes y del Uruguay. Ese mismo año, por ley, se crean en todo el país. El sistema de becas pretende colaborar con los que menos oportunidades tie-

nen de abrirse un camino. Crea también el Colegio Militar y la Escuela Naval. Entiende que el Estado tiene una responsabilidad insustituible con la educación de sus ciudadanos, cosa que liga con la posibilidad de alcanzar el progreso económico en provecho del bien común. Promueve el estudio de la veterinaria, con el fin de que la ciencia contribuya a las riquezas del campo. Durante el primer año y medio de su mandato, la guerra del Paraguay se desenvuelve ya casi sin participación argentina, aunque la política que lleve adelante una vez terminada –con la muerte de Solano López en marzo de 1870 y con un paisaje que se asemeja mucho al de La Rioja en 1863–, con el lema que indica que “la victoria no da derechos”, llevará a cantidad de discusiones. Se le recriminará que, luego del sacrificio de miles de vidas, esta política justa en términos abstractos dejó que el Imperio de Brasil se aprovechara de la victoria.

Relevante es sin dudas la visita que hace a Urquiza en su palacio. Al ser recibido con todos los honores por sus gauchos, Sarmiento confiesa que recién a partir de ese momento se siente presidente. Pero a los pocos meses Urquiza es asesinado por algunos de esos gauchos que habían sido sus seguidores y que consideran que se ha convertido en un traidor. La hospitalidad con Sarmiento es el último acto de una caída que comenzó mucho más atrás. Uno de sus lugartenientes, López Jordán, está tras este hecho –y José Hernández, el poeta de Martín Fierro, es hombre de López Jordán–, y Sarmiento desde el gobierno nacional

le hace la guerra sistemática a sus montoneras. La guerra asola a la provincia de Entre Ríos. Al mismo tiempo, todo a la vez: funda el Museo de Historia Natural, y contrata en Europa un plantel de profesores para que pongan en marcha la Facultad de Ciencias de Córdoba. Lugones: “La fundación del Observatorio de Córdoba fue el complemento de aquella iniciativa y vinculó su nombre a una de las más importantes contribuciones científicas ofrecidas por nuestro país: la formación del mapa celeste del hemisferio austral” (1911, p. 161). En marzo de 1872, el triunfo del Ejército nacional en la batalla de San Carlos, librada contra los indios de Calfucurá, define una nueva situación en las lábiles fronteras que rodean a Buenos Aires. La zanja de Alsina y la campaña del desierto de Roca serán los próximos pasos. Ya sobre el final del mandato, en 1874, el mitrismo se alza contra el resultado en las elecciones nacionales que han dado como ganador a su ministro de Educación y candidato, Nicolás Avellaneda. Sarmiento será inflexible en la represión.

Una vez concluida su presidencia, acepta volver a hacerse cargo del Departamento de Escuelas de Buenos Aires. Los vaivenes de la vida política nacional lo siguen ocupando, al grado de llegar a imaginarse nuevamente candidato a presidente. Será partidario del Estado nacional en su lucha por federalizar a Buenos Aires en 1880, y el roquismo en el gobierno se prodigará en hallar la manera de no tenerlo entre sus adversarios. A la copiosa correspondencia que

no abandona nunca, se le suman un par de libros también fundamentales y que ya hemos mencionado. La educación y la compañía de sus nietos lo entretienen, aunque da la impresión de que Sarmiento nunca necesitó tal cosa. Es decir, que nunca conoció el aburrimiento o el *spleen*, como se nombraba a uno de los males del siglo; la vida para él siempre tuvo una meta, de ahí proviene su sentido. En sus últimos años es más respetado que nunca, situación que lo complace. De todas maneras, en la hora final no faltan notas amargas. En la carta a Mary Mann, con que se abre *Conflicto y armonías de las razas en América*, deja entrever que suponía que las ideas y la política tendrían mayor capacidad para modelar la realidad a su gusto, que no todo era asunto de trenes, que la civilización era más que el progreso económico y técnico. Escribe sostenidamente sobre los inmigrantes que llegan a la Argentina, y se le ocurre que si no se nacionalizan y se los incorpora a la vida política, la república puede devenir un inmenso conglomerado, más un campamento o una Babel que una nación. Se ha señalado, lo ha hecho Tulio Halperin Donghi (1982), que Sarmiento no contó con el sujeto social que su proyecto de país hubiera necesitado para volverse realidad; que entonces su accionar fue un deambular, con genialidad pero sin posibilidad de hacerse carne. Luego de una de sus visitas al cementerio de la Recoleta en Buenos Aires, donde yacen los restos de Dominguito, y después de pasar por la tumba de Facundo Quiroga, escribe: “Mi sangre corre ahora con-

fundida con la de Facundo, y no se han repelido sus corpúsculos rojos, porque eran afines” (en Terán, 2008, p. 91). No solo trata del supuesto parentesco que había entre ambos. Es algo más y se liga al argumento de esta lección, de este pequeño libro. Por los problemas de salud que arrastraba y que apenas pudieron limitar ese “exceso de vida” que también a él lo caracterizó, le recomiendan el clima de Asunción. Allí muere el 11 de septiembre de 1888.

Quizás se juzgue demasiado distante la voz del escritor y antropólogo José María Arguedas con la que ponemos final a estas páginas. Porque viene de Perú, no trató con Sarmiento –aunque su maestro José Carlos Mariátegui fue un atento lector de su obra–, y en 1968 escribió estas palabras con las que expresaba las tensiones culturales y sociales de todo el continente latinoamericano, y el anhelo de que estas por fin se superen, por una senda que no es tan distinta de la que nos interesó perseguir en la vida y obra del autor de *Facundo*...:

Intenté convertir en lenguaje escrito lo que era como individuo: un vínculo fuerte, capaz de universalizarse, de la gran nación cercada y la parte generosa, humana, de los opresores. El vínculo podía universalizarse, extenderse; se mostraba un ejemplo concreto, actuante. El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir. Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera úni-

camente, el que se exigía con imperio de vencedores expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir que se acultura. Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua. (1971, p. 297)

POSDATA II

Sarmiento, escritura del yo y transformación de lo real

Al término de esta segunda parte, no será superfluo reparar en el medio por el cual llegan hasta nosotros los problemas, los escenarios y las fisonomías que Sarmiento presenta a nuestros ojos lectores. Se trata de arrojar una mirada a la escritura de Sarmiento que, sea por vehemente, iracunda, vertiginosa o abarrotada de matices, nunca produce indiferencia.

No pasa desapercibida tampoco la circunstancia de que Sarmiento ya está allí siempre, en lo que escribe, señalándose a sí mismo, autodesignándose, tomando partido, apreciando aquello que también dispone frente a los ojos del lector. Apenas unas páginas atrás, lo recordábamos pasando revista y expresándose sobre aquellos gauchos que habían servido como soldados de Rosas, interrogándose si acaso había que considerarlos hombres. La insistencia de Sarmiento en el valor de su propia personalidad, de sus juicios y de sus planes y el carácter redentor que le confiere a su comportamiento le valieron en su época el mote de "Don yo". En este sentido, el sesgo autobiográfico es uno de los caracteres más distintivos de los escritos de Sarmiento, y la autobiografía se insinúa como el ecosistema artístico más ajustado a la expresión de su personalidad, a la comunicación de sus ambiciones y al combate contra

esos monstruos, desgracias y fantasmas que su pluma figuró, para sus contemporáneos y para la posteridad, con proteica vitalidad. Porque la de la barbarie es por momentos una vitalidad que subyuga a Sarmiento; sin embargo, no cede ante ella, y le hace frente mostrando una vitalidad aún mayor, la de su propio yo.

A menudo Sarmiento coloca ese “yo” en el centro de la escena, para desplegarla ante el lector con innumerables y vívidos contrastes, dejándose a veces fascinar, pero mostrando finalmente que la domina, que puede imponérsele, como si la lengua y la realidad fueran una misma cosa, y la escritura, su escritura, su propósito de escribir, la herramienta de su modelaje y configuración. Si en el primer capítulo de *Facundo* asevera que el mal que abate a la República es la extensión, mediante su escritura Sarmiento revela paulatinamente a la extensión como territorio y como campo de batalla: “Generalmente, según la observación de muchos, mis ideas se arrastran al comenzar el escrito, que no adquiere vigor sino a medida que avanza, como aquellos generales a quienes la batalla misma ilumina” (1900, p. 164). Por su escritura, Sarmiento se hace dueño de sí y de cuanto le rodea; por más descomunal que parezca la empresa, el “yo” de Sarmiento, tal cual nos lo revela su escritura, cifra la dirección que habrán de tomar los acontecimientos. Podría decirse que Sarmiento se hace militar, educador, diputado, cronista, periodista, urbanista y presidente, entre otras ocupaciones, por su escritura,

y no al revés, como conjetura Adriana Amante. Es decir, esa fe de Sarmiento en el poder de la escritura parece anticipar el drama que se desarrolla en la historia, adelantándose a los roles o cargos que le tocará desempeñar, dirigiendo el porvenir. Como si se tratase de un sacrificado apostolado que exige primero escribir y luego vivir. En 1852, cuando no ha sido diputado de ningún Congreso, pide atención al lector, como un amigo, como un padre que ofrece un consejo cariñoso:

Cuando las vicisitudes de la vida os opriman, lector, buscad el espectáculo de las cosas que son superiores a las vicisitudes humanas; el curso de los grandes ríos, las costas del mar, el perfil de las montañas. Yo me senté en la barranca y dejé vagar mis miradas sobre la superficie de las aguas, y media hora después, mi espíritu estaba rehecho, mi partido tomado, mi respuesta acordada conmigo mismo, ante este tribunal de la dignidad personal, de la justicia hollada, y ante la necesidad de no dejar ajar en mi persona el diputado al Congreso, el publicista. (1897, p. 165)

Aunque no faltan las ocasiones de solaz o sosiego, el ritmo de la escritura de Sarmiento resulta vibrante, frenético por momentos. Un yo vigoroso y desbordante parece apoderarse de la lengua, como un arma contra sus enemigos que no concibe sino simultáneamente como los enemigos de la República y de toda la América del Sur. No solo muestra

Sarmiento lo que percibe y observa sino también lo que no ve porque aún no es, pero será. Confía en el poder de la escritura al punto de hacer de ella un archivo del futuro, de lo que irrevocablemente será. Así, en 1855, se embarca junto a Bartolomé Mitre y Carlos Pellegrini, entre otros, para recorrer los canales e islas del Delta del Río Paraná; complacido y entusiasmado por el incesante tráfico comercial que advierte, escribe: “Las islas más que habitadas son frecuentadas por millares de embarcaciones que un día desfilarán por calles de árboles alumbradas de noche por faroles de color” (1899, p. 34).

La escritura de Sarmiento se desenvuelve sin preocuparse demasiado por las formas, sobrepasándolas, como un caudal imposible de contener, que todo lo incorpora y que amenaza también con arrastrarlo todo. Así resulta manifiesto en esa pregunta que tantas veces inquietó a la crítica a propósito de *Facundo*: ¿de qué clase de libro se trata? ¿Ensayo, novela, crónica, libelo? Un poco de todo eso, claro, y también más. No perdamos de vista el objetivo de esta caracterización: el de la escritura de Sarmiento nos parece un estilo *conversado*; aun cuando esa conversación se convierte a menudo en polémica, invectiva, acusación feroz o tentativa de demolición, tal como ocurre en las últimas páginas de *Campaña en el Ejército Grande*, al embestir contra Urquiza. En la escritura de Sarmiento abundan las formas enfáticas, pero también los párrafos que se prolongan en oraciones que producen ecos y evocaciones cada

vez más lejanas, como un río que se desmembra en innumerables brazos. Sarmiento escribe cuando tiene algo que decir, y esta orientación prima sobre cualquier inclinación meramente estetizante. En esta preferencia por comunicar antes que por expresarse, Tulio Halperin Donghi, en el prólogo que acompaña la edición de 1997 de *Campaña...*, señaló la impronta oratoria de la prosa de Sarmiento. Del mismo parecer fue el crítico y ensayista Enrique Anderson Imbert, que en su libro *Genio y figura de Sarmiento* sostuvo que los hábitos de Sarmiento no eran los de un escritor sino los de un periodista: “Ocupado en muchas tareas a la vez, sus palabras eran otro modo de obrar. Golpean como olas. Y si parecen retirarse, disminuidas, es la retirada del mar, que vuelve enseguida con más pujanza. Llega sin esfuerzo a la plenitud expresiva; y aun en sus descuidos rebosa el genio” (1967, p. 178).

A Anderson Imbert no se le escapaba el autoritarismo adherido a esta escritura bélica ni los rasgos barbáricos de esta desmesura. No se le escapaban tampoco al propio Sarmiento, que en Europa se hacía llamar “salvaje de las pampas”. Pero consciente de su ignorancia, de su falta de sistematicidad y formación académica, lo es también, y en mayor medida, de su voluntad, del poder arrollador de su personalidad. Poco le importa complacer a los jueces del buen gusto; tampoco se atiende, obediente, a los imperativos de alguna escuela o a los rigores del pensamiento especulativo.

En cierta medida, desprecia esas camisas de fuerza y se lanza al océano de la lengua con inusitada confianza y autoridad, como si fuera su dueño. La escritura de Sarmiento no nos parece la de alguien que elucubra rigurosamente antes de pronunciarse ni la de quien escoge con cuidado y delicadeza las palabras que emplea, aunque ello no significa que Sarmiento no fuera consciente de su capacidad y dominio comunicativos. Con frecuencia, es imperativo y brutal. Desestima el purismo lingüístico, el “inflexible culteranismo”, como le dice a Andrés Bello, que con su rigor ahoga la expresión de un pueblo. Sarmiento no ahorra matices, adjetivos, comparaciones y metáforas. En esa escritura, la civilización y la barbarie están enredadas, trenzadas en una contienda feroz o conviviendo incómodamente. En 1841, al visitar Valparaíso, retrata la ciudad con términos que acaso también podrían emplearse para caracterizar su estilo, el estilo del Sarmiento escritor:

Valparaíso, en fin, tan diferente física y moralmente a las ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos por las calles paralelas que en encontrados sentidos la cruzan, es la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden en la playa, es una burla hecha a la profusión de tierras del continente; es una parodia que remeda el exceso de población de otros países; es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres nuevas con las añejas; la

invasión lenta pero irresistible de la civilización y de los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza y una monstruosidad, una playa poblada, un desembarcadero y no un puerto; la puerta de Chile y el gran emporio de su comercio. (1887, p. 128)

Los escritos reunidos de Sarmiento completarán una descomunal obra de cincuenta y dos volúmenes, más un tomo que añade un índice general, publicados entre 1885 y 1903. Esos cincuenta y dos volúmenes, sin embargo, permanecen lejos de totalizar el conjunto de su producción escrita. El ocasional lector de algunos de esos textos percibirá a menudo que es la urgencia del presente lo que atiza la escritura de Sarmiento; se sirve de la escritura para convencer de la impostergabilidad de la tarea que se propone y de la necesidad de esa tarea en tanto parte de un plan que ha de realizarse en la historia.

ÍNDICE DE IMÁGENES

Lección 1

< [Imagen 1](#)

Andrienne Macaire, *Ejecución de Vicente y Guillermo Reynafé y de Santos Pérez*, litografía, 46 x 41 cm, Museo Histórico Nacional, Buenos Aires, 1837. Fotografía: cortesía de María Lía Munilla Lacasa.

Fuente: https://www.researchgate.net/figure/Figura-5-Andrienne-Macaire-Ejecucion-de-Vicente-y-Guillermo-Reynafe-y-de-Santos-Perez-fig5_307921795

< [Imagen 2](#)

Gregorio Ibarra, *Retrato de Facundo Quiroga*, colección particular, 1832.

< [Imagen 3](#)

Fernando García del Molino, *Retrato de Facundo Quiroga*, parte de un díptico con miniaturas de Quiroga y Rosas, 1839.

Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Facundo_Quiroga_por_Garc%C3%ADa_del_Molino.jpg

< [Imagen 4](#)

Héctor Basaldúa, ilustración de tapa del libro *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento, Editorial Sur, 1962.

< [Imagen 5](#)

Luis Felipe Noé, *Convocatoria a la barbarie*, óleo y esmalte sintético sobre tela, 148 x 223 cm, colección particular, Buenos Aires, 1961.

Fuente: <https://www.luisfelipeno.com/busquedaconvocatoria+a+la+barbarie/>

< [Imagen 6](#)

Héctor Oesterheld y Leopoldo Durañona, *La muerte de Quiroga*, 450 años de guerra al imperialismo, capítulo XXVI, Revista *El descamisado*, Año 1, N.º 36, 22 de enero de 1974, pp. 22-24.

Fuente: <https://eltopoblindado.com/opm-peronistas/montoneros/montoneros-prensa/el-descamisado-no-36/>

< [Imagen 7](#)

Afiche de la película *Yo maté a Facundo*, dirigida por Hugo del Carril, 1975.

Fuente: <https://www.imdb.com/title/tt0186716/>

Lección 2

< [Imagen 8](#)

Raymond Monvoisin, *Soldado de la guardia de Rosas*, óleo sobre piel, colección privada, 1842. Fotografía: Eduardo Iglesias Brickles.

Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Monvoisin,_Raymond_-_Soldado_de_la_guardia_de_Rosas_-1842.jpg?uselang=es

< [Imagen 9](#)

Tapa del libro *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, Editorial Colihue, 1870.

Fuente: <https://www.colihue.com.ar/fichaLibro?bookId=29229>

< [Imagen 10](#)

Tapa del libro *Martín Fierro*, de José Hernández, Editorial Eudeba, 1962.

Fuente: <https://www.eudeba.com.ar/Papel/9789502317441/Mart%C3%ADn+Fierro>

< [Imagen 11](#)

Tapa del libro *Juan Moreira*, de Eduardo Gutiérrez, Imprenta La Patria Argentina, 1880.

Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Juan_Moreira_-_Eduardo_Gutierrez.pdf

< [Imagen 12](#)

Afiche de la película *Juan Moreira*, dirigida por Leonardo Favio, 1972.

Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Juanmoreira_afiche.jpg

< [Imagen 13](#)

Tapa del libro *El payador*, de Leopoldo Lugones, Editorial Eudeba, 2012.

Fuente: <https://www.eudeba.com.ar/Papel/9789502319674/EI+payador>

< [Imagen 14](#)

Ángel Della Valle, *La vuelta al malón*, óleo, Colección del Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, Argentina, 1892.

Lección 3

< [Imagen 15](#)

Benjamín Franklin Rawson, *Retrato de Domingo Faustino Sarmiento a la edad de 34 años*, 1845.

Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Retrato_de_Sarmiento_-_Benjam%C3%ADn_Franklin_Rawson.jpg

< [Imagen 16](#)

Autor desconocido. Domingo Faustino Sarmiento, Fondo General, Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile, 1851.

Fuente: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/644/w3-article-71886.html>

< [Imagen 17](#)

Autor desconocido. Daguerrotipo de Domingo Faustino Sarmiento de 1852, luego de la batalla de Caseros. El original se encuentra en el Museo Histórico Sarmiento (Argentina). Fuente:

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Domingo_Faustino_Sarmiento_militar.jpg

< [Imagen 18](#)

Benjamín Franklin Rawson, *Salvamento en la cordillera*, 1855.

Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Salvamento_en_la_Cordillera_\(Rawson\).jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Salvamento_en_la_Cordillera_(Rawson).jpg)

[< Imagen 19](#)

Autor desconocido. Fotografía de Sarmiento, Gobernador de San Juan. En Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento*, Otero and Co. Impresores, 1911, p. 202.

Fuente: <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/libros/00029042/00029042.pdf>

[< Imagen 20](#)

Autor desconocido. Legación Argentina en Washington, Estados Unidos, 1867.

Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Legacion_argentina_washington_sarmiento_lavalle.jpg

[< Imagen 21](#)

Autor desconocido. El Teniente Coronel Domingo F. Sarmiento, visitando la Exposición Universal de París en 1867.

Fuente: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Domingo_Faustino_Sarmiento_\(Par%C3%ADs,_1867\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Domingo_Faustino_Sarmiento_(Par%C3%ADs,_1867).jpg)

[< Imagen 22](#)

Autor desconocido. Domingo Faustino Sarmiento como Presidente, 1873.

Fuente: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sarmiento_\(1873\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sarmiento_(1873).jpg)

Lección 4

[< Imagen 23](#)

Afiche de la película *Opus*, dirigida por Mariano Donoso, 2005.

Fuente: <https://www.filmaffinity.com/es/film616956.html>

[< Imagen 24](#)

Emil Mangel Du Mesnil, Daguerrotipo antiguo del Coronel Ambrosio Sandes, 1861.

Fuente: <https://escritoresdelmundo.art.blog/2014/03/04/sandes-por-javier-trimboli/>

< [Imagen 25](#)

Afiche de la película *Su mejor alumno*, dirigida por Lucas Demare, 1944.

Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Su_mejor_alumno.jpg

< [Imagen 26](#)

Tumba de Dominguito Sarmiento, Cementerio de La Recoleta, Buenos Aires. Fotografía: Wally Gobetz.

Fuente: <https://www.flickr.com/photos/wallyg/7903527526>

< [Imagen 27](#)

Autor desconocido. Sarmiento yace muerto en su catre de hierro, 11 de septiembre de 1888.

Fuente: <https://www.lagacetasalta.com.ar/nota/125223/actualidad/dias-finales-sarmiento.html>

< [Imagen 28](#)

Autor desconocido. Domingo Faustino Sarmiento acaba de fallecer en su casa de Asunción del Paraguay, 11 de septiembre de 1888.

Fuente: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Domingo_Faustino_Sarmiento_Post_Mortem_\(Asunci%C3%B3n,_1888\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Domingo_Faustino_Sarmiento_Post_Mortem_(Asunci%C3%B3n,_1888).jpg)

< [Imagen 29](#)

Auguste Rodin, Monumento a Sarmiento en la Plaza Sicilia, Barrio de Palermo, Buenos Aires, Argentina. Fotografía: Roberto Fiadone.

Fuente: https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Domingo_Sarmiento_Rodin_Palermo_III.jpg

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Obras de Sarmiento

Sarmiento, D. F. (1868). *El Chacho, último caudillo de la montonera de Los Llanos. Episodio de 1863*. Nueva York: D. Appleton y Compañía.

Disponible en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra/el-chacho-ultimo-caudillo-de-la-montonera-de-los-llanos-1868-episodio-de-1863/>

– (1874 [1845]). *Facundo o Civilización i Barbarie en las Pampas argentinas*. París: Librería Hachette y Cía.

Disponible en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra/facundo-o-civilizacion-i-barbarie-en-las-pampas-argentinas-0/>

– (1886 [1849]). Viajes por Europa, Africa y América, 1845-1847. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo V*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno. Disponible en: <https://archive.org/details/obrassarmiento05sarm/page/n7/mode/2up>

– (1887). Artículos críticos y literarios 1841-1842. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo I*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno.

Disponible en: <https://archive.org/details/obrassarmiento01sarm/page/n3/mode/2up>

– (1896 [1850]). Defensa. Recuerdos de provincia. Necrologías y biografías. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo III*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno. Disponible en: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_\(Tomo_3\).pdf](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_(Tomo_3).pdf)

– (1897 [1852]). Campaña en el Ejército Grande. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo XIV*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno.

Disponible en: <https://archive.org/details/obrassarmiento14sarm/page/n5/mode/2up>

– (1899). El camino del Lacio. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo XXVI*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno.

Disponible en: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_\(Tomo_26\).pdf](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_(Tomo_26).pdf)

– (1899). El carapachay. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo XXVI*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno.

Disponible en: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_\(Tomo_26\).pdf](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_(Tomo_26).pdf)

– (1900 [1883]). Conflicto y armonías de las razas en América. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo XXXVII*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno. Disponible en: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_\(Tomo_37\).pdf](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Obras_de_Domingo_F._Sarmiento_(Tomo_37).pdf)

– (1900). Un viaje de Nueva York a Buenos Aires, del 23 de julio al 29 de agosto de 1868. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo XLIX*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno.

Disponible en: <https://archive.org/details/obrassarm49sarm/page/286/mode/2up>

– (1900). Memorias. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo XLIX*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno.

Disponible en: <https://archive.org/details/obrassarm49sarm/page/n5/mode/2up>

– (1900). Páginas literarias. *Obras de D. F. Sarmiento publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Tomo XLVI*. Buenos Aires: Imprenta y litografía Mariano Moreno.

Disponible en: <https://archive.org/details/obrasdedfsarmie05sarmgoog/page/n7/mode/2up>

– (2011 [1849]). *Educación popular*. Buenos Aires: UNIPE.
 Disponible en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/unipe/20171121060454/pdf_346.pdf

Referencias

Alberdi, J. B. (2017). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación. Disponible en: <https://bcn.gob.ar/uploads/BasesAlberdi.pdf>

Anderson Imbert, E. (1967). *Genio y figura de Sarmiento*. Buenos Aires: EUDEBA.

Arendt, H. (2016). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona: Ediciones Península.

Arguedas, J. M. (1971). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Buenos Aires: Losada.

Benjamin, W. (2015). El narrador. *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica y otros textos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

Borges, J. L. (1974). El General Quiroga va en coche al muere. *Luna de enfrente (Obras completas)*. Buenos Aires: Emecé.

Botana, N. (1996). *Los nombres del poder. Domingo Faustino Sarmiento*. Buenos Aires: FCE.

Foucault, M. (1991). ¿Qué es la Ilustración? *Saber y Verdad*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Fradkin, R. y Di Meglio, G. (comp.) (2013). Una conversación con Ricardo Piglia sobre literatura e historia popular. *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*. Buenos Aires: Prometeo.

Fradkin, R. O. y Gelman, J. (2015). *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*. Buenos Aires: Edhasa.

Gálvez, M. (1945). *Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad*. Buenos Aires: Emecé.

Halperin Donghi, T. (1980). *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Halperin Donghi, T. (1982). *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Halperin Donghi, T. (abril de 1985). El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional. *Punto de Vista*, (23), 9-17. Disponible en: <https://ahira.com.ar/ejemplares/23-4/>

Halperin Donghi, T. (1994). *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel.

Hobsbawm, E. (1971). *Las revoluciones burguesas*. Madrid: Guadarrama.

Lugones, L. (1911). *Historia de Sarmiento*. Buenos Aires: Otero and Co. Impresores. Disponible en: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Historia_de_Sarmiento_-_Leopoldo_Lugones.pdf

Lukács, G. (1977). *La novela histórica*. México: Era.

Malosetti Costa, L. (2001). *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mansilla, Lucio V. (1899). *Rozas. Ensayo histórico-psicológico*. París: Garnier hermanos. Disponible en: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Rozas_-_Lucio_V._Mansilla.pdf

Martínez Estrada, E. (1947). *Los invariantes históricos en el Facundo*. Buenos Aires: Viau.

Martínez Estrada, E. (2006). *El pecado original de América*. Buenos Aires: FCE.

Moreno, M. (1896). Supresión de los honores al Presidente (Orden del día). 6 de diciembre de 1810. *Escritos de Mariano Moreno*. Buenos Aires: Biblioteca del Ateneo.

Murena, H. (1948). Reflexiones sobre el pecado original de América. *Revista Verbum*, 40, (90).

Murray, L. A. (1974). *Pro y contra de Sarmiento*. Buenos Aires: A. Peña Lillo Editor.

Piglia, R. (1980). *Respiración artificial*. Buenos Aires: Seix Barral.

Piglia, R. (marzo-junio 1980). Notas sobre Facundo. *Punto de Vista*, (8), 15-18. Disponible en: <https://ahira.com.ar/ejemplares/8-9/>

Ramos, J. (2003). *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile: Cuarto propio.

Romero, J. L. (1996). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: FCE.

Sartre, J. P. (1962). *Las manos sucias*. Buenos Aires: Losada.

Taborda, S. (1994). *La argentinidad preexistente*. Buenos Aires: Editorial Docencia.

Terán, O. (2007). *Para leer el Facundo. Civilización y barbarie: cultura de fricción*. Buenos Aires: Capital intelectual.

Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Tocqueville, A. de (2007). *La democracia en América*. Madrid: Akal.

Urondo, F. (2006). *Adolecer. Obra poética*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Viñas, D. (1964). *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.

Viveiros de Castro, E. (2013). *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio. Entrevistas*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Disponible en: <https://tintalimon.com.ar/libro/la-mirada-del-jaguar/>

SOBRE LOS AUTORES

Javier Trímboli

Es profesor de Historia (UBA) e historiador. Autor del seminario *Sarmiento. Civilización y Barbarie*, del ciclo "Entre la Pedagogía y la Cultura" del ISEP. Dirigió el programa de educación y memoria en el Ministerio de Educación de la Nación (2005-2007), se desempeñó como asesor historiográfico en la TV Pública (2008-2014) y fue coordinador del Archivo Histórico de Radio y Televisión Argentina y su página Prisma (2014-2016). Ejerce como profesor en la escuela Secundaria y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, La Plata. Entre sus libros, se encuentran *Mil novecientos cuatro. Por el camino de Bialet Massé* (1999) y *Los ríos profundos. Hugo del Carril y Alfredo Varela: un detalle en la historia del peronismo y la izquierda* (2015).

Ignacio Barbeito

Es profesor, licenciado y doctor en Filosofía (UNC). Responsable de contenidos del seminario *Sarmiento. Civilización y Barbarie*, del ciclo "Entre la Pedagogía y la Cultura" del ISEP. Es docente en el nivel Secundario y en el nivel Superior, en carreras de formación técnica y formación docente. Codirige el proyecto de investigación "Discurso filosófico y político en la Argentina del siglo XX" (CIFYH, UNC) y es miembro del Programa "Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual" (Museo de Antropología / IDACOR). Es autor de los libros *El mobiliario está más vivo que la gente. Sobre la idea de ficción en Michel Foucault* (2006) y *Experiencia y deserción* (en prensa), así como de notas y artículos sobre filosofía, literatura, historia intelectual y pedagogía.

ANEXO

Texto de presentación y fundamentación de la propuesta de formación del ISEP destinada a estudiantes de formación docente y a docentes noveles: Ciclo de Seminarios “Entre la Pedagogía y la Cultura”.

Más información sobre la propuesta formativa en info@isep-cba.edu.ar

Diálogos sobre Pedagogía y Cultura

En agosto de 2017, a partir del recorrido por los seminarios del ciclo “Entre la Pedagogía y la Cultura”, entusiasmados con lo que han desencadenado y lo que prometen, se nos ocurre iniciar un “diálogo” o, podríamos decir también, una conversación, justamente, sobre pedagogía y cultura. Un diálogo entre colegas –porque ya lo somos o en un futuro próximo lo seremos–, un diálogo entre docentes, con el propósito de reflexionar, intercambiar pensamientos y miradas sobre algunos asuntos nodales de esta profesión que elegimos.

Vale recordar en este inicio, para introducirnos desde el comienzo en **la cuestión de la pedagogía**, que esta disciplina guarda relación con un tipo particular de diálogo, la mayéutica. Entre los griegos del siglo V a. C. –época de la polis, la filosofía y el teatro–, ejercitó Sócrates la mayéuti-

ca. Según su origen etimológico: “El vocablo viene del arte mayéutico u obstetricia, que es el arte de la partera (...) la cual no compone ni forma a los recién nacidos, sino que solo ayuda a la madre a dar a luz” (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 65).

A través de la mayéutica, Sócrates buscaba que sus interlocutores alcanzaran pensamientos, que logran componer ideas propias a partir de los diálogos. Destaquemos que conocimos este método a través de Platón, discípulo de Sócrates, que retomó este ejercicio por escrito en los famosos diálogos socráticos.

En términos generales, los pensadores griegos consideraban que:

Un hombre solo no lo podría conseguir: para ver claro en nuestra alma es necesario espejarse en otra alma, es decir, para llegar a la formulación de la verdad se necesita del diálogo, aquel tipo de diálogo denso y preciso, “pequeño discurso” que Sócrates contraponía al tipo de “gran discurso” deslumbrador del que se complacían los sofistas con el único fin de persuadir al precio que fuere, preocupados más por el éxito que por la verdad y la justicia. (Abbagnano y Visalberghi, 2012, p. 66)

El legado que reconocemos en la mayéutica, en perspectiva pedagógica, es que al saber se accede con otros. Dicho

de otro modo: a partir del diálogo, es posible acceder al saber. No solo por lo que ese otro nos dice, sino, principalmente, por lo que ese otro nos permite pensar y descubrir, por cómo nos interpela eso que nos dice.

Si suscribimos estas ideas, podremos revalorizar **el diálogo como acto pedagógico** del que devienen acciones que “un hombre solo no podría conseguir”. Reconoceremos que para acceder al saber es necesario un tipo particular de diálogo “denso y preciso” al que otro nos invita. Vincularemos la pedagogía con la apertura a la diferencia, a lo que el otro ofrece, alienta e inspira a partir de una inquietud, de una pregunta, de aquello que genera intriga, que despierta el deseo, deseo de saber, de buscar la verdad.

Con ganas de reeditar la potencia de este origen en un presente que parece haberlo desplazado –o, incluso, podría decirse que lo ha borrado–, desarrollamos este espacio de formación que llamamos **Pedagogía y Cultura** y se plasma en un conjunto de seminarios.

En cada uno de los seminarios, les proponemos un diálogo entre ustedes y nosotros –entre colegas docentes– en el que, a propósito de algunos acontecimientos culturales, conversaremos sobre asuntos centrales de la profesión que elegimos. Digámoslo en términos socráticos: los invitamos a pensar en “espejo” sobre nuestra profesión en el siglo XXI.

También en cada seminario les proponemos un diálogo, ya no entre nosotros, sino con un acontecimiento cultural,

con “algo o alguien” que heredamos de nuestros antepasados. En este sentido, no encontrarán en los seminarios “grandes discursos”; por el contrario, verán que los invitamos a una lectura todo lo densa y precisa que hemos logrado producir. ¿El objetivo? Estudiar, acercarnos a aquellas obras de la cultura que nos “encuentran”, que despiertan nuestro deseo de saber. El diálogo que proponemos busca explorar aquello que nos han dejado nuestros antecesores; por qué, para qué, cómo es que han llegado a esa producción cultural; qué los inquietaba, qué nos inquieta hoy... Al fin de cuentas, bajo la hipótesis que estamos desarrollando, es justamente lo que **le toca a la pedagogía: abrir un diálogo con la cultura.**

Desarmemos la hipótesis en preguntas, que son también las inquietudes que, desde que empezamos a imaginar este proyecto, nos rondaron y animaron a desarrollarlo: ¿por qué invitamos especialmente a los estudiantes de formación docente a inscribirse en esta propuesta? Dicho de otro modo, ¿por qué ustedes son sus “únicos destinatarios”? Y también, ¿por qué estos seminarios, así definidos y desarrollados, y no otros? Finalmente, ¿por qué enhebrarlos en una actualización y, sobre todo, por qué colocar la bajo el nombre de “Pedagogía y Cultura”?

Como habrán advertido, son preguntas “sin vueltas”, bastante concretas, que, sin embargo, se podrían considerar retóricas, o que solo obedecen a cierto formalismo. Pero no es así, pues en este escrito intentamos responderlas, si

es posible, de la forma más adecuada y de a una por vez, clásicamente. Es que **en este proyecto de Pedagogía y Cultura**, lo que está en juego, lo que **buscamos comprender es aquello que “hace” a nuestra profesión**. Si seguimos a Masschelein y Simons (2014), podríamos plantear la pregunta: **¿qué hace que un/a profesor/a sea profesor/a?, ¿cuál es su piedra de toque?**

Podríamos apilar palabras rimbombantes para calificar de manera virtuosa, y por lo tanto indiscutible, tanto lo que queremos de los maestros/os/profesoras/es como de la sociedad; y también entonces, de los chicos y las chicas. Pero en estos años de estudio y trabajo, hemos aprendido que apelar a ese recurso no sería más que alcanzar una salida decorosa para una encrucijada que, sin dudas, es compleja de recorrer y está montada sobre un territorio en el que ya no pisamos sobre seguro, hecho de dinámicas que exceden toda simple enunciación de deseos. En las sociedades contemporáneas, de control o “líquidas”, como las llamó Zygmunt Bauman (2005), se potencia la percepción de que “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 1988).

A propósito de estas inquietudes, nos interesa un libro que escribieron los filósofos belgas Maarten Simons y Jan Masschelein: *Defensa de la escuela. Una cuestión pública* (2014). Aquí, los autores se preguntan: “¿qué hace que una escuela sea escuela?, ¿cuál es su piedra de toque?”. Buscando respuestas, sobrevuelan la escuela desde sus más

lejanos orígenes. Ahí puede verse que no es nuevo que la escuela esté bajo sospecha. Incluso tan atrás como con los griegos se puso en la mira a la *scholé*, esa institución, ese conjunto de prácticas, de artefactos, ese lugar que aseguraba un “tiempo libre” a quienes se encontraran allí. Según estos autores, vale remontarse a los orígenes para reconocer a la escuela como lugar de tiempo libre. Tiempo libre de los requerimientos y las obligaciones que las familias, el trabajo y la sociedad tendrían asignados a cada quien. Tiempo libre para estudiar, para interesarse, para conocer el mundo, este mundo en el que vivimos. Planteemos aquí una hipótesis: ¿podemos hacer una escuela en la que los niños y las niñas, los y las jóvenes vivan la experiencia de la igualdad, vivan la experiencia de la libertad? ¿Vale sostener la hipótesis de una escuela en la que todos y todas puedan estudiar sin pre-juicios, abriendo el mundo a las nuevas generaciones?

En este marco se sitúa el ciclo “Entre la Pedagogía y la Cultura”. El espíritu de esa escuela hipotética habita en esta propuesta, en el diseño de cada uno y del conjunto de los seminarios que les vamos a poner a disposición. Están escritos a modo de “recibimiento”, hablando con ustedes, los “nuevos” profesores. Nosotros, los “viejos”, les presentamos en cada fragmento, que es cada uno de los seminarios, un pedacito de este mundo que compartimos. Para que lo recorran, para que lo experimenten, para que lo disfruten, lo sufran, lo sigan o lo abandonen. Esa será su

decisión. Hacer las presentaciones –como diría Meirieu (1998)– es nuestra responsabilidad.

Digamos en primera instancia que esta apuesta, que es también una decisión, puede leerse en la clave que ofrece Hannah Arendt (1996), para quien la educación es una cuestión ligada al “amor al mundo”, a la libertad sostenida en la confianza. Porque es con la llegada de “los nuevos” que hay posibilidades de que este se “renueve”, perspectiva que nos exige sostener la transmisión como una forma de cuidado, de no arrojarlos al “mundo”, de no dejarlos solos, sino, por el contrario, de “introducirlos” en el mundo, de acompañarlos en este ingreso y ofrecerles herramientas con las que moverse y con las que puedan decidir qué caminos quieren abrir. Se trata de mostrarles algo del “mundo” de la manera más eficaz y plena a “los nuevos”, para ayudar a que se incorporen y, a la vez, hacer lugar a la novedad que traen. Esta es nuestra perspectiva acerca del trabajo docente, de los maestros/as profesores que necesitamos; para ese trabajo nos prepara la formación docente que aquí propiciamos.

Esta perspectiva también les pide a ustedes que, en tanto han asumido un compromiso con la profesión que han elegido, no dejen de ver –no dejemos de ver– que esta tiene al cuidado del “mundo” y al cuidado de “los nuevos” como su condición principal, definitoria. Su “esencia”, como llega a escribir Arendt. Podríamos darle una pequeña vuelta y, ya que ustedes también son “nuevos” en su incorporación como maestras/os-profesoras/es en este campo de la

pedagogía, enunciarlo del siguiente modo: confiamos en la chance de que con ustedes venga algo nuevo, algo que será para mejor –para la educación y para el mundo– y que nosotros hemos sido incapaces o no tuvimos cómo imaginar. Nosotros, en tanto maestras/os-profesores con extenso recorrido en las aulas, nos obstinamos en no privarlos a ustedes del mundo, de todo eso que bien vale que sea transmitido, porque son flamantes profesionales en este campo y podrán renovarlo. Y además, y sobre todo, porque recibirán en las escuelas a los chicos y las chicas, ellos sí “los nuevos” en un sentido más pleno, para con quienes no quedar con las manos vacías de conocimiento, incluso sin mundo sobre el que posarse, será de vital importancia. Para ellos y para el mundo a renovar.

Nos aproximamos de este modo a una de las maneras de responder a la segunda pregunta: por qué nos decidimos por producir estos seminarios y no otros. En primer lugar, en esta propuesta se reconoce la formación que ustedes ya obtienen en sus profesorados. No encontrarán acá una experiencia que compita con la que les ofrecen sus instituciones, sino otra cosa. Adentrarnos en la obra y en la vida de Domingo Faustino Sarmiento, a partir de la lectura de pasajes de sus libros, le da forma y sentido a uno de nuestros seminarios. Si bien Sarmiento, como no podría ser de otra manera, está presente aquí y allá en la formación docente inicial, no lo está de este modo, en primera instancia, con un seminario dedicado a él. Incluso, porque no ponemos el

acento principal en su relación con la educación, sino que buscamos atender sus enunciados más amplios sobre la cultura y la vida en común en la Argentina. Sarmiento es un “contenido” –permítasenos decirlo así– que excede a las materias que conforman sus carreras y, a la par, es significativa para todas ellas.

Algo similar podríamos afirmar respecto del seminario que dimos en llamar “La exploración del espacio y la estatura del hombre”, ya que en él se combinan conocimientos de las ciencias conocidas como “duras”, con una reflexión sobre esas mismas ciencias, sus efectos sobre la cultura y en relación con la historia y la filosofía.

En el seminario en el que nos abocaremos a la lectura de una serie fundamental de cuentos de Jorge Luis Borges, invitamos a pensar, a partir de ellos, problemas que atañen a la matemática, otros a la historia, aunque siempre, claro está, respetando su condición más propia como literatura.

Por su parte, recorrer la obra del filósofo contemporáneo Jacques Rancière supone introducirnos en un pensamiento en el que la estética y la política se entrecruzan y, a la vez, se conjugan con la educación. Como se puede apreciar, nos interesó definir contenidos que excedieran los contornos usuales de las materias y de la forma más convencional de separar a las disciplinas –que las atravesaran–, para así invitar a pensar en relaciones que no conocen de compartimentos estancos.

En esta misma dirección, y antes de avanzar con la otra mitad de esta respuesta o la segunda manera de atender a la pregunta, nos viene bien retomar el hilo argumentativo que nos proporciona Arendt: esperamos que cada seminario logre en sí mismo expresar un “acontecimiento” cultural, “algo” que la humanidad, en una de sus tantas peripecias, produjo, y que nosotros heredamos. Nuestro trabajo tuvo ese objetivo. Porque más allá de que estemos o no de acuerdo, y del gusto de cada uno, eso que heredamos está con nosotros, es parte del “mundo”, y con él, queramos o no, tenemos que tratar. Esto vale para Sarmiento, para la controversia entre ciencia, humanismo y tecnología, para la filosofía de Jacques Rancière, para los cuentos de Borges. Compartir ese “mundo” entre nosotros y con quienes serán nuestros estudiantes es una forma de conocer mejor en qué situación estamos y, a la vez, de hacer posible su “renovación”. Puede sonar ampuloso, pero nos dan ganas de traer aquí esa vieja frase –o “máxima”, ya que por un tiempo se dijo así–, que viene rodando desde hace un par de siglos antes de Cristo, por obra de un escritor latino: “Nada de lo humano nos es ajeno”. Divisa del humanismo de la que nos gusta estar muy cerca en este espacio de Pedagogía y Cultura, que pone entonces en un segundo plano las especificidades de las asignaturas, para acentuar lo que las une.

A la hora de definir estos seminarios, priorizamos recortar objetos culturales y acontecimientos para hacer de

ellos nuestro tema de estudio –y también, de experiencia–, pues nos gustaría que fueran eso. Probablemente lo hayan advertido: intentamos plantearlos de la manera más sencilla posible. Las clases están dispuestas en función de ese objetivo, de que ese encuentro se produzca, entre ustedes y Sarmiento, entre ustedes y los dilemas de las ciencias en su “conquista” del espacio durante el siglo XX, entre ustedes y los cuentos de Borges, entre ustedes y la filosofía de Jacques Rancière. Esa y no otra será nuestra meta. Parece evidente la decisión, sin ningún forzamiento, casi natural entonces, pero deja de ser así, si miramos solo un poco más de cerca lo que nos rodea, tanto en el mundo de la educación como por fuera de él. Porque de un tiempo a esta parte, por delante de la posibilidad de que tengan lugar encuentros como los que a nosotros ya nos están implicando, se ponen los esquemas interpretativos, la glosa cada vez más distante o la lógica de los *papers*. De este modo, las palabras de los maestros, nuestras palabras, corren el riesgo de volverse, si no distractoras de esa relación, extremadamente simplificadoras, alejándonos de esos objetos culturales y acontecimientos, de su rareza y singularidad.

Decíamos “de un tiempo a esta parte”, ¿pero no será acaso esta la manera más usual en la que tiende a cristalizarse la cultura, a osificarse también y a domesticarse, a volverse mera opinión o información, a volverse doctrina en su forma actualmente dominante? Estamos ante la di-

ficultad, que sería difícil exagerar, que amenaza siempre a la transmisión.¹

Se suele plantear que los monumentos indican el tránsito que hacen los contenidos de la cultura, desde su momento vivo e inevitablemente contradictorio, hecho de luces y sombras, hasta su presencia sin mácula, fría y también distante. Sin dudas es así, pero no hay quien niegue que los monumentos son necesarios para la vida en común, ¿no? Además, hay monumentos y monumentos, en tanto algunos –cosa que nos alegra– están muy lejos de ser lápidas que expulsan al pensamiento. A veces, también, se señala que los manuales –los viejos manuales o, como lugar común, la revista *Billiken*– realizan esa simplificación que, por lo demás y sobre todo, contagian pocas ganas de seguir leyendo y aprendiendo, de empezar a hojear *El origen de las especies*, de Darwin, por poner un ejemplo, o *La divina comedia*, de Dante Alighieri. A lo sumo, informan y permiten salir del paso; a veces, entretienen.

Pero pongamos una situación más discutible, a riesgo de que se nos malinterprete, cosa que esperamos que ocurra –algo de malinterpretación siempre es bueno para el pensamiento–, pero que ocurra lo menos posible. Saúl Tabor-

1 Rosario Castellanos, una maestra y también poeta mexicana, termina un capítulo del libro *La corrupción* (1969) –dedicado a pensar y fustigar la corrupción intelectual– insistiendo sobre este asunto de la doctrina que sobrevuela amenazante a la profesión del “magisterio”, profesión que, por otra parte, existe sobre la base de la predisposición y de la apertura, anhelante, acentuemos, ante el “rumor de comunidad” que es el aula.

da, Coriolano Alberini, Bernardo Canal Feijóo, Noé Jitrik, Fermín Chavez, David Viñas, Tulio Halperin Donghi y Ricardo Piglia han escrito textos fundamentales sobre Sarmiento y, en particular, sobre su ineludible libro *Facundo o civilización y barbarie*. Los nombramos a ellos pero la lista podría ampliarse, ya que conversar o discutir –o las dos cosas–, a veces más críticamente, a veces menos, sobre la Argentina a partir de Sarmiento es un ejercicio fundamental de nuestra cultura. Podríamos adentrarnos en esas lecturas, perseguir sus argumentos, cotejar sus valoraciones en contrapunto y tal cosa sería legítima. De hecho, cuando se lo aborda en algunas aulas –incluso universitarias–, a menudo se lo hace a partir de lo que se ha escrito sobre él. Pero en estos seminarios queremos ir –es el intento que los define– sobre la materialidad, la letra misma, la espesura más propia de estos acontecimientos y objetos culturales. Es decir, leeremos páginas y páginas de *Facundo...* y de *Recuerdos de provincia*, como de *Ficciones* y *El Aleph* de Borges o de *El maestro ignorante* de Rancière. Impedir que la atención colocada en la madeja –por momentos riquísima– de obras que se ligaron a ellos nos aleje de su riqueza, de su lectura, es nuestro propósito.

En la elección de esta perspectiva es sobre todo –y otra vez– Hannah Arendt (1996) quien nos ha ayudado. Porque para esta pensadora, la posibilidad de la vida en común entre los humanos, que cargan con sus tantas diferencias, descansa en el hecho de que haya un “mundo” com-

partido. Y tal cosa existe cuando algunos objetos creados por los humanos, también la memoria de algunos acontecimientos –y todo remite a libros y a obras de arte que la recogieron– se erigen más allá del proceso consumidor de una vida biológica y, de esta forma, permanecen. Nosotros pasamos, como pasaron nuestros mayores, y los objetos quedan. Estos son los que hacen posible que haya vida en común, compartida, con desacuerdos y litigios, pero que refieran a una misma mesa, a coordenadas comunes. Un escritor argentino, Héctor A. Murena (1979), cuenta que, cuando los jóvenes griegos se veían obligados, debido al crecimiento de la población, a abandonar la polis para colonizar nuevas tierras en las costas del Mediterráneo y fundar una nueva ciudad, llevaban consigo un puñado de tierra de lo que por siempre sería su lugar de origen, el de sus padres y sus ancestros. En el nuevo sitio elegido, cavaban un profundo pozo en el que tiraban la tierra que había navegado con ellos, con la intención de sellar la continuidad y evitar la ruptura. A ese pozo lo denominaban *mundus*. Arendt entiende que “mundo” y cultura, palabras íntimamente ligadas, es lo que nos reúne, y se trata siempre de un fenómeno colectivo, mientras que el consumo es estrictamente individual.

Se puede gustar más o menos de Sarmiento, acordar más o menos con él; se ha intentado incluso olvidarlo o, lo que es parecido, elevarlo tan alto y monumentalmente como para garantizar su aislamiento y entierro final. Pero Sarmien-

to persiste, nos acompaña, como sueño o pesadilla –poco importa, ya que no es esto lo decisivo–. En cuanto a todo lo que se ha escrito sobre él, es probable que los textos de los autores que mencionábamos también pasarán a ser parte de la cultura, del mundo compartido, pero también es cierto que su valor se encontrará en capas secundarias, no en las principales, incluso alimentando discusiones entre especialistas. Digámoslo con un ejemplo: lo verdaderamente relevante es que un maestro, enseñe la materia que enseñe, haya leído “Funes el memorioso”, de Borges, y pueda problematizar mucho de lo que se desprende en ese cuento a propósito de la memoria, el olvido y la vida. No hace falta que, aun siendo fenomenal la lectura que propone Juan José Saer sobre la obra de Borges, en tensión con el realismo mágico tan en boga en los años sesenta, esta ocupe el mismo lugar en la formación de un maestro.

Se trata, atendiendo al diagnóstico de Arendt (1996) que refiere a la tendencia tan marcada a proponer “procesos” para explicar las claves de la vida en sociedad, de recuperar la posibilidad de leer *en* su propia singularidad, de escuchar –sin intermediarios ni intérpretes– lo que estos acontecimientos y estas obras tienen para decirnos.

Pues, si uno dice “procesos”, está suponiendo leyes del desenvolvimiento social que son inapelables, que ocurren y obligan, que, por lo tanto, naturalizan. Así, entonces, no queda margen para la libertad, para la irrupción de lo nuevo o de “los nuevos” que nunca lo son enteramente, de

acuerdo, pero que tienen su singularidad en ser irreductibles a aquello que los precede. Si todo está atado a determinaciones, los procesos señalan tal cosa, no queda espacio para la acción humana con su consiguiente libertad, ni en el pasado ni en el presente ni en el futuro. Los objetos culturales y los acontecimientos, si bien tienen ligaduras con situaciones, por eso nunca son caprichosos, ante todo son creaciones, novedades. La noción de “proceso”, entronizada –ese es el problema, no que se apele a ella, sino que se la entronice– subsume, postra. Y, sumariamos, alisa hasta volver tediosa a nuestra cultura, repetición de lo mismo o de lo ya sabido.

Por último, ante la tercera y última pregunta, quizás valga decir solo algunas pocas cosas más. No nos gustaría redundar. Si logramos desandar bien el argumento, ya se adivinará el sentido de la respuesta. Nos recuerdan Simons y Masschelein (2014) que en Grecia se llamaba *pedagogo* al esclavo que llevaba a los nuevos a la escuela, que de este modo hacía posible el tránsito desde un ámbito – el doméstico, familiar– hacia otro en el que los reuniría el “mundo” que les sería mostrado.² Se abre así una manera entonces de aproximarnos a una definición de lo que es la pedagogía, claro, la que a nosotros nos interesa y que ani-

² Origen bajo el de los pedagogos, sin ágora, dominado. Un trabajo que tiene bastante de manual, por eso propio de un esclavo. Pero no es esto lo que en un punto nos estremece, sino que los orígenes de la escuela se conjugaron con la desigualdad, con la esclavitud de aquellos que, entre tantas otras cosas, quedaban privados de “mundo”.

ma a este espacio: el arte –y el trabajo– de volver cierto el paréntesis respecto a las demandas sociales y de actualidad, que permita el “tiempo libre” de la escuela para que los “nuevos” reciban un legado. La cultura es ese legado. En este sentido, Pedagogía y Cultura son nociones que se encuentran indisociablemente ligadas, poca cosa o nada es una sin la otra.

Incluso aunque se llegue a advertir el carácter nunca seguro ni tampoco pleno de esta tarea que define a la pedagogía –no siempre se logra producir ese tiempo libre, y la aparición del mundo en él, de la mano del maestro, es tan solo una chance–, planteado de esta forma, el cuadro es casi armónico, clásico. Parece hasta sencillo. El problema, y esto está en el corazón de todo lo que ha pensado Hannah Arendt, es que “tradicición” y “autoridad” –palabras que nos rondaron todo el tiempo y que sostienen al maestro y a la escuela– se encuentran ya desde hace tiempo en profunda crisis, agotadas. El maestro tiene que vérselas con la tarea de transmitir el mundo, pero sin contar a su favor con el vigor y la irrefutabilidad de la tradición y la autoridad. Incluso la noción misma de cultura está en crisis, lo sabemos bien, ella también transformada en materia de la sociedad del espectáculo. La diferencia que traza Arendt entre “mundo” y cultura ante todo se relaciona con la condición segura, fuera de toda duda, de lo que será legado de generación en generación. Cuando goza de esa consistencia, se puede hablar de cultura. Ahora bien, nada o muy poco

está rodeado de esa certeza. El maestro está parado sobre una de las líneas más agudas de la crisis, en la que ocurre con estrépitos la ruptura entre el pasado y el futuro. Ya no por el convencimiento, más o menos alucinado, de que esa ruptura es el precio que hay que pagar para alcanzar una tierra prometida, sino tan solo por la fascinación que ejerce la moneda de lo actual. No adula a nadie Arendt –no tendríamos ni que decirlo–, pero sobre este campo de fuerzas, la tarea del educador parece casi heroica.

Por último de nuestra parte, ya con ganas de ver cómo sigue esto a partir de sus palabras, ratificamos nuestro interés de que este tránsito por estos seminarios pueda constituir una experiencia. Para Walter Benjamin, la experiencia, que en los años 30 del siglo XX él entendía que estaba en agonía, era una forma de ligar lo nuevo y vivido con la tradición, con lo heredado. Sin sacarnos este diagnóstico de la cabeza, el espacio de Pedagogía y Cultura quiere ser un aporte para apuntalar un diálogo, una conversación larga, para hacerla más rica e implicarnos en ella, de modo que también haya lugar, el máspreciado sin dudas, para los nuevos.

Javier Trímboli y Adriana Fontana

REFERENCIAS

Abbagnano, N. y Visalberghi, A. (2012). *Historia de la pedagogía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona: Península.

Bauman, Z. (2005). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Benjamin, W. (1982). Experiencia y pobreza. En *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus. Disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Auto-res/benjaminw/esc_frank_benjam0005.pdf.

Castellanos, R. (1969). La corrupción intelectual. En R. Castellanos et al., *La corrupción*. México: Nuestro tiempo.

Masschelein, J. y Simons, M. (2014). *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Meirieu, P. (1998). *Frankenstein educador*. Barcelona: Laertes.

Murena, H. (1979). *El nombre secreto*. Caracas: Monte Ávila.

Rancière, J. (2007). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Buenos Aires: El zorzal.

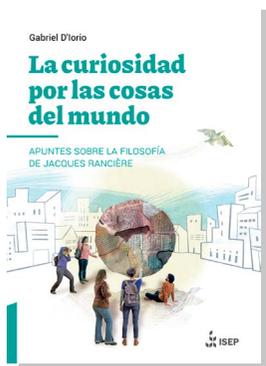
Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.

Saer, J. (1997). *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral.

Este libro se terminó de editar en
marzo de 2023 en el Instituto Superior de
Estudios Pedagógicos de Córdoba.

www.isep-cba.edu.ar

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN



*La curiosidad por las cosas del mundo.
Apuntes sobre la filosofía de Jacques
Rancière, de Gabriel D'Iorio*



*Un acontecimiento escurridizo.
El Cordobazo: sentidos en disputa,
de Diego García*

